

BIBLIOTECA

AL ASALTO DEL KHILI-KHILI

W. E. Bowman

PREFACIO

Por Sir Hugelley Havering A.I.S.C.I., M.P.L.
Presidente del Comité del Khili-Khili

<http://www.montanismo.org.mx/biblo/khili14.htm>

Es para mí un placer, a la vez un honor, asociar mi nombre a este relato de la ascensión de la más alta cima del globo. Las dificultades eran innumerables. Han sido superadas gracias a la determinación que animaba a cada uno de los miembros de la expedición y a su voluntad de consagrar lo mejor de ellos mismos a la causa común. Estos hombres están por encima de todo elogio. Este es un libro que deberían leer —y releer— todos los alumnos de las escuelas, como todos los que sepan apreciar el coraje y la bravura de los hombres.

INTRODUCCIÓN

Por O. Totter

Es un placer y un honor ver asociado el nombre de uno a este relato de la ascensión de la más alta cima del globo. Los obstáculos eran temibles. Si han sido finalmente vencidos, ha sido gracias a la incansable perseverancia con la que cada uno de los miembros de la expedición se ha consagrado a la causa común. No se pueden encontrar elogios para los méritos de estos hombres. Todos los alumnos de las escuelas deberían leer y releer este libro, así como todos los que honran el coraje y el espíritu de empresa.

Capítulo I EL EQUIPO

Cuando el Comité del Khili-Khili me pidió que dirigiera la expedición que iba a intentar el asalto a esta cima, fui extremadamente sensible al honor que se me hacía. En efecto: una cosa es escalar el Mont Blanc por la carretera del Grepon y otra, como decía un día Totter, es hacer la ascensión del Khili-Khili. Vacilé en aceptar una tan pesada responsabilidad, y sólo ante la insistencia del Comité, y especialmente de su presidente, Sir Hugelley Havering, llegué a decidirme.

Quisiera, ante todo, expresar mi reconocimiento por la admirable abnegación y discernimiento de que ha dado pruebas en su tarea el Comité del Khili-Khili, y particularmente su presidente. Si yo debiera volver a empezar, escogería a estos mismos compañeros que me han sostenido en todas circunstancias con tanto entusiasmo y abnegación. Creo poder afirmar que jamás un jefe de expedición fue mejor secundado.

Debemos nuestro éxito a dos factores: ante todo, a un magnífico trabajo de equipo, y luego, a los meritorios esfuerzos de los porteadores, sin los cuales la expedición hubiera fracasado.

Al asistir al Comité en su tarea de seleccionar el equipo, he seguido un principio que me ha servido más de una vez: que cada cosa sea útil a dos fines. Cada miembros de la expedición seleccionada se vio confiar tal tarea bien especializada; cada uno tenía, además, una calidad particular que hacía de él un guía o un compañero precioso.

Ya se verá, al leer el relato de la expedición, cuán fructuosa se reveló esta política.

He aquí cuáles eran los diferentes miembros del equipo:

Tom Burley, comandante de Intendencia. Encargado de la intendencia. Bien conocido por sus hazañas casi legendarias en diversos macizos montañosos y que debía ser el pilar de nuestro equipo. Un habituado a las alturas. Interrumpió sus vacaciones en los Alpes para unirse a nosotros.

Christopher Wish, el sabio de la expedición. Excelente escalador. El hombre "más alto" de la expedición. Acababa de regresar de los Andes.

Donald Shute, nuestro fotógrafo. Un especialista del hielo. Un acostumbrado a las alturas también. Había regresado recientemente de las Rocosas.

Humphrey Jungle, especialista de radio, debía servirnos de guía. No temía a las alturas. Llamado del Cáucaso, donde se encontraba, para participar en la expedición.

Lancelot Constant, diplomático y lingüista. Encargado de los porteadores. Elegido especialmente por su mundo y su sentido de la camaradería. Acostumbrado a las situaciones elevadas. Regresado del Atlas.

Ridley Prone, el médico de la expedición, y nuestro especialista para las cuestiones de respiración artificial. Un escalador distinguido. Recién vuelto del Himalaya.

Capítulo II NUESTRO PLAN

Después de tres meses de febriles preparativos, nos reunimos en Londres la víspera de la partida para examinar juntos por última vez nuestro plan. Sólo Jungle, que debía instruirnos acerca del empleo de material de radio y de sus métodos personales de navegación en montaña, estaba ausente de la reunión. Telefoneó para anunciar que se había equivocado de autobús y que no sabía muy bien dónde se encontraba, pero que acababa de ver la Estrella Polar y esperaba reunirse con nosotros en seguida.

Burley, aunque no estuviese en lo mejor de su forma —me confió más tarde que la vida en Londres le fatigaba—, nos dio explicaciones detalladas sobre la forma en que sería organizado el transporte. El objeto de la expedición era llevar dos hombres a la cima del Khili-Khili. Esto necesitaba del establecimiento de un campamento a trece mil metros, con quince días de víveres para dos, a fin de que, caso de condiciones meteorológicas desfavorables, los dos miembros de la expedición pudiesen esperar confortablemente una mejora. EL equipo de este campamento debería ser transportado desde el término del ferrocarril, en Chaikhosi, lo que representaba una distancia de ochocientos kilómetros. Serían precisos para esto cinco porteadores. Dos porteadores serían necesarios para transportar el abastecimiento de sus cinco compañeros, y un tercero se encargaría del abastecimiento de estos dos. Los víveres de que tuviera necesidad este último serían llevados por un muchacho, que transportaría además su propio abastecimiento. El campamento precedente sería instalado a doce mil setecientos metros, con otros quince días de víveres, lo que exigía también ocho porteadores y un muchacho. En total, para transportar las tiendas del equipo, los víveres, el material de radio, los instrumentos de observación científicos y el material de fotografía además de nuestros efectos personales, harían falta tres mil porteadores y trescientos setenta y cinco muchachos.

En este preciso momento de la exposición, el teléfono sonó. Era Jungle, que aprecia estar muy contento. Nos dijo que ya sabía donde se encontraba: en Cockfosters. Le felicitamos y le dijimos que esperábamos tenerle entre nosotros muy pronto.

Se felicito a Burley por la forma tan magistral con que había resuelto el problema del transporte. Wish, sin embargo, declaró que, en su opinión, el peso previsto para el material científico era escandalosamente débil.

Quería llevar especialmente una pala de hielo mecánica y un martillo neumático de geólogo que pesaba tres toneladas, pero no fue autorizado a llevar ninguno de estos dos elementos indispensables. Burley se mostró muy firme. Le hizo observar que desembarazarse del hielo con la pala sobre el Khili-Khili y sobre le Mont Blanc eran dos operaciones muy diferentes, y que la rarificación de la atmósfera haría, sin duda, imposible el empleo del martillo neumático. Wish estalló en sollozos y amenazó con que se iría a su casa, puesto que no se le apreciaba. Constant, con el tacto que le caracteriza, afirmó que seguramente Burley no había querido disminuir la importancia del papel de Wish en la expedición, sino que había querido decir que el material científico no tenía nada que hacer en una expedición que tenía por objeto llevar dos hombres a la cima del Khili-Khili. Esta observación provocó una intervención de Shute: éste lamentaba infinitamente, declaró, ver el material científico tratado como un pariente pobre; uno de los puntos mas importantes de nuestros trabajos consistiría en estudiar los efectos de rarificación de la atmósfera sobre la televisión de colores a tres dimensiones. Prone, que sufría un violento romadizo, murmuró algo que nadie comprendió muy bien acerca "del imborante baterial bédico".

Sensible, como debe ser un buen jefe, a tales matices, percibí en seguida una sorda hostilidad entre mis compañeros, y les recordé simplemente las palabras de Totter: "Un equipo de sonido podría lograr la ascensión del Mont Blanc; nunca la del Khili-Khili." Esta observación apaciguadora surtió el efecto deseado, apoyada, quizá, también por el hecho de que Burley, abrumado por la fatiga, se había dormido. Wish que debía compartir una tienda con él, se mostró desagradablemente sorprendido al descubrir que Burley roncaba pesadamente; pero Shute le consoló recordándole que, en razón de la atenuación de las ondas sonoras en atmósfera rarificada, los ronquidos serían menos molestos a elevadas alturas.

Wish esbozo entonces las grandes líneas de nuestro programa científico. Además de los estudios sobre la fosiferación hipográfica y topnológica de la región, esperaba recoger elementos nuevos de información sobre el efecto de distratificación biocrónica de las pendículas geneosféricas sobre la exégesis de las transversiones de Warthon. Esperaba igualmente recoger una pareja de todas las especies vivas que encontrara en la montaña, a fin de estudiar la posibilidad de producir una raza de montañeros capaces de llevar una vida normal a altas altitudes.

Jungle telefoneó de nuevo. No estaba en Cockfosters, explicó, sino en Richmond. Había visto "Cockfosters", pero es que el autobús iba a Cockfosters. Este error el había conducido a seguir una equivocada dirección, pero esperaba llegar de un momento a otro.

Shute nos describió entonces el material fotográfico, lo esencial del cual estaba constituido por una cámara para film en colores y a tres dimensiones. Esperaba poder filmar así la historia de la expedición bajo todos sus aspectos. La Compañía que había provisto el aparato añadiría los elementos de una intriga sentimental y algunas secuencias de accidentes. Con esto y la introducción de una canción patriótica y la reducción al mínimo de las vistas de la montaña propiamente dichas, se obtendría un film que sería difundido en el mundo entero como una epopeya del heroísmo británico. En caso de que la expedición tuviera éxito, los dos miembros de la misma que hubieran alcanzado la cima, bajo condición de que fuesen fotogénicos y que tuviesen menos de sesenta años, se verían obligados a suscribir un contrato de cine para el film titulado Tarzán y los abominables hombres de las nieves.

En aquel momento nos trajeron un telegrama que declaraba: "Barking Creek a la vista diecinueve horas treinta. Rumbo Oeste-Norte-Oeste. Llegada pronta. Tiempo fría, pero bello — Jungle". El telegrama venía de Hounslow.

Burley se despertó de un bostezo formidable, y declaró que era irrazonable embarazar a una expedición himalayense que tenía por fin llevar dos hombres a la cima del Khili-Khili, con todo un revoltijo de material científico. Según él, un sabio en una expedición era aún más estorbo que los instrumentos que llevaba, lo que no era poco decir. Nos contó la aventura de su amigo Groag, que compartía una tienda con un sabio cuando la expedición de 1923 al Thara-Tatah. Como todos los sabios, éste era muy distraído. Un día preparó, por descuido, el té utilizando, en lugar de agua, una solución de sulfato e cobre.

Durante quince días Groag y él se quedaron azules y ciegos a los colores, incapaces particularmente de distinguir el azul del blanco. Este mismo sabio cayó por un campo de nieve, pues había tomado el cielo azul por la prolongación del tapiz de la nieve. No fue salvado, tras de muchos esfuerzos, más que gracias a la abnegación de Burley, que había tenido la mala suerte de estar ligado a él por una cuerda. Burley afirmó que cualquier otro hubiera abandonado a este triste compañero a su suerte. Wish replicó que no creía una sola palabra de esa historia. El mismo había bebido litros de té al sulfato de cobre, sin sufrir la menor alteración. El azulamiento era debido a la cardiosíntesis del flujo sanguíneo provocado por la rarificación de la atmósfera. Y negaba eso de que todos los sabios sean distraídos.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era un sargento de la comisaría del barrio. Un policía de Lewisham había visto a un extranjero que rondaba por la proximidad de la fábrica de gas. Se le había encontrado en posesión de mapas y de instrumentos de navegación, y había sido detenido como espía. Había declarado llamarse Forest y dado esta dirección como referencia. Tranquilizamos al sargento y le rogamos que transmitiera a Jungle un mensaje diciendo que lo esperábamos incesantemente.

Constant nos habló del Yoguistán, el país que tendríamos que atravesar antes de llegar al pie de las montañas. Los indígenas —dijo— eran gente vigorosa, de carácter independiente; tenían un natural amable y una imperturbable dignidad, que no excluía grandes disposiciones para la alegría. Su dialecto, que él había estudiado especialmente, era una rama de la lengua aneroido-megalítica. Este dialecto no comprendía verbos, y se pronunciaba enteramente con el estómago.

Prone arguyó que esto era absurdo; si esa gente hablaba con el estómago, deberían sufrir una gastritis permanente. Constant repitió que ésta era, en efecto, la enfermedad nacional, puesto que era hipodérmica en el noventa y cinco por ciento de la población. Prone dijo entonces que, si esto era exacto, no veía cómo podían ser alegres. Constant replicó que esto se debía a su fuerza de carácter. Añadió que no estaba acostumbrado a ver su palabra puesta en duda, y que si Prone persistía en esta actitud poco comprensiva, él, Constant, se vería obligado a dirigirle un ultimátum.

Prone nos habló seguidamente del problema de mantener la buena forma física que era indispensable para nuestros logros. Nos rogó que siguiéramos al pie de la letra los consejos que había elaborado a este respecto para nosotros, y nos dio a cada uno unas cuantas cuartillas mecanografiadas en pequeños caracteres. Nos afirmó que, si seguíamos sus consejos, podía garantizarnos que estaríamos al abrigo de la enfermedad. En este momento de su discurso se vio interrumpido por un violento ataque de tos, y hubo que palmearle la espalda. Fue Constant quien le administró grandes palmadas, que me parecieron ser ejecutadas con más vigor, quizá, del que fuera necesario. Fuera como fuese, Prone le devolvió las palmadas, y esto hubiera podido ser el principio de un molesto incidente si Prone no hubiera sufrido justamente un ataque de estornudos que le puso en total imposibilidad de defenderse.

Yo aproveché para agradecerles a todos su colaboración; yo tenía la firme convicción —declaré— de que estas pequeñas divergencias de opinión que podían manifestarse entre nosotros no eran más que la prueba de la loable franqueza que debiera presidir nuestras relaciones, y que esperaba, desde luego, que formaríamos un equipo unido y perfectamente a la altura de su tarea. Les recordé las palabras de Totter: "En una expedición de este género, los deseos del individuo deben ser subordinados a la causa común." Constant dijo "amén", y sobre esta nota solemne, despertamos a Burley, que se había dormido de nuevo, y echamos la última mano a nuestros preparativos para la partida al día siguiente.

* * *

Al día siguiente embarcamos en Tilbury. En el momento en que yo subía a bordo, me dieron dos telegramas. El uno decía: "Mis mejores deseos. Recuerden que no es el Mont Blanc— Totter". Y el otro: "Avería en Aberowmsopanfach. Me reuniré vosotros por avión. Enviad cien libras. — Jungle".

Capítulo III EN RUTA HACIA EL VOIAJENKAR

El viaje no tuvo historia. Mis responsabilidades de jefe de la expedición me impidieron pasar todo el tiempo que hubiera querido con los demás, pero me satisfizo mucho ver que el espíritu de cuerpo [sic], tan importante en empresas como la nuestra, hacía de nuestro equipo una comunidad bien homogénea.

Es incuestionable la importancia del espíritu de equipo. Como dijo un día Totter: "Cuando uno se balancea desesperadamente al extremo de una cuerda de treinta metros, es importante saber que el hombre que se encuentra al otro extremo es un amigo." Ha sido este estado de espíritu, mas que ninguna otra cosa, lo que nos ha permitido triunfar, y yo estaba encantado de verlo desarrollarse durante el viaje.

Divertidos incidentes vinieron a aliviar la monotonía de la travesía. Wish nos hizo reír al llegar una tarde a la cena con un ojo a la funerala. Había tropezado contra un cable de la embarcación. Y aquella misma tarde Burley ostentaba una mano vendada, pues se había lastimado la muñeca jugando al tenis. Los demás gozaban de excelente salud, a excepción de Prone, que fue el único en marearse.

Wish se afanaba en medio de sus instrumentos. Medía el punto de ebullición del agua según nuestros diversos termómetros, y llegó, después de varias lecturas, a fijar la altura del navío en cincuenta y un metros sobre el nivel del mar. Burley dijo que era absurdo, pero Wish hizo notar que, no siendo la tierra una esfera perfecta, sino más ancha por el ecuador que por los polos, este resultado concordaba con el estado actual de los conocimientos.

Shute rodó numerosas bobinas de film; pero, por un desgraciado azar, las expuso a la luz tan bien, que no poseemos ninguna imagen de esta parte del viaje.

Constant descubrió, encantado, una familia yogistanesa y pasó largas horas en su compañía, perfeccionándose en esta lengua. Estas relaciones se interrumpieron brutalmente y de forma bastante extraña. Un día, Constant, aterrorizado, escaló, cuatro a cuatro, los escalones de la escalera, seguido de cerca por un oriental, pequeño pero robusto, que blandía un puñal. Una vez salvado, Constant explicó que había cometido un ligero error de pronunciación. Había querido expresar su admiración por la poesía del Yogistan. Desgraciadamente, la palabra yogistanesa para designar la poesía es idéntica a la que designa a la esposa; no difiere de ésta más que por una especie de borborigmo sobre la final. Incapaz, en el entusiasmo del momento, de emitir este borborigmo. Constant había vejado profundamente a su huésped, lo que había tenido las consecuencias que acabábamos de presenciar.

Un día se vio una ballena a estribor. Esto era, naturalmente, un acontecimiento muy interesante para todo el mundo, pero sobre todo para mí, pues eso me permitió tomar una decisión sobre el problema extremadamente importante del agrupamiento del equipo de asalto, problema en el que yo había largamente reflexionado. Debíamos atacar la montaña por grupos de dos hombres, que escalarían atado el uno al otro y que compartirían la misma tienda. Estimé indispensable reunir estos futuros compañeros lo más pronto posible, a fin de darles ocasión de eliminar toda diferencia susceptible de convertirse en causa de fricción entre ellos. Yo no había podido llegar, sin embargo, a una decisión sobre este punto. Burley y Wish me habían parecido formar la pareja ideal en el espacio exiguo de una tienda de vivac, ya que el uno era grande y el otro pequeño; además, tenían cada uno una personalidad y unos intereses tan diferentes, que no había apenas lugar a temer entre ellos celos profesionales ni la monotonía en la conversación que engendra una demasiada similitud de ideas o preocupaciones. Shute y Jungle habían siempre manifestado un vivo interés cada uno por la especialidad del otro, y yo pensaba que sería una lástima separarlos. Shute, además, era antiguo alumno de Cambridge, mientras que Jungle lo había sido de Oxford, lo que ensancharía sus horizontes. Quedaban Constant y Prone, y su caso me preocupaba más; tanto el uno como el otro reunían la cortesía propia de sus profesiones, lo que amenazaba crear un clima un poco asfixiante en los estrechos límites de una tienda. Pero estaban en desacuerdo sobre tantos temas, que yo comenzaba a tranquilizarme, y el episodio de la ballena vino a disipar mis inquietudes. Mientras contemplábamos al enorme cetáceo, Constant declaró que se preguntaba lo que habría de cierto en la leyenda de Jonás. Prone respondió que una tal observación le sorprendía en boca de un hombre cultivado, y se apasionó tanto por la discusión, que hasta se olvidó de estar mareado. Prosiguieron la discusión durante el resto del viaje, y pronto se convirtieron en inseparables, lo que me alivió grandemente.

Justamente antes de nuestra llegada al puerto recibí un mensaje por radio: *A consecuencia de lamentable error, estoy Buenos Aires. Enviad cincuenta millones de peons.— Jungle.*

El viaje por tren no tuvo historia. Burley se mostró muy sensible al calor y Prone contrajo la malaria. Constant observó que habíamos hecho bien en llevar un médico con nosotros. Debo decir que Prone tomó a mal esta inocente observación y se mostró muy grosero con el pobre Constant; pero éste le perdonó generosamente, remitiendo la grosería al estado de salud de Prone. Constant se fue a la parte del tren reservada a los indígenas, a fin de mejorar sus conocimientos de la lengua; pero pronto estalló una riña, y él juzgó preferible retirarse. Los indígenas —explicó— eran verdaderamente de un natural amable y de una imperturbable dignidad, que no excluía una cierta alegría; pero se dejaban a veces irritar por naderías. Nosotros quisimos enterarnos de la naturaleza exacta de esta materia, pero Constant dijo que esto era difícil hacérselo comprender a un europeo.

Wish se pasó casi todo el viaje con un cronómetro en la mano: contaba los postes telegráficos, a fin de calcular la velocidad del tren. Esta se confesó ser de doscientos cuarenta y cinco kilómetros por hora, pero Wish estimaba que había que tener en cuenta un cierto margen de error para compensar las irregularidades en el espaciamiento de los postes. Burley comprobó sus cálculos y descubrió que la aguja del segundero se había parado. Este incidente nos divirtió mucho.

Nuestra llegada a Chaikhosi fue un gran acontecimiento, tanto para nosotros como para la población indígena. Constant había tomado las medidas necesarias para que tres mil portadores nos esperasen a la llegada del tren, a fin de evitar toda pérdida de tiempo. Cuando llegamos, nos quedamos bastante sorprendidos, y emocionados también, al ver que una muchedumbre inmensa, que se extendía hasta donde llegaban nuestras miradas, había venido a darnos la bienvenida. Nada más asomarnos por las ventanillas fuimos aclamados estruendosamente. Constant aprovecho la ocasión para informarnos acerca de la amabilidad de lo indígenas, lo que era uno de sus rasgos de carácter principales.

Apenas descendidos del tren, fuimos recibidos por un dignatario, que yo creí sería el clang local, o jefe del poblado. Constant inició la conversación con él, en su tono más diplomático. Conversaron así varios minutos, y un espectador europeo hubiera podido cometer el error de concluir que se querellaban violentamente; pero yo me dije que esto sería, sin duda, el idioma del país.

Constant terminó por decirnos que este hombre no era el clang, sino el bang, o jefe de los portadores, y que la multitud que nos rodeaba estaba compuesta de los portadores que él había contratado.

—Si quiere usted saber mi opinión —dijo Prone— hay muchos más de tres mil.

Yo era de la misma opinión, pero Constant dijo que nadie había preguntado nada a Prone y que él estaba seguro de sus cifras.

—¿Por qué no interrogar a su amigo? —propuso Prone. Constant se entregó con el bang a una nueva discusión, al término de la cual nos declaré que el

hombre hablaba un dialecto oscuro y que parecía no conocer bien el yogistanés corriente.

—Bueno —dijo Prone—; no tenemos más que contarlos. Alineémoslos por filas de a diez.

Constant se volvió de nuevo al bang y, después de mucho ruido y muchas gesticulaciones, nos explicó que no había en yogistanés ninguna expresión que significara filas de a diez, y que como este país ignoraba todo de la instrucción militar, era bastante difícil hacer comprender a un espíritu yogistanés lo que se entendía por alinear.

Yo dije entonces a Constant que íbamos a dejarle ajustar esta cuestión con el bang. El convino en que era una buena idea, pues, sin duda, nuestra presencia ponía nervioso al pobre indígena.

En la estafeta de Correos me esperaba una sorpresa bajo la forma de una carta de Jungle. Había llegado por avión tres días antes y había partido en explorador para preparar el camino.

Pasamos en la sala de espera de la estación una noche muy incómoda y hambrienta, pues mientras que no se arreglara la situación con el bang, no se podía proceder a la descarga de nuestro equipo, y en la ausencia de Constant no nos atrevíamos a aventurarnos en el hotel del poblado. Al alba volví al andén, donde Constant proseguía su discusión con el bang. Nuestro amigo me explicó que, en yogistanés, la palabra que significa tres era idéntica a la que significaba treinta, con la diferencia de una especie de relincho en el medio. Era, evidentemente, imposible significar este relincho por telegrama, y el bang había interpretado el mensaje como una demanda de treinta mil portadores. Los treinta mil hombres en cuestión hacían mucho ruido ante la estación, y Constant me dijo que ellos reclamaban comida y un mes de paga. Si rehusábamos, temía que nos robaran todo.

No había otro remedio que satisfacer sus exigencias. Se alimentó, pues, a los treinta mil portadores —al precio de muchos esfuerzos y de grandes gastos—, y tres días más tarde pudimos partir para nuestro viaje de ochocientos kilómetros con los tres mil hombres que habíamos escogido. Los trescientos setenta y cinco muchachos que completaban nuestros efectivos fueron reclutados sobre el lugar. Los muchachos no faltan en el Yogistán, y parece que sus madres están encantadas de deshacerse de ellos.

El viaje hasta el macizo del Khili-Khili se desarrolló sin incidentes. Seguimos una serie de ríos encajados en gargantas profundas, entre paredes abruptas que se elevaban hasta alturas de diez mil metros, y aún más.

Pasábamos, a veces, de un valle a otro por puertos situados a siete mil metros sobre el nivel del mar, para después ir por lechos de ríos a menos de cincuenta y un metros de altura.

Tan abruptas eran las pendientes de estos valles, que la vegetación pasaba de las especies tropicales a la flora ártica en una distancia de mil quinientos metros; es decir, que nuestros botánicos estaban en su elemento. Yo no soy naturalista, pero me esforcé en manifestar un interés comprensivo ante el trabajo de mis compañeros, animándoles a venir a mostrarme sus descubrimientos. Yo les debo los pocos conocimientos que poseo ahora en este dominio.

Las pendientes bajas estaban amenizadas por espesuras de facetias y persiflajes, entonces en plena floración, y la brisa traía sin cesar a nuestro olfato el perturbador aroma de las rodencias. La nostalgia, que florece en todas partes, excepto entre nosotros, se encontraba en abundancia, así como la universal gogueta. Más arriba, los sombríos parterres de sospechas y melancolías cedían la plaza a los últimos taludes herbosos ante las nieves eternas, donde no crecía nada, salvo, a veces, un excentricular solitario o una vanidad marchita.

La fauna tenía también con qué regalar al ojo. El chivo emisario estaba naturalmente muy extendido. A veces, en la noche, yo veía una sombra furtiva que Burley identificó como perteneciente a un patibulario tibetano. Una tarde, Shute, en el colmo de la excitación, me designó una criatura de aspecto poco animador, asegurándome que era un perro de aguas. Burley juró que no era un perro de aguas, sino un horror peludo; quizá había querido bromear. Burley tiene un sentido del humor bastante pobre. Me contó un día que él había sido seguido por una vaga sospecha, lo que era evidentemente absurdo.

Todos estábamos, no hay que decirlo, ávidos de ver al abominable hombre de las nieves, que ha hecho correr tanta tinta. Esta criatura fue vista por vez primera por Thudd en 1928, no lejos de la cima del TrahLalah. Thudd le describe como una criatura de apariencia humana, de unos dos metros diez de altura, cubierto de piel azul y con tres orejas. El hombre de las nieves emite un pequeño silbido y huye corriendo a una velocidad asombrosa. El segundo encuentro con el hombre de las nieves tuvo lugar cuando la expedición de reconocimiento emprendida en 1931 por los Bavarois hacia la barrera del Hi. En esta ocasión fue visto por tres miembros de la expedición a una altura de ocho mil metros; sus testimonios son bastante contradictorios, pero todos están de acuerdo en afirmar que la criatura llevaba un pantalón. En 1933, Orgrind y Stretcher descubrieron huellas de pasos sobre una pendiente nevada debajo del Youpala, y al año siguiente, Moodles oyó gruñidos a diez mil metros. Después, nada hasta 1946, fecha en la que Brewody tuvo la fortuna de ver al monstruo desde muy cerca. Según Brewody, no tenía pelos ni piel de ninguna clase, y se parecía a un ser humano de estatura normal. Llevaba un paño y hablaba sólo en rudistanés con un fuerte acento de Birmingham. Al ver a Brewody, el monstruo saltó sobre una roca y desapareció.

Tales eran los escasos informes recogidos hasta entonces, y nosotros sentíamos deseos de aportar a nuestra vez nuestra cosecha de informaciones. El más ansioso de entre nosotros era Wish, que alimentaba, quizá, la secreta esperanza de añadir el Eanthropus Wishi al árbol genealógico de la familia humana. Wish pasaba largos ratos por encima del límite de las nieves eternas,

examinando toda cosa susceptible de ser una huella de pie; pero aunque oyó gruñidos, silbidos, suspiros y borborigmos, no descubrió ningún indicio válido. Su entusiasmo se enfrió considerablemente cuando, después de haber seguido durante toda una semana las huellas de unos pasos sobre una vertiente de montaña muy escarpada, comprobó que era la pista trazada por un portador enviado por Burley.

Los portadores parecían poco entusiasmados. La montaña, para ellos, era la oficina. Habíamos convenido una jornada de ocho horas, por la cual recibiría cada uno cinco bohees (1 peseta 80 céntimos). Nada en el mundo podría persuadirles a trabajar más allá de esas ocho horas, a no ser el dinero. Cuando parábamos la marcha, se ponían en cuclillas en grupos, fumando un horrible tabaco llamado groku. Tenían un aire en extremo avinagrado. Su aspecto contrastaba tanto con la descripción que de ellos nos había dado Constant, que me vi obligado a preguntarle discretamente. El me explicó que tenían la costumbre de vivir por encima de los siete mil metros; sus cualidades no comenzaban a manifestarse más que a esta altura. Me afirmó que irían mejorando a medida que fuéramos ascendiendo, y que a trece mil trescientos metros alcanzarían el summum de esa imperturbable dignidad que no excluía la alegría. Esto me alivió grandemente.

En su trabajo de portadores no había nada que reprocharles. A pesar de su pequeña talla —raros eran los que sobrepasaban el metro cincuenta—, eran casi tan anchos como altos y muy robustos. Cada uno de ellos llevaba una carga de cuatrocientos cincuenta kilos. No se podría encomiar demasiado a los portadores, sin los cuales la expedición hubiera conocido el fracaso.

De entre todos ellos destacaba el cocinero, un tal Pong. De estos tres mil bárbaros. Pong era, sin duda, el que tenía peor aspecto. Tenía el rostro extrañamente aplastado, como si se lo hubieran planchado. Su alma parecía haber sufrido el mismo proceso de aplastamiento. Su cocina reflejaba fielmente su carácter. Los platos más suculentos, extraídos de cajas de conservas, se convertían en sus manos en una especie de repugnante pasta de un marrón oscuro que había que comer con una cuchara sólida y que contenía los grumos más desagradables. El hecho de que hayamos sobrevivido a sus servicios constituye un verdadero triunfo del espíritu sobre la materia, pues todos sufrimos abominables indigestiones. Todos nuestros esfuerzos para apartarle de la cocina resultaron vanos. A la menor alusión que pudiera darle que pensar que no estábamos contentos de sus repugnantes servicios, entraba en una especie de frenesí y nos amenazaba con sus cuchillos.

El bang no podía o no quería hacer nada. Quizá tenían leyes sindicales muy estrictas; fuera lo que fuese, tuvimos que acostumbrarnos a Pong. Y en nuestro ardor por atacar el Khili-Khili, entraba en gran parte el deseo, que pronto se convirtió en obsesión, de escapar a nuestro demoníaco cocinero. Mientras marchábamos, yo me complacía en ensoñaciones en las que Burley y yo, en nuestra tienda, nos cocinábamos deliciosas comidas, mientras que abajo, en el campamento de base, Pong se retorció de despecho.

Atravesamos numerosos poblados, cuyos habitantes eran invariablemente desagradables y poco amables, salvo cuando Constant trataba de entrar en conversación, en cuyo caso su actitud se hacía francamente hostil. Nos explicó que no eran indígenas típicos, sino una clase degenerada de la población que, atraída por la vida fácil mas abajo de los siete mil metros, había terminado por desmoralizarse y por perder las cualidades fundamentales de su raza, a saber: la dignidad y la alegría. Yo podría hacer notar aquí que no encontramos ningún indicio de vida mas allá de los siete mil metros; pero, como dijo Constant, esto era debido al hecho de que nuestro itinerario no seguía las rutas comerciales.

Shute se dedicaba a filmar nuestro avance. Para hacer esto le era preciso partir antes, a fin de tener su cámara emplazada en el momento que llegáramos. Este plan, aparentemente sencillo, se reveló más difícil de poner en práctica de lo que nuestro amigo había pensado. Las tres primeras veces que probó a hacerlo no consiguió reunir todo su material antes de que lo hubiésemos alcanzado, y fue dándose mucha prisa como consiguió reembalarlo todo y alcanzamos antes de la noche.

Al día siguiente partió mucho antes que nosotros, y no lo volvimos a ver mas que a los dos días, por la mañana; llegó al campamento, vacilando sobre sus piernas, en el momento preciso en que nos disponíamos a partir. Al parecer, habíamos tomado caminos diferentes. Esto le ganó un día de retraso, pues juzgó necesario recuperar su sueño perdido. No nos alcanzó hasta la semana siguiente, y volvió a partir en seguida, velando toda la noche para estar seguro esta vez de no fallarnos. Filmó toda la caravana desfilando ante él y aclamándola al paso. Fue una lástima que en esta ocasión la cámara viera doble, lo que dio una sucesión de imágenes corridas.

Esperábamos de un día a otro encontramos con Jungle, aunque no hubiésemos visto ninguna huella de la pista que debía trazar para nosotros. Al vigésimo día fuimos abordados por un corredor que nos traía el mensaje siguiente: "Capturado por bandidos. Enviad rescate cincuenta millones de bohees. —Jungle."

Diez días mas tarde, otro corredor nos transmitió el mensaje siguiente: "Repito. Capturado por bandidos. Enviad rescate cincuenta millones de bohees. —Jungle."

Concluimos de esto que el primer mensajero se había alzado con el dinero. Después de maduras reflexiones, estimé que no podía conceder ninguna confianza a la honradez de estas gentes, y pedí a Prone, que estaba ya repuesto de su varicela, que acompañara al corredor. Diez días mas tarde se nos reunió Jungle, solo, y trayendo una demanda de rescate de cincuenta millones de bohees para Prone.

Esto era ya demasiado. Decidí que las finanzas de la expedición no podían soportar tales exigencias. Envié, pues, un mensajero de confianza con este mensaje: "Desolado. Sin fondos. Pónganse en contacto con la Embajada."

Diez días después. Prone regresaba con nosotros. Poco después de su captura por los bandidos había contraído una neumonía doble, complicada con coqueluche, y había dado tanta pena a sus carceleros, que estos le habían soltado. Estaba lamentable: sin afeitarse, despeinado, la mirada fija, las ropas hechas jirones y las botas sin tacones.

Burley, que se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en una litera llevada a hombros de los portadores, tratando de superar el agotamiento que sufría en estos valles, se despertó una tarde aullando. Había soñado que la expedición moría de hambre en el Khili-Khili. Reemprendió todos sus cálculos y los verifico minuciosamente. Sus temores estaban fundados. Agotado, sin duda, por el clima londinense, había olvidado prever los víveres para el viaje de regreso. Se había concentrado tanto sobre el gran objetivo: llevar dos hombres a la cima del Khili-Khili, que no había pensado en retirarlos de allí.

Esta era una de esas crisis que ponen a ruda prueba las cualidades de un jefe de expedición. Sin decir nada a los demás, lleve solo mi fardo durante toda una semana, buscando desesperadamente una solución. Forzoso me fue, al fin, revelar la gravedad de la situación a mis compañeros. Wish lanzó una mirada a Burley —me es grato pensar que aun en una crisis así uno de nosotros tuvo un pensamiento para el desgraciado responsable— y comenzó a escribir sobre la uña de su pulgar.

—La solución es bien sencilla —anunció—. No guarde mas que ciento cincuenta y tres portadores y diecinueve, de los ciento veinticinco muchachos. Las economías de víveres así realizadas nos permitirán salir del atolladero.

Este calculo se reveló correcto. Se pidió a Constant tomara contacto con los portadores para anunciárselo. Durante ocho días, un clima de revuelta reino en la caravana, y Constant temía sin cesar por su vida. Finalmente, nos encontramos en la imposibilidad absoluta de alimentarlos un día mas, y debimos pagarles lo que pedían; es decir, demasiado. Nuestra única consolación era la esperanza de vernos desembarazados de Pong. Pero, no sé por qué razón, esto no fue posible. Constant dijo que se preguntaba a veces si el bang no tenía intereses sobre Pong, pero esto me pareció un punto de vista injustamente cínico de la situación.

Un mes más tarde nos encontrábamos en la cima del Voiajenkar, enfrente del macizo del Khili-Khili, la última posición de la Naturaleza que se había resistido hasta entonces al espíritu de conquista del hombre. La gran montaña se erguía majestuosa sobre un cielo sin nubes, inspirando el respeto en el corazón de las minúsculas criaturas que muy pronto iban a poner un pie presuntuoso sobre estas pendientes temibles. ¿Que pluma podría describir nuestros sentimientos mientras que desde la cima del Voiajenkar contemplábamos el macizo del Khili-Khili?

Abandonaré un momento a la expedición inmóvil en la cima del Voiajenkar, enfrente del Khili-Khili, a fin de describir la configuración de esta potente montaña y de evocar los acontecimientos que llevaron nuestra presencia a estos lugares.

El Khili-Khili fue descubierto por aviadores aliados durante la guerra.

Sus informes evaluaban la altitud de la cima entre diez y diecisiete mil metros. En 1947, una expedición de reconocimiento se personó en el Himalaya, conducida por Totter, con la misión de fijar el emplazamiento exacto de la montaña, de medir su altura y de estudiar las vías posibles de acceso a la cumbre. Diversas expediciones agregaron después mas informes, pero la nuestra marcó la primera tentativa seria de ascensión.

El macizo del Khili-Khili tiene la forma de una M invertida. La cima comprende dos picos: el Khili-Khili propiamente dicho y el GuiliGuili, que se encuentra un poco al oeste de la verdadera cumbre. Las estimaciones en cuanto a la altura del pico más elevado difieren considerablemente; pero, apoyándose sobre estas diferencias, se puede afirmar que la cima del Khili-Khili está a trece mil trescientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

La arista principal del macizo va del Norte al Sur; está interrumpida por la línea de partición de las aguas de dos ríos: el Agenda y el Enigma, que dividen el macizo en tres partes, separadas por gargantas de unos siete mil metros de profundidad. La verdadera cima esta situada en la parte central, y el GuiliGuili, aunque distante un poco más de seiscientos metros, esta separada de ella por la garganta del Enigma. De cada una de estas cimas una cresta desciende en la dirección Nordeste; estas dos líneas de cresta se unen para formar un col, el col Sur (8.300 metros). La cara norte del col Sur se une con el glaciar del Voiajenkar, que rodea la cara sudeste de la montaña antes de virar bruscamente hacia el Noroeste. Este glaciar da nacimiento al río Voiajenkar, que corre hacia el Norte después de haber franqueado la garganta del Agenda. La ultima rama de la M invertida es completada por la vertiente sur del valle del Voiajenkar, que corta la arista central del macizo a tres kilómetros alrededor al oeste de la cima propiamente dicha.

He aquí cuál era nuestro plan. El campamento de base sería establecido en lo alto del glaciar, a siete mil metros de altura. Pasaríamos algunos días allí para aclimatarnos. Durante este periodo haríamos un reconocimiento hasta la cara Norte, que lleva al col Sur. Instalaríamos un campo avanzado sobre el col, con un campamento intermedio a media altura de la ladera. De allí hasta la cima estableceríamos campamentos en los lugares más apropiados. Trataríamos de instalarlos a cada seiscientos metros a partir del campamento avanzado. El último —el número 7— se encontraría a trece mil metros, a trescientos cincuenta metros solamente debajo de la cima. En cada campamento serían dejados víveres para quince días, lo que nos dejaría un margen suficiente en caso de mal tiempo.

La gran cuestión era ésta: ¿la montaña cedería? En 1947, Totter había escrito: "La montaña es, ante todo, difícil —incluso severa—, pero cederá." Los reconocimientos posteriores habían planteado la cuestión de saber si la pared norte cedería, pero se había finalmente decidido por la afirmativa. El mismo Totter había resumido así la cuestión: "Con un buen espíritu de equipo y buenos portadores, la montaña cederá." Todo el mundo sabe hoy que, en efecto, ha cedido.

Pero desde la cima del Voiajenkar, donde nos encontrábamos, estábamos muy impresionados por la vista de este importante bastión que erguía su cabeza majestuosa sobre un cielo sin nubes. Fue Constant quien expresó los sentimientos de todos:

"Se diría una diosa desafiando a los que quieren posar un pie sacrílego sobre su altar virgen."

Un murmullo aprobador le respondió. En este instante nos sentimos muy poco a la altura de la enorme tarea que nos habíamos fijado, y yo dirigí una ferviente oración para pedir del Cielo me pudiera mostrar digno de las pruebas que nos esperaban. Nos quedamos allí hasta el momento en que la puesta de sol vino a florecer de capas rojas los campos de nieve de este potente bastión; la montaña se convirtió entonces en un cuadro que muy pocos ojos humanos habrán visto. Sin una palabra, descendimos, en la noche que caía, hacia nuestro campamento en el valle.

Capítulo IV EL GLACIAR

Dos días más tarde llegamos a la extremidad del glaciar y comenzamos la larga ascensión hasta el campamento de la base. Allí fue donde nos acordamos por primera vez. Jungle, nuestro guía, pasó el primero con Shute, que debía filmarnos, cuando hubiera encontrado un emplazamiento oportuno. Iban acompañados de diez portadores cargados con la cámara y sus accesorios. Burley y Wish los seguían. Burley soportaba bastante mal el clima de los glaciares, pero pensaba acostumbrarse a él rápidamente. Después iban Constant y Prone. Este último había contraído la ruseola, pero se prodigaba a sí mismo los cuidados oportunos. Los portadores se habían repartido en los diferentes grupos. Yo quedé atrás, a fin de meditar un momento sobre las responsabilidades del mando, y así iba cerrando la marcha.

El glaciar tenía más de mil quinientos metros de ancho, estaba surcado por profundas grietas y cubierto de innumerables bloques de hielo de una altura, en su mayor parte, de seis a diez metros. Era un verdadero laberinto. Incluso las más altas cimas desaparecían de nuestros ojos.

Después de algunas horas de marcha, tuve la alegría de ver ante mí el servicio cinematográfico en plena acción, con Shute a la manivela. Le dejé embalar su material con la ayuda de sus portadores y proseguí mi camino. Una hora más tarde me sorprendió reencontrarlo de nuevo ante su cámara. Concluí de esto que me había pasado sin yo darme cuenta —lo que muy fácilmente hubiera podido producirse—, y no dejé de felicitarle por su celo. Él me miró con asombro y me juró que no se había movido de allí. Yo iba a recordarle que no era hora ni lugar para semejantes bromas, cuando, ante mi gran estupor, oí un grito detrás de mí. Puede imaginarse cuál sería mi estupefacción al comprobar que era Jungle, seguido por un gran número de portadores marchando en fila india, tras de la cual iban Burley y Wish.

Debo convenir que estaba completamente desconcertado. Era aquel uno de los momentos en los que uno duda de su propia razón. Yo había visto con mis propios ojos a las cuatro personas que se encontraban allí ahora partir ante mí unas horas más tarde, mientras que los otros, a los que yo no había pasado, estaban ahora detrás de mí. Y no se podía creer en que nos hubiéramos pasado todos los unos a los otros sin darnos cuenta.

La cuestión que se planteaba era esta: ¿dónde estaban Constant y Prone?

Fue Shute quien dio la respuesta:

—¡Jungle, animal! —gritó—. ¡Habéis girado en redondo!

En seguida lo comprendí todo. Estábamos dispersos por la circunferencia de un círculo, siguiendo cada uno al otro. Shute había continuado filmándonos sin molestarse en identificarnos a nuestro paso, y nosotros habíamos descrito dos veces un círculo completo. Sin él, que constituía el único jalón fácilmente reconocible de nuestro itinerario, hubiéramos estado dando vueltas todo el día.

La Llegaba de Constant y de Prone algunos instantes más tarde vino a confirmar esta hipótesis. Sin duda, venían atacados de la sordera de las alturas, pues se hablaban gritando a todo pulmón, como si estuvieran a ochocientos metros uno de otro y no separados, como estaban, por una longitud de cuerda. Me felicité de la forma en que había dispuesto los encordamientos: dos hombres capaces de proseguir una conversación tan animada después de varias horas de marcha a cinco mil metros de altura estaban hechos, evidentemente, para entenderse. Esta es una de las grandes recompensas del oficio de jefe: ver que se ha triunfado en estas delicadas manipulaciones del elemento humano.

Decidí que era el momento de hacer alto y, con una copa de champaña en la mano, discutimos las razones de este singular acontecimiento. Pedí a todos mis compañeros que dieran francamente su opinión, sin tratar de rozar ninguna susceptibilidad. Estimo que nada refuerza los lazos de amistad entre los hombres como afrontar la verdad juntos.

Era confortante ver como respondieron a mi llamada. Shute se mostró particularmente franco, y esto era una buena señal —me dije—, en el que justamente iba a ser el compañero de Jungle.

Lo que ninguno de nosotros llegaba a comprender era cómo Jungle, utilizando su brújula, como él nos aseguraba haber hecho, había podido describir un círculo. Este enigma fue descifrado por Shute, que pidió a Jungle le hiciera la demostración de su método. Se alejaron los dos, y muy pronto empezaron ellos también a discutir a pleno pulmón. Me pareció que la sordera de las alturas estaba muy extendida aquel día.

Cuando regresaron, Shute nos dio la clave del misterio:

—Este imbécil había olvidado desbloquear la aguja de su brújula —nos dijo—. Naturalmente, la aguja indicaba el Norte, cualquiera que fuese la dirección que tomase.

—Eso le podría ocurrir a cualquiera —dije yo.

La experiencia me ha enseñado que un hombre da lo mejor de sí mismo cuando se le otorga confianza. Nada debilita tanto la seguridad de un hombre como sentir la desconfianza de sus jefes. Hubiera sido fatal al éxito de la expedición llevar a Jungle a dudar de sí mismo. No expongo esto como una prueba de mi magnanimidad; éstas son cosas que constituyen las cualidades inherentes a un verdadero jefe: se tienen o no se tienen.

Por esta razón confié de nuevo a Jungle la tarea de guiarnos, convencido de que no repetiría dos veces el mismo error.

No me equivoqué. Caminábamos desde hacía cuatro horas, cuando me encontré de nuevo a la caravana al borde de una ancha grieta; toda la caravana, a excepción de Jungle, que estaba dentro. Su brújula le había dirigido rectamente a la grieta, y antes de dar un largo rodeo que nos hubiera alejado, había insistido en que se descendiera a la grieta, con intención de subir al otro borde tallando escalones en la pared. Estaba en el fondo desde hacía dos horas, y nadie sabía si progresaba, pues su voz estaba multiplicada por los ecos y era un coro incomprensible lo que llegaba a la superficie. Quizá estuviera aprisionado.

En estos momentos de crisis es donde se revela la verdadera naturaleza de un hombre. El barniz social que le ha permitido hacerse un puesto en el mundo civilizado no le es entonces de ninguna utilidad. A menos de tener un corazón de encina, dejará una hendidura, una mancha, una debilidad, que causarán su pérdida y, quizá, la de sus camaradas. Me enorgullece poder declarar aquí que todo el equipo salió brillantemente de esta prueba. No es, sin duda, decir demasiado que durante las últimas fases del asalto, cuando la situación parecía tan desesperada y tan sólo la fuerza de espíritu nos separaba del anulamiento, la confianza que había hecho nacer este incidente de la grieta nos permitió intentar este último esfuerzo que debía asegurarnos la victoria.

Cada uno de nosotros reaccionó a su manera. Burley, con la sangre fría de un Napoleón, aprovechó la ocasión para recobrar fuerzas —soportaba mal el clima de los glaciares— con un sueñecito. Wish hacía hervir un trozo de hielo encima de un calentador de gasolina, a fin de determinar el punto de ebullición del hielo. Shute había desmontado las lentes de su cámara y corregía la curvatura teniendo en cuenta el índice de refracción reducido por la rarificación de la atmósfera. Constant mejoraba su conocimiento de la lengua discutiendo hasta perder el aliento con el bang. Y Prone se cuidaba una inflamación de los ganglios que él sentía inminente.

El comportamiento de mis compañeros en estas circunstancias ha sido, lo que me es grato reconocerlo, un ejemplo para mí, al mismo tiempo que un sostén, cuando más de una vez, más adelante, el pánico nos amenazaba. Su calma

reforzó mi humildad, y me entumeció la confianza que ponían en mí, a quien incumbía toda la responsabilidad de la expedición. Sabían que yo no los decepcionaría.

Pero el tiempo apremiaba. Si queríamos sacar a Jungle de su penosa situación antes de la caída de la noche, había que hacer algo, y hacerlo rápidamente. Era evidente que alguien tenía que descender cerca de él, pero ¿quién? El incidente de la mañana me dio la respuesta. En Shute sólo debía recaer el honor de arriesgar su vida por su amigo.

Debo decir que la modestia de Shute le incitó a ceder este honor a algún otro. Pero yo no podía dejarle renunciar a lo que su corazón deseaba verdaderamente, y pronto le hicimos descender al cabo de una cuerda.

Después de algunos metros de descenso, desapareció a nuestras miradas, y su voz se hizo tan ininteligible como la de Jungle. Continuamos haciendo correr la cuerda hasta que quedó floja, y esperamos a ver como evolucionaba la situación.

Al cabo de algunos minutos me vino bruscamente la idea de que teníamos ahora dos hombres en el fondo de la grieta y que la situación era ahora aun peor que antes. Ni el uno ni el otro podían comunicar con nosotros, y no nos atrevíamos a izar las cuerdas, por temor a herirlos.

La situación era crítica.

Fue Burley quien, despertándose en aquel momento, aportó la solución.

—Hay que bajarles un walkie-talkie —dijo—. Hemos traído estos cacharros hasta aquí. Que sirvan para algo, entonces.

Era una brillante idea. Decidí que en Burley debía recaer el honor de descender con el material de radiotelefonía. Como Shute, comenzó por declinar modestamente este privilegio; pero yo insistí. Y pronto desapareció a su vez de nuestras miradas. Hubiera jurado que sus últimas palabras habían sido algo así como: "Esto me enseñará a cerrar la boca"; pero, sin duda, yo había oído mal, a menos que no fuera una de las incomprensibles bromas de Burley.

Wish puso en marcha otro aparato de radio y esperamos anhelantes. No se oía nada. Una horrible sospecha se apoderó de mí.

—¿Funciona el aparato? —pregunté.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? —dijo Wish. Es Jungle el experto en radio.

Era la verdad. Ninguno de nosotros sabía como utilizar los aparatos de radio. Jungle debía explicarnos su funcionamiento cuando nuestra reunión preparatoria en Londres, pero por un desgraciado concurso de circunstancias él no había podido asistir.

No había otro remedio: Wish debería descender. Diría a Jungle que redactara por escrito las instrucciones necesarias, que yo subiría gracias a un cable fino del que Wish llevaría consigo uno de los extremos.

Descendió, pues, y al cabo de unos instantes tuve en mi poder el mensaje siguiente: "Pilas aun no instaladas. Están embaladas en una de las cajas, pero Burley no sabe en cual. Enviad champaña."

Imposible —pensé— contar con la radio. Había que encontrar otro medio de entrar en comunicación. Escribí rápidamente un mensaje: "Ruego me digan que hacer." Lo enrollé alrededor del gollete de una botella de champaña y la hice descender. Icé el cable cinco minutos después. Su respuesta era: "Envíe otra botella."

Espero no se tomará a mal el que yo juzgara este mensaje un poco inconsiderado; las circunstancias excusaban, ciertamente, mi impaciencia. No obstante, no queriendo parecer dictatorial, les envíe, como me pedían, otra botella, con el mensaje siguiente: "Les ruego tomen en cuenta mi situación. Todos los medios posibles deben ser puestos en práctica para sacarles de este mal paso. Díganme sus intenciones."

Subí pronto su respuesta: "Jungle, presa de vértigo. Absolutamente indispensable enviar cuatro botellas de champaña inmediatamente; si no, no podemos responder de las consecuencias."

Esto ponía la situación bajo otra luz. Me arrepentí de mi juicio demasiado precipitado. He discutido después este asunto con Totter, quien me ha confirmado en mi opinión primera, a saber: que el primer mensaje no respondía a la mejor tradición. Quiero hacerme perdonar las sospechas injustas y sin fundamento que me habían llevado a pensar que la demanda de una segunda botella no se justificaba. La demanda de mis compañeros estaba perfectamente motivada, no se puede negarlo; nosotros no incriminábamos —nosotros, es decir, Totter y yo— mas que la forma en que estaba redactado, que no tenía en cuenta la delicada posición en que me encontraba. Pero me es difícil a mí, que al menos estaba sobre terra firma, enjuiciar los sentimientos de mis camaradas en el fondo de la grieta. Quizá, después de todo, me haya mostrado injusto hacia ellos; en este caso, les renuevo aquí mis excusas más sinceras.

No perdí, naturalmente, tiempo en responder a su última y urgente demanda, y les dirigí el champaña con una nueva nota en solicitud de instrucciones. Su mensaje siguiente declaraba: "Jungle, presa de convulsiones. Envíe a Prone con cinco botellas."

Esta noticia llevó al colmo mi inquietud. Me parecía que el champaña era lo último que se podía recomendar en caso de convulsiones. Pero Prone, que por enfermo que estuviera se había virilmente dominado al tomar conocimiento del mensaje, me afirmó que era exactamente lo que hacía falta. Descendió, pues, a su vez.

Les di tiempo para examinar la situación y después subí el cable. Recogí una botella vacía, con una nota alrededor del cuello de la botella portadora de una sola palabra: Yupi.

En aquel mismo instante, sonidos extraños comenzaron a llegarme de la grieta. No pude, al principio, dar crédito a mis oídos; pero me fue forzoso concluir, al fin, que mis camaradas cantaban. Mi conocimiento del folklore de la lengua inglesa me permitió incluso identificar, con una casi seguridad, el aire de Oh, my darling Clementine! El resultado no era desagradable, y me alegré de comprobar que mis compañeros no habían perdido el coraje; pero, a menos que en su espíritu esta canción no constituyese un mensaje en código, este recital no era de ninguna ayuda en el dilema en que yo estaba sumido. A pesar de su presencia de ánimo, mis compañeros se encontraban en una situación muy peligrosa.

Tal parecía ser también la opinión de Constant.

—Tienen necesidad de mí ahí abajo —dijo.

Y sin dejarme tiempo para comprender que es lo que iba a hacer, mi intrépido compañero había metido en sus bolsillos algunas botellas, amarrando la cuerda alrededor de una roca y deslizándose por el abismo.

Pasó el tiempo; los cantos continuaban. Descendí y remonté varias veces el cable, pero ningún mensaje llegaba. Yo estaba al borde de la desesperación. Seis vidas humanas dependían de la claridad de mi razonamiento y de mi espíritu de decisión, pero yo estaba desamparado. Me invadió el deseo de descender a mi vez, aunque fuera para perecer con mis compañeros; pero me contuvo la consideración de que entonces estaríamos privados de todo medio de comunicación con la superficie.

Los portadores se habían instalado confortablemente sobre sus cargamentos y fumaban su inevitable pipa de groku. No podía contar con ninguna ayuda por este lado.

Esto era, al menos, lo que yo creía. Pero iba a recibir una lección sobre las inestimables cualidades del portador yogistanés, sin el cual la expedición hubiera fracasado. El bang, que, hora es de decirlo, se llamaba Bing, se levantó súbitamente y se aproximó a la grieta, seguido de un portador de pequeña talla, pero muy ancho de hombros y poderosamente musculado, que se llamaba Bung. Sin que una sola palabra hubiese sido cambiada entre los dos hombres. Bung se apoderó del extremo de una cuerda y se hizo descender por Bing. Apenas la cuerda comenzó a aflojarse, cuando un silbido taladrante Llego de las profundidades. Bing comenzó en seguida a izar la cuerda, y se imaginó mi sorpresa y mi alivio cuando vi reaparecer a Bung sano y salvo a la superficie, sosteniendo con mano firme a Burley por la chaqueta. A Burley, que se movía como una marioneta, cantando alegremente ¡Ohé los del barco, ohé!

Todo ocurrió con una extraña simplicidad. Uno tras otro, mis compañeros fueron sacados a la superficie, y pronto nos encontramos todos reunidos. No

me avergüenza confesar que me sequé una lagrima furtiva. Jungle, en su alegría, sin duda, de haber escapado por tan poco a la muerte —aunque, me complazco en creerlo, hubo también en su gesto un testimonio de sincero afecto—, me dio una tan vigorosa palmada en la espalda, que me tiró al suelo, y Wish, que parecía un poco loco después de esta prueba, creyó indispensable afirmarme que había medido la profundidad de la hendidura, que era de cincuenta y un metros exactamente. Lo que, no sé por qué, le pareció extraordinariamente divertido. Cuando hubieron todos, salvo Constant, sido devueltos a la superficie, Bing y Bung volvieron junto a sus camaradas. Habían olvidado a Constant, o bien es que no sabían contar hasta siete. Me aproximé a ellos y me esforcé en explicarles por señas lo que esperaba de ellos. No encontré más que rostros cerrados. Su inteligencia limitada no les permitía manifiestamente comprender lo que les quería decir. Alineé sobre una fila el resto del equipo, dejando un vacío en medio de la fila; designé entonces con un dedo este vacío; después, la grieta, y me entregué a una sabia mímica describiendo el descenso y la ascensión de una cuerda y, en fin, la recepción de un compañero salvado del abismo. Todos asintieron con aire de animarme —algunos incluso llegaron a aplaudirme— pero nadie hizo un gesto.

Recomencé mi pantomima; esta vez no me concedieron la menor atención; continuaron chupando sus pipas de groka, como si todo fuese perfectamente normal.

Mis compañeros, sin embargo, se habían cogido de los hombros y se entregaban sobre el hielo a saltos y danzas como girls de music-hall, cantando el Lambeth Walk. ¡Pobres diablos! Aun no se habían recobrado del todo de esta horrible prueba.

Yo estaba a punto de ceder a un pánico indigno de un hombre, cuando Bing se levantó, se aproximó a mí y, mirándome con una insolencia perfectamente inconveniente, hizo el gesto de rascarse el interior de la palma con el índice de la otra mano. Actuaba con una odiosa lentitud y descomponiendo cuidadosamente sus movimientos, como si tuviera una significación esotérica.

Era horrible. Yo creí, durante un momento, que trataba de maleficiarme. No se sabe nunca lo que pasa por la cabeza de los primitivos. Después de todo, ¿no estábamos en el Oriente misterioso? Todo podía ocurrir.

Mis compañeros, que habían terminado de danzar, se aproximaron. Les consulté: ¿que debía hacer?

Fue Burley quien encontró la respuesta, aunque nunca he podido comprender como había podido acertar tan pronto.

—Hay que regarlo, mi viejo —dijo—; hay que regarlo. —Yo le miré extrañado. ¿Que debía yo regar y por qué en un clima parecido?

Afortunadamente, Burley tomó entonces la iniciativa de las operaciones. Ante mi estupefacción, saco de su bolsillo un bohee (30 céntimos y medio) y lo

ofreció a Bing. Este sacudió la cabeza y se rascó aún más fuerte la palma. Burley añadió un nuevo bohee, lo que tuvo el mismo resultado.

Tenía la impresión de que estaban concertando un precio. Constant me explicó después la cosa. Parece que el seis es una cifra sagrada para los yogistaneses. Cada vez que algo se repite, la sexta vez es tratada de forma especial. El sexto día es un día de descanso. El sexto hijo es destinado al sacerdocio. La sexta pipa de groka es fumada en honor del abuelo, y así todo. Se puede, sin embargo, hacer derogaciones a este rito, a condición, sin embargo, de hacer a los dioses una ofrenda conveniente. En el caso que nos ocupa, cinco vidas habían sido salvadas; los dioses habían sido privados de la presencia de cinco europeos. Privarlos de un sexto sería un espantoso sacrilegio, y solo una importante ofrenda en dinero podría arreglar la cuestión.

El regateo prosiguió durante algún tiempo. El bang era manifiestamente muy devoto, pues defendió resueltamente los intereses de sus dioses. Se detuvo, finalmente, la cifra en mil bohees (355 pesetas). Una vez efectuado el pago, el bang se aproximó a la grieta, seguido de Bung. Pero esto no pareció gustar a los portadores, que no habían cesado de gritar y de gesticular durante toda la discusión. Rodearon a Bing y a Bung, y todo el mundo se puso a gritar desaforadamente.

Esto duró algunos minutos. Los portadores se oponían, indudablemente, al salvamento; sus espíritus supersticiosos no estaban, sin duda, apaciguados, a pesar de la importancia de la ofrenda.

Al fin, ante nuestro vivo alivio, el bang pareció haberse hecho el dueño de la situación. Pronto al tumulto sucedieron simples clamores de descontento, y los dos salvadores se abrieron camino entre las apretadas filas de los yogistaneses. Constant nos fue devuelto nulamente impresionado por esta aventura, que no le había ocasionado mas que un ataque de hipo.

Me di cuenta entonces que era tiempo de hacer alto para la noche, y di orden de levantar el campamento. Estábamos de nuevo felizmente reunidos.

Me desperté, poco antes de la Llegaba del día, con la vaga sospecha de que algunos puntos de este episodio permanecían un poco oscuros. ¿Por qué, por ejemplo, esta dramática salvación no había tenido lugar más que cuando lo avanzado de la hora no permitía reemprender la marcha? Rechacé en seguida tan innobles pensamientos, y no los traigo aquí sino como la prueba del estado de desmoralización que puede reinar en las grandes alturas en razón de la rarificación de la atmósfera.

Al día siguiente, por la mañana, nadie estaba en estado de reemprender la marcha. Burley —y esto era una reacción bien normal después de sus valientes esfuerzos de la víspera— estaba de nuevo agotado por el mal de los glaciares; Prone sufría hormigueos. Los otros se quejaban de la depresión de los glaciares e insistían para que Prone les prescribiese champaña. Pero éste estaba, desgraciadamente, demasiado mal para poder ocuparse de ellos, y yo

no me atrevía, por mi propia iniciativa, a tomar la responsabilidad de administrar un remedio tan poderoso.

¿Es necesario decir, en efecto, que el champaña no figuraba en nuestro equipo mas que con fines exclusivamente medicinales?

Tenía prisa por llegar al campamento de base. Íbamos ya retrasados respecto a nuestro programa. Además, estábamos sobre un glaciar y de un momento a otro podía abrirse una grieta bajo nuestros pasos, precipitándonos en el abismo. Di, pues, la orden de levantar el campo.

Mis compañeros fueron izados sobre los hombros de los infatigables portadores, y yo, abrumado como estaba por las emociones de nuestras recientes aventuras, me dejé transportar por el mismo medio. Bing, el bang, que había dado pruebas de un tan bello espíritu de iniciativa cuando el incidente de la grieta, fue enviado delante para abrir camino. La jornada transcurrió sin incidentes. Me desperté a mediodía para ver la vasta muralla de la pared norte que se elevaba por encima de nosotros. Estábamos en el campamento de base.

Capítulo V EL CAMPAMENTO DE BASE

En el campamento de base comenzamos a prepararnos para la tarea que nos esperaba. Nuestro primer cuidado fue aclimatarnos. Obtener lo mejor de cada uno de los miembros que componen una expedición de este género es uno de los problemas más delicados que se plantean a un jefe digno de este nombre. Este problema, en efecto, es triple, y comprende tres puntos: fatiga, aclimatación y enfermedad. La cuestión de la fatiga tiene un doble aspecto: si un hombre trabaja demasiado, se agota; si no trabaja, se hace perezoso. En cuanto a la aclimatación, es igualmente un problema triple: primero, un hombre debe pasar algún tiempo en altura antes de poder trabajar efectivamente; segundo punto: si permanece demasiado tiempo a grandes alturas, su salud se resiente; tercer punto: sin duda, podrá recobrar fuerzas si desciende a alturas normales. El factor psicológico viene aun a complicar más las cosas, y en esto no tengo más que un principio, pero al cual me atengo siempre: un escalador satisfecho es un buen escalador.

Gracias a los notables esfuerzos de Prone, la expedición permaneció al abrigo de los ataques de la enfermedad. Todo el mundo estaba en excelente forma física, con excepción del pobre Burley, a quien el clima del campamento de base fatigaba considerablemente y que no se acostumbraba tan rápidamente como los otros, y de Prone, que sufría síntomas extraños y complicados: palidez, sudores abundantes, pulso rápido y débil, temperatura por bajo de lo normal, suspiros, nerviosidad, sed, enfriamiento de las extremidades, debilidad, vértigo y zumbidos en los oídos. El pobre estaba irritado de encontrarse en este estado y también de ser incapaz de formular un diagnóstico. El misterio terminó siendo aclarado gracias a Constant, que exhibió un manual de curas de socorro, haciendo observar que los síntomas que presentaba Prone eran exactamente los de la hemorragia, faltándole solamente los dos últimos:

insensibilidad y muerte. Añadió que quedaba alguna esperanza; Prone descubrió entonces que se había hecho un corte en la oreja al afeitarse y que perdía lentamente su sangre. Después de haberla detenido aplicándose sobre la oreja un pedazo de hielo y haberse cuidado para responder a los efectos de la operación y curar su oreja helada, cayó enfermo de sarampión.

Cada uno de nosotros pasó su periodo de aclimatación según sus disposiciones naturales y las exigencias de su misión. Burley vigiló, tan bien como se lo permitía su estado, el desembalaje y el empaquetado de las provisiones; en sus momentos de mayor actividad tenía que huir de Wish, que insistía en someterlo, a él que era el más corpulento de toda la expedición, a una agotadora prueba titulada test de fatiga.

Wish estaba entregado a toda suerte de investigaciones. Se podía verle a cualquier hora del día cortando bloques de hielo con la pala o el pico y calentándolos para medir el punto de ebullición del hielo. Ofreció una recompensa de un chelín por cada espécimen de fauna local que se le llevara, y de tres chelines por cada ejemplo de transversión de Wharton; pero, a pesar del tiempo que nos pasamos registrando grietas y levantando piedras, ninguno de nosotros consiguió mejorar sensiblemente sus ingresos. Wish llevó su elección sobre mí, el miembro más ligero de la expedición, para someterme al test de la fatiga. Deseoso como estaba de animar todas las actividades de mis compañeros, puse de mi parte todo lo posible para satisfacer sus exigencias; pero pronto me encontré tan agotado, que no me quedaba ninguna energía para consagrar a los demás, lo que no dejaba de ser bastante injusto; pero nadie se quejó, lo que probó, una vez más, la buena moral que animaba a la expedición.

Shute aprovechó este paréntesis para proceder a minuciosas comprobaciones y ensayos de su material. Me filmó notablemente varias veces subiendo o bajando, corriendo la pendiente seleccionada por Wish para practicar allí su test de fatiga. Yo esperaba que estas secuencias no tendrían en el film, una vez montado este, un lugar tan importante.

Jungle tenía por misión poner a punto el material de radiotelefonía e iniciarnos en el uso del walkie-talkie. Siempre he tenido horror a estos pequeños aparatos eléctricos, y me alivió comprobar que aquellos eran de funcionamiento bastante simple y que la corriente que utilizaban era demasiado débil para resultar peligrosos. Pero si los aparatos eran simples, los métodos de conversación no lo eran tanto. En mi ignorancia, yo me imaginaba que nos llamaríamos como se hace cuando se telefonea. Pero esto es infinitamente más complicado. Lo primero es que no se llama a nadie por su verdadero nombre. Se recurre a designaciones en código. Jungle nos dio nuestros nombres en código, que se repartieron así:

Burley: Peso Muerto.

Wish: Inventor.

Shute: Pajarito.

Constant: Excelencia.

Prone: Enfermizo.
Yo mismo: Lazo de Unión.

El nombre de código de Jungle dio lugar a discusiones. El había encontrado el de Explorador; pero este mote, no sé por que, no encontró la aprobación de los otros miembros de la expedición. Shute, con una falta de tacto flagrante, propuso el nombre de Pierde-Nortes como mucho más apropiado. Terminamos por ponemos de acuerdo en el de Vagabundo, pero Jungle pareció haber quedado vejado.

Tuvimos que iniciarnos en el lenguaje. No se debe jamás, bajo ningún pretexto, expresarse de forma normal. No se puede decir "Sí", "No" o "Muy bien". En lugar de esto, se deben emplear expresiones tales como "Correcto", "De acuerdo", etc. Las dos se dicen mil cuatrocientas horas, y en cuanto a la medianoche, por no se sabe que oscura razón matemática, no se habla de ella. Dirigirse hacia el Este es "poner la proa cero-nueve-cero", y veinte mil pies se convierten en "veinte ángeles".

Había también todo un rito a observar para las llamadas y las respuestas. Nos estaba prohibido, en fin, utilizar nuestras voces normales; debíamos expresarnos en una especie de melopea que haría difícil identificar la voz de cada uno.

Los más jóvenes de mis compañeros parecieron encontrar un inocente placer en este rito, pero yo debo convenir que lo encontré un poco desconcertante.

Los aparatos de radio eran pequeños, para economizar peso, y su alcance era limitado. A veces sería, quizá, necesario hacer reforzar los mensajes por uno o dos intermediarios. Como yo había hecho algunas experiencias de este género en mi infancia, juzgué útil el entrenarnos un poco. Pedí a mis compañeros que se desplegaran siguiendo un ancho círculo, de forma que el mensaje pudiera ser transmitido de aparato en aparato. Al principio me encontré incapaz en absoluto de pensar un mensaje. Se hubiera dicho que mi cerebro se había congelado, y permanecí algunos minutos sintiéndome completamente estúpido. Logré, finalmente, componer el primer mensaje: "¡Qué sereno está el Khili-Khili en la luz de la mañana!"

El mensaje que yo había lanzado, cuando llegó a mí, se había convertido en este otro: "Tranquilo y alegre, el canario canta en casa de la madre del marino."

Después de algunos instantes de reflexión, envié el mensaje siguiente: "Por favor, presten oído atento a este texto." Cuando me llegó, dio igualmente: "Tranquilo y alegre, el canario canta en casa de la madre del marino."

Esto era absurdo. A título de experiencia, lancé el mensaje siguiente: "Tranquilo y alegre, el canario canta en casa de la madre del marino." Lo que se convirtió a mi recepción en: "La voz del jefe es una dulce música para los oídos de sus compañeros."

Esto continuó así durante toda la mañana. Yo estaba determinado a no renunciar hasta que no hubiéramos dominado la técnica, y pronto, ante mi gran maravilla, los mensajes comenzaron a ser transmitidos perfectamente justamente cuando llegó la hora de comer.

Algunos de entre nosotros se inclinaban a mostrarse escépticos sobre el valor de la radio; pero no debíamos tardar en recibir una prueba estupenda de su utilidad. Me paseaba una mañana, a fin de meditar sobre las responsabilidades del mando, cuando mi walkie-talkie se puso a zumbear. Lleve el aparato a mi oído y oí una voz:

"Excelencia a Lazo de Unión. Excelencia a Lazo de Unión. ¿Me oye? Terminado."

"Lazo de Unión a Excelencia. Lazo de Unión a Excelencia. Le oigo muy bien. ¿Me oye? Terminado."

La respuesta me llegó en seguida:

"Excelencia a Lazo de Unión. Le recibo fuerza ocho. Aumente potencia dos crans. Terminado."

Aumente la potencia dos crans, y dije:

"Lazo de Unión a Excelencia. He aumentado potencia dos crans. ¿Me oye? Terminado."

"Excelencia a Lazo de Unión. Le oigo muy bien. Buenos días. ¿Sabe donde está el sacacorchos? Terminado."

"Lazo de Unión a Excelencia. ¿Quiere usted repetir? Terminado."

"Excelencia a Lazo de Unión. Repito: le oigo muy bien. Buenos días. ¿Sabe donde está el sacacorchos? Terminado."

"Lazo de Unión a Excelencia. Buenos días. El sacacorchos está en el bolsillo derecho de mi pantalón de recambio. Terminado."

"Excelencia a Lazo de Unión. Terminado. Corto."

Uno se pregunta cómo las expediciones precedentes han podido triunfar sin el concurso inapreciable de la radio.

A Constant le incumbía la misión de ajustar el salario de los portadores sobrantes y de dar a los que se quedaban todas las instrucciones sobre lo que se esperaba de ellos. Nos quedamos con ochenta y ocho portadores y once muchachos para el viaje de retorno y despedimos a los otros. De estos noventa y nueve, los que no debían participar en el asalto propiamente dicho deberían instalar el campamento de base en otro emplazamiento donde estaría al abrigo de las avalanchas. Constant estimó que podía dejarles encargarse a ellos

mismos de la operación, puesto que él se los había explicado todo muy claramente. Fue para mí un gran alivio, pues para el asalto tendríamos necesidad de todos los europeos de la expedición.

* * *

Me entregué a un profundo estudio de los efectos de la rarificación de la atmósfera sobre el comportamiento humano y solicité de mis compañeros me informaran de todo incidente insólito del que pudieran ser víctimas sobre la montaña. Incluso a una altura mediana como la del campamento de base los efectos eran ya perceptibles. En el curso de una partida de cricket improvisada, Burley injurió al árbitro —lo que no se hubiera jamás producido al nivel del mar—, mientras que Wish tenía una tendencia marcada a comerse más de su parte de mermelada de naranjas. Pero esto no eran más que perturbaciones momentáneas, que desaparecían con la aclimatación.

Era interesante notar también como la diversidad de temperamento de mis compañeros influía sobre la elección de sus lecturas. Burley pasaba sus horas de reposo leyendo Bulldog Drummond. Casi todas las tardes se podía encontrar a Wish instalado sobre un bloque de hielo en trance de fundición y ocupado en leer Marcianos y viajeros atómicos. Shute leía Asesinato en tres dimensiones. Jungle testimoniaba una naturaleza absolutamente novelesca leyendo El amor en el laberinto, mientras que no se veía nunca a Prone sin un ejemplar de su propio libro El secreto de una salud a prueba de bombas, salvo cuando lo había momentáneamente perdido.

Mis deberes no me permitían estas distracciones frívolas. Pero es interesante notar que Bing, el bang, pasaba su tiempo libre leyendo una traducción yogistanesa de Tres hombres en un barco .

Todas las tardes teníamos una reunión amistosa, y muchas discusiones muy animadas tenían lugar en el curso de estas asambleas. Una tarde, en el curso de una de estas reuniones, discutimos el viejo problema: ¿deben utilizarse en la montaña los inhaladores de oxígeno y otros medios artificiales? Burley declaró netamente que eran unos trastos inútiles, que estorbaban más que otra cosa. Nos contó la desgraciada aventura de su amigo Baffles, que llevo un aparato de oxígeno que pesaba cerca de veinte kilos hasta la cima del Mi Toneh para darse cuenta allá arriba que el aparato no había funcionado ni un instante. Wish replicó que esta observación era característica de la ignorancia de un profano. Teníamos una ocasión inesperada de ensayar nuestro material en condiciones rigurosas, y era nuestro deber hacerlo. Wish preguntó a Burley por qué, si condenaba estos materiales, los utilizaba. Burley preguntó a Wish si este aparato esperaba verlo escalar desnudo como un gusano. Esto era —replicó— un argumento absolutamente anticientífico. Él había creído comprender, desde hacia largo tiempo, que, para algunos, la ascensión de una montaña tenía el carácter frívolo de una hazaña deportiva. A sus ojos, la culminación de nuestros esfuerzos consistiría en cumplir la tarea que él mismo se había fijado: medir la temperatura de la fusión del hielo en la cumbre. Recordó a Burley que, sin oxígeno, los agotadores esfuerzos intelectuales que

necesitaba esta delicada experiencia constituirían una tarea sobrehumana. Burley, con bastante poco tacto, me pareció, aseguró que en su vasta experiencia no encontraba el recuerdo de nada que fuese tan fútil. Declaró que nadie que no fuera un sabio atacado de demencia precoz trataría de hacer fundir el hielo en la cumbre de una montaña; y aún cuando le viniera la idea, ¿a quien diablos le importaba eso de la temperatura de fusión? Nos habló de su amigo Strokes, bajo los pies del cual un sabio había hecho fundir el hielo en la cima del Schmutzigstein, lo que le había valido perder tres dedos del pie. "En la montaña —concluyó—, un sabio constituye una verdadera amenaza."

Mientras que proseguían esta discusión con su habitual y loable franqueza, Shute declaró que, sin aparatos, sería imposible rodar un film en tres dimensiones, lo que llevó a Jungle a decir que aquella era una excelente ocasión para no rodarlo. Si él participaba en la ascensión era para huir de la civilización mecanizada y todo lo que ésta había aportado, especialmente las películas. Constant dijo que deploraba la estrechez de los puntos de vista de sus compañeros. Él mismo no escalaba más que para demostrar el triunfo del espíritu sobre los obstáculos. Los medios artificiales —afirmó— eran contrarios al espíritu deportivo; si no se era capaz de escalar montañas sin recurrir a medios artificiales, más valía renunciar. Prone pretendió que esto eran palabras; si se quería abstenerse de todo medio artificial, habría que abandonar también las tiendas y los vestidos. Pregunto a Constant si este se sentía capaz de intentar la ascensión del Khili-Khili con un paño, o aun menos que esto, por todo vestido. Aunque yo mantengo la opinión de que entre amigos hay que hablar claro, estimé que en aquellos momentos se estaba pasando de la medida. Les recordé, pues, las palabras de Totter: "Ningún montañero experimentado rechazaría el socorro de la ciencia; pero hay límites." Pensaba que esta intervención pondría término a la discusión. ¿Qué añadir, en efecto, a esto? Pero nadie pareció hacerle el menor caso. Era evidente que sufríamos aun los efectos de la rarificación de la atmósfera.

Capítulo VI

LA CARA NORTE, PRIMER ASALTO

Terminamos por considerarnos todos como adaptados al clima, a excepción de Prone, que padecía hipertensión, y nos lanzamos al asalto de la cara Norte. Envié por un yogistanés el mensaje siguiente: "Vamos a intentar el asalto a la cara Norte, la temible muralla que se yergue a más de dos mil metros por encima de nuestras cabezas. La cuestión que se plantea todo el mundo es: ¿cederá?, y cada uno murmura con confianza: "Sí, seguramente." La moral del equipo es muy elevada, y los portadores están por encima de todo elogio. Todos bien."

La cara Norte es una pared de hielo lisa como el cristal y cuya superficie no esta rota más que por afloramientos de rocas, agujas de hielo, gargantas, bergschrunds, fisuras, etcétera. En fin, un temible obstáculo, lo suficientemente temible como para desanimar a un equipo desunido, asistido de mediocres portadores. Nuestro proyecto era establecer el campamento de base avanzado sobre el col Sur, que está justamente encima de la cara Norte; pero, sin duda, nos sería preciso un campamento intermedio.

Habíamos hecho ya algunos reconocimientos hasta los primeros contrafuertes de la pared, y dos escuelas se afrontaban en cuanto a la mejor forma de llevar el asalto. Wish era partidario de atacar directamente una cara rocosa abrupta, seguida de una pared que parecía más fácil de escalar. Shute, el especialista del hielo, prefería una pendiente helada muy inclinada, pero que parecía igualmente suavizarse arriba. Como era imposible tomar una decisión definitiva, se había decidido ensayar simultáneamente las dos vías. Shute y Jungle atacarían al hielo. Wish y Burley atacarían la pared rocosa. Constant y yo, después de haber puesto un poco de orden en el campamento de base, iríamos a sostener a uno u otro equipo.

Constant y yo nos pusimos en ruta poco después de mediodía, y no habíamos dejado aún el glaciar, cuando mi receptor de radio se puso a zumbar. Era Jungle en el colmo de la excitación. Shute estaba bloqueado en medio de su campo de hielo, había perdido su bastón de hielo y no se atrevía a bajar. El bastón de Jungle estaba hundido en el hielo, y la cuerda estaba amarrada a él. No se atrevía a liberarla, temiendo hacer caer a Shute.

Nos suplicaba fuéramos en su socorro.

Era una noticia alarmante. Aseguré en seguida a Jungle que íbamos a reunirnos con ellos, tan pronto como nos fuera posible, y partimos a toda prisa. Pero apenas habíamos dado unos pasos, cuando Constant desapareció por una grieta. La cuerda que nos ligaba se puso tensa y yo caí sobre el suelo. Sorprendido, solté el bastón y me encontré arrastrado hacia el borde de la grieta, sin ningún medio de detener mi deslizamiento. Estaba a dos metros del borde, cuando me inmovilicé. La cuerda se había metido en el hielo y la fricción, cada vez más fuerte, me había salvado la vida.

La situación era enormemente crítica. Cuando quise levantarme, la cuerda me arrastró hacia adelante, mientras que Constant caía aun más abajo. Tenía que quedarme tumbado sobre el suelo para detener su caída. No podía hacer nada por salvar a Constant; si no venían en nuestro socorro, estábamos perdidos los dos.

Nuestra única posibilidad de salvación era la radio. La garganta apretada por la angustia, hice deslizar prudentemente mi mano derecha y logré, al fin, colocar el aparato cerca de mi rostro. Llamé a Burley y a Wish. Fue Burley quien me respondió, y le pedí que viniera rápidamente a socorrernos.

Ante mi consternación, me anunció que ellos también se encontraban en dificultades. Wish estaba arrinconado a la mitad de su pared rocosa, y era tan incapaz de ascender como de descender. Burley estaba completamente agotado; evidentemente, no estaba del todo aclimatado. En aquel momento iba a llamarnos en su ayuda.

No había más que una solución. Jungle no tenía más que abandonar a Shute, quien, de todas formas, estaba retenido por el bastón de Jungle, para venir a socorrernos. Los tres iríamos luego a sacar a los otros de su penosa situación. Jungle tomó nota de estas consignas y nos dijo que llegaría.

Espero no tener jamás que pasar por parecida prueba. Cada minuto me parecía una hora; cada hora, una eternidad. Bastaría un movimiento inconsiderado por mi parte para precipitarnos a los dos, a Constant y a mí, al fondo del abismo. Mi nariz me picaba, pero no me atrevía a rascarme; pronto se me heló, pero no me atreví a frotarla. Tenía cada vez más frío. Constant, con quien podía conversar gritando, estaba en una situación no menos penosa. No estaba herido, pero tenía también frío y estaba tan inconfortablemente instalado como yo, si no más.

Al cabo de algunos minutos, mi walkie-talkie se puso a zumbir. Era Jungle. Se había extraviado.

Mi corazón se apretó, y Burley, que escuchaba nuestra conversación, lanzó un gruñido. Estábamos perdidos todos ahora, no había duda. Nosotros, que habíamos partido con una tal confianza, que habíamos trabajado tan duramente para llegar cerca del fin; nosotros, que éramos la esperanza de nuestra patria y los héroes del mundo entero, estábamos destinados a perecer miserablemente en este país poco acogedor, lejos de nuestras casas, lejos de los que nos eran queridos.

Esto era tan triste, que no pude retener las lágrimas. Éstas se helaron inmediatamente, y me encontré soldado al glaciador por dos pequeñas estalactitas, en una situación más penosa aun.

Anuncié la noticia a Constant, esforzándome en reconfortarle. El pobre tomó magníficamente la cosa, igual que Burley cuando me dirigí a él. Si debíamos morir, al menos lo haríamos en gentleman.

Quedaba aun la esperanza de que Jungle nos encontrara; pero esta esperanza era tan débil, que no me atreví a mantenerla.

Pasaron las horas.

Yo creo que había perdido a medias el conocimiento, cuando me vino súbitamente una idea. ¡Los portadores! Nos habían salvado ya una vez. ¿No podrían salvarnos ahora?

No podía comunicar con ellos más que por medio de Prone. Ninguno de nuestros portadores quería tocar un aparato de radio; se imaginaban que era cosa de brujería. Todo estaba en saber si Prone estaría al alcance de un aparato para que nos pudiera oír, si el receptor estaba funcionando y si Prone estaba en estado de responder.

Llamé y esperé; llamé otra vez y seguí esperando; continué llamando.

Gemía de angustia.

Me di cuenta de que lo estaba haciendo mal. Interrumpí el zumbido y dije en el micrófono:

"Lazo de Unión a Enfermizo. Lazo de Unión a Enfermizo. ¿Me oye? Terminado."

Fue entonces cuando me llegaron las palabras que resonaran en mis oídos hasta mi último día:

"Enfermizo a Lazo de Unión. Enfermizo a Lazo de Unión. Le oigo muy bien. ¿Me oye? Terminado."

Hubiera llorado... si la presencia de las estalactitas no me hubiera recordado que habría sido una locura. Expuse la situación a Prone y le dije que llamara al bang. Lo hizo, y yo entonces emprendí la tarea difícil de darle instrucciones. Constant traducía mis mensajes en yogistanés y yo los transmitía tan fielmente como podía a Prone, que se los traspasaba a su vez a Bing.

La situación era desesperada. Mi estómago y el de Prone no estaban hechos para la pronunciación yogistanesa. Los sonidos que emitíamos hubieran escandalizado a cualquiera, pero como medios de expresión eran notoriamente insuficientes. Constant declaró que las respuestas que yo le transmitía no tenían la menor relación con el problema que nos ocupaba. En las calles de Chaikhosi, tal corrupción del yogistanés traería para quien los pronunciara prisión perpetua, si no algo peor.

No les veía —aseguró— ningún precedente ni paralelo en toda la historia del lenguaje hablado. Por otra parte, no hubiera creído jamás que fuese posible expresarse así; si salía vivo de su abismo, tendría que reconsiderar toda su filosofía a la luz de lo que me había oído. Me suplicó contuviera mi estómago y que dijera a Prone que hiciera otro tanto. Si el eco de lo que el había oído había llegado igualmente a Bing, la cosa podía degenerar en masacre, o, al menos, los portadores nos abandonarían o quedarían incapacitados para trabajar.

He aquí hasta donde llegaba la gravedad de la situación. No nos quedaba más que una esperanza: Prone ¿estaba en estado de desplazarse? "No", dijo; esto estaba fuera de cuestión. No podía sostenerse sobre sus piernas.

Pero ¿podía hacerse llevar? Sí, desde luego.

Esperamos, pues; pero esta vez la esperanza iluminaba nuestros corazones.

Prone, llevado por el bang, nos tuvo al corriente de su acercamiento.

No tardaron en unírseles. Bing, pequeño pero inmensamente potente, llevando a Prone sobre sus hombros; Bung, más bajo aún, pero no menos robusto, y un tercer portador, llamado Bo, que era aun más pequeño y más vigoroso.

En un instante vi rotas las estalactitas que me soldaban al suelo y Constant devuelto a la superficie, transido, pero indemne. Bing y Bung corrieron en socorro de los demás, mientras que Constant y yo volvíamos con paso

vacilante al campamento, escoltados por Bo, que llevaba a Prone sobre sus hombros.

Menos de una hora más tarde, se nos reunieron todos. Bing había escalado hasta el sitio en que se encontraba Shute y lo había bajado a cuestras; después había hecho lo mismo con Wish. Uno y otro estaban muy afectados por la prueba que acababan de sufrir, y hubo que administrarles champaña. Burley, que había vuelto de la misma manera, fue a acostarse con una botella.

La cuestión que se planteaba ahora era esta: ¿ donde estaba Jungle?

Lo llamamos por radio, pero no conseguimos ponernos en contacto con él. Shute dijo que no le veríamos nunca más; que reaparecería, probablemente, de aquí a un año en Vladivostock, o de aquí a dos años en Valparaíso, y escribiría un libro titulado Manual práctico del guía en Asia y en América. Puesto que Jungle se dirigía hacia el campamento de base —aseguró Shute—, era de una certitud matemática que no llegaría a él jamás; más valía no preocuparse de él.

Me fue forzoso concluir que Shute no se había recobrado de su conmoción.

Enviar una patrulla de socorro era manifiestamente lo único a hacer. Pero ninguno de nosotros estaba en estado de volver. Los portadores ¿podrían ayudarnos? Constant planteó la cuestión al bang. Este reunió en seguida a los portadores y los desplegó en una línea recta que se extendía desde el campamento a la otra extremidad del glaciar. Tomando el campamento por centro, describieron un círculo, y no les hizo falta mucho tiempo para encontrar a Jungle, agotado, pero sano y salvo.

Se mostró muy sorprendido al enterarse de que nos habíamos inquietado por su suerte y se puso suspicaz respecto a que la expresión de nuestras dudas concernieran a su competencia de guía de la expedición.

Era —le dije— culpa de nuestro carácter, naturalmente ansioso, el que la idea de que hubiera podido perderse nos hubiera atravesado por un instante la imaginación. Comprendió el punto de vista y pareció satisfecho de esta explicación.

* * *

Al día siguiente tuvimos un consejo de guerra. La cara Norte se revelaba más difícilmente accesible de lo que habíamos previsto en un principio. Era, pues, preciso modificar radicalmente nuestros planes. Burley, además, dijo que en ningún caso aceptaría compartir una cuerda con Wish. El había —nos dijo— prometido a su novia no correr riesgos inútiles, y los sabios que se dejaban arrinconar en medio de una pared entraban con toda evidencia en la categoría de riesgos inútiles. Afirmó que la opinión que había emitido varias veces, a saber: que los sabios en la montaña eran más estorbo que otra cosa, había sido evidentemente confirmada. Un sabio que practique el himalayismo era, en

su opinión, uno de los tipos más acentuados y más peligrosos de esquizofrenia, y que siempre se podía contar con ellos para hacer lo que no hiciera falta.

Wish replicó que el primero de la cuerda estaba en su derecho de esperar la ayuda del segundo. Si Burley no hubiera sido más que la mitad de un montañero y no un fardo a arrastrar, el penoso incidente de la víspera no se hubiera jamás producido. Dijo que, por su parte, no deseaba otra cosa mejor que ver a Burley quedarse al pie de la montaña. Esto sería lo único que podría evitar los males futuros. Los de entre nosotros que tuvieran novia —añadió— debían, por ésta, evitar tanto como fuera posible toda relación con Burley.

Jungle intervino entonces, diciendo que él mismo no tenía novia, pero que si la tuviera, consideraría como un deber evitar la compañía de Shute, de quien —afirmó— se podía uno fiar tanto como de un piel roja en pie de guerra. Shute, que me pareció en un estado vivo de sobreexcitación, respondió que su novia le había puesto expresamente en guardia contra la gente que deja a los demás hacer todo el trabajo y que se pierden cuando se les pide hacer un servicio. Aseguró que la sola vista de Jungle al otro extremo de la cuerda bastaba para hacer soltar el bastón al escalador más hecho a la ascensión de los glaciares. Concluyó que nada podría llevarle a aventurarse de nuevo solo con Jungle.

Todo esto era bastante desconcertante. Era bien evidente que mis compañeros no se habían repuesto aun de sus recientes pruebas. Aquellas de sus observaciones que no eran debidas a su franqueza habitual eran debidas, sin ninguna duda, a la reacción nerviosa consecuente a sus desgracias. De aquí a un día o dos habrían recobrado plenamente su equilibrio. En espera de esto, era a mí a quien incumbía la responsabilidad de evitar la ruptura de estas dos amistades, y la tarea prometía no ser fácil.

Todo lo que encontré para decir en conclusión fue recordarles una vez más que el Khili-Khili no era el Mont Blanc. Shute declaró estar encantado de que le hubiese recordado este detalle, que había totalmente olvidado. Me preguntó si recordaba alguna observación de Totter a este respecto que fuese susceptible de ayudarlo en el porvenir. Le cité la frase famosa de Totter: "Una cosa es escalar el Mont Blanc y otra el Khili-Khili." Shute me dio las gracias, diciendo que estas eran las palabras más sensatas que había oído jamás; ellas le inspirarían en lo sucesivo. Gracias a ellas sabría, de ahí en adelante, que no estaba sobre el Mont Blanc, y, en consecuencia, modificaría su comportamiento. Si se hubiese encontrado sobre el Mont Blanc —continuó—, hubiera estado encantado de tener a Jungle por pareja; pero puesto que no estaba en el Mont Blanc, sino sobre el Khili-Khili, insistía en llevar una tercera persona en la cuerda, preferentemente un portador.

Esto me pareció bastante razonable. La experiencia de la víspera nos había demostrado que dos hombres ligados a la misma cuerda no estaban en condiciones de hacer frente a una situación difícil. Un portador adjunto a cada grupo de dos aumentaría considerablemente nuestro factor de seguridad. Pero como las tiendas de vivac estaban previstas para acoger a sólo dos personas, nos sería preciso ser cuatro por cada cuerda: dos europeos y dos portadores. Esto tendría, además, la ventaja de que los portadores podrían cargar el

equipaje completo de los cuatro hombres, si bien cada cuerda sería una unidad autónoma, capaz de subvenir a sus propias necesidades durante varios días, si fuera necesario.

Burley observó que esta medida cambiaba todos nuestros planes; pero como eso significaba que en adelante no estaría más solo con Wish, aprobaba plenamente este nuevo método. Los demás se mostraron también entusiasmados y decididos, pues, a adoptar este proyecto. Me alegró mucho esta unanimidad, que pareció reflejar muy exactamente el espíritu mismo de la expedición.

Capítulo VII CONQUISTA DE LA CARA NORTE

Al día siguiente volvimos a partir al asalto de la pared. Burley estaba demasiado débil para salir de su saco de dormir. Envié, pues, a Shute y a Constant con sus dos portadores, seguidos de Wish y de Jungle, con sus propios portadores. Antes de ponerme yo mismo en camino, despaché a un mensajero con el siguiente mensaje: "Nos reagrupamos para el segundo asalto de la cara Norte. Todos en excelente forma. Espíritu de equipo por encima de todo elogio. Portadores de una admirable abnegación."

Lo que realizamos aquel día fue verdaderamente fenomenal. Al llegar al pie de la pendiente helada, Shute decidió, muy sabiamente, dar a sus portadores una lección sobre la escalada en terreno helado. Les enseñó primero como se tallan escalones y luego los dejó probar a ellos mismos. Lo asimilaban tan rápidamente, que a Shute y a Constant les costaba trabajo seguirlos. Escalaron esta pendiente abrupta tan rápidamente como eran capaces dentro de una atmósfera rarificada. Shute y Constant declararon que no habían visto jamás nada parecido. Los portadores no manifestaban ningún signo de fatiga; continuaban incansablemente, a pesar de su carga y del rudo trabajo que era tallar el hielo.

Cuando Wish y Jungle llegaron al muro de hielo, el primer equipo se había perdido ya de vista. Hubiera sido estúpido, evidentemente, no utilizar una escalera tan cómoda; renunciaron, pues, a su proyecto de atacar nuevamente una pared rocosa.

Yo llegué algunas horas más tarde. Los dos equipos ya se habían perdido de vista. Llame a Wish por radio. Me contó lo que había pasado. Todos los europeos —me dijo— estaban al borde del agotamiento: tan rápido había sido el tren que habían impuesto los portadores. Alcanzarían seguramente el col Sur en el mismo día. Me aconsejó me reintegrara al campamento de base y seguir al día siguiente con todo aquello de que tuviéramos necesidad en el campamento de base avanzada. Me recomendó, sobre todo, no olvidar el material médico, que sería, sin duda, más indispensable aún que en el campamento inferior.

Regresé, pues, al campamento de base; me agradó tener así la ocasión de descansar y pasar algunas horas tranquilas con Burley. Mi afecto por este buen

gigante no había hecho más que crecer desde nuestro primer encuentro. Un jefe, claro es, no debería tener favoritos; pero yo debo confesar que, de todos mis compañeros, sería a Burley a quien hubiera escogido para compartir mi tienda.

Le encontré en su saco de dormir y le anuncié mi intención de pasar la noche con él. Me dijo que era muy amable, pero que, en su opinión. Prone tenía aún más necesidad de mi presencia. Prone —explicó— iba a estar muy solo en el campamento, y su larga vigilia le parecería menos penosa si le quedaba el recuerdo de una noche de cálida camaradería. Admiré el altruismo de Burley, y, a pesar de mi decepción, convine, en efecto, que mi deber me llamaba cerca del enfermo.

Encontré a Prone en su saco de dormir. El también se mostró reconocido a mi gesto, pero su altruismo no le cedía en nada al de Burley, y me dijo que no quería, a ningún precio, privar a éste último de mi compañía. Yo le respondí que no le quería oír hablar de un tal sacrificio, y me quedé con él.

El pobre Prone parecía muy abatido, y, a fin de animarlo, le hice hablar un poco de su vida. ¿Tenía novia?, le pregunté. Me dijo que no, que su mujer no era del género comprensivo y que sus hijos estimaban que una sola madre bastaba.

Me excusé de mi yerro, pero añadí que me había sorprendido saber que estaba casado. Sir Hugelley me había afirmado que era soltero. Prone me dijo que Sir Hugelley tenía derecho a tener su opinión sobre este punto, como sobre cualquier otra cuestión; pero que esta era una opinión que el no compartía. Sin duda —continué yo—, encontraría la vida de familia agradable. Él me aseguró que al contrario, que la encontraba insoportable.

Le rogué me dijera algo más, afirmándole que una preocupación compartida pesaba menos sobre el corazón. El pobre me manifestó estar de acuerdo en esto con alguna reticencia. Pero terminé por vencer al tímido y me contó su triste historia. Era de una familia pobre. Su padre era un descubridor de yacimientos de petróleo en paro, uno de esos artesanos de antiguamente, orgulloso de su estado y al que horrorizaba pedir limosna. Para enviar a su hijo a la Facultad debió meterse el orgullo en el bolsillo y tragarse muchas afrentas. Prone me dijo que la vista de su padre tragando afrentas todos los días era el recuerdo más vivo de su adolescencia. Percibía socorros de seis obras de caridad bajo ocho identidades diferentes; escribía cartas solicitando limosnas, cartas llenas de amenazas y cartas anónimas; robaba, atacaba a los repartidores de los giros, se apoderaba de los bolsos de las señoras, birlaba los caramelos a los niños y escribía artículos de arrepentimiento en los periódicos salvacionistas. Sacrificios tan obstinados habían decidido al joven Prone a consagrarse enteramente al cumplimiento de los deseos de su padre. Resolvió que ningún obstáculo le impediría alcanzar este lejano ideal: llegar a ser médico de barrio.

Su primer cliente fue una viuda a quien la lectura de los periódicos de su hijo había completamente pervertido. Desde su primera visita odió al joven médico y concibió el horrible proyecto de casarlo con ella. Ella le dijo que si no la

tomaba por esposa, le acusaría públicamente de haber extraviado su tarjeta de seguridad social. Antes que arriesgarse al deshonor y ver rotos los sueños de su padre. Prone consintió. Se casaron en Gravesend la víspera del día de Todos los Santos.

Su vida conyugal había sido un largo martirio. Su mujer era un monstruo de aspecto humano. Encantadora con los extraños, era demoníaca en la intimidad. Lo que ella le hacía sufrir era demasiado horrible para que se pudiese contar. Sus hijos —tenían ocho, y esperaban un noveno— eran dignos herederos de tal monstruo, y cada uno de ellos era más antipático que su precedente inmediato; tanto, que por un proceso bien comprensible de extrapolación, el que no había nacido aún le parecía a Prone una criatura salida de un film de horror. Nadie —me sonrió Prone— podía tener la menor idea de lo que él había sufrido. Sus sábados por la tarde eran verdaderas pesadillas.

Su patético relato me conmovió. Aseguré a Prone que gozaba de toda mi simpatía, y le propuse ayudarle en la medida de mis fuerzas. Me dijo que esto era muy amable por mi parte y que había algo que podría hacer por él: deseaba experimentar un suero contra la peste. ¿Vería yo algún inconveniente en que lo ensayase sobre mí?

No hay que decir que me mostré encantado de hacerle este pequeño servicio. Cogió su jeringa hipodérmica y me administró una generosa inyección.

Me confió después que le había encantado el resultado. El pinchazo debía tener por efecto hundirme rápidamente en un profundo sueño, y así terminó la única conversación a corazón abierto que he tenido con Prone.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, me desperté tarde; me sentía mal, no sé por qué. En la ausencia de Constant, debía, sin comprender una sola palabra de su lenguaje, dar instrucciones a los portadores. Afortunadamente, toda la impedimenta estaba ya preparada; no tuve más que ir a buscar a los portadores, uno tras otro, y conducirlos hasta su cargamento respectivo. No obstante, pareció que tenían sus ideas sobre la repartición de los fardos, lo que provocó una cierta confusión. Estábamos ya dispuestos cuando llegó la hora del almuerzo, y se fueron todos a restaurarse. Hubo que recomenzar después de la comida, y el día estaba ya muy avanzado cuando estuvimos, al fin, dispuestos a levantar el campamento.

Tuve alguna dificultad en persuadir a Prone de que nos confiara el material médico, pero terminó por ceder, no sin haberse antes quedado con todo lo que a él le pudiera hacer falta. Tuvimos una larga discusión sobre la cuestión de saber si el champaña —que formaba parte, claro, del material de enfermería— debería ser transportado hasta el col Sur. Terminamos por adoptar un compromiso: yo le dejaría una caja. El tenía particularmente necesidad de champaña —afirmó—, pues estaba seguro de caer en una anemia.

Burley fue incapaz de ayudarme, pues estaba aún encerrado en su saco de dormir. Vino a desearme buen viaje. ¡Un bravo compañero este Burley! Pareció muy inquieto al ver que partía con el material médico; no sabía que me llevaba todo al col Sur.

Después de afectuosos adioses a Prone, nos pusimos en ruta, y no habíamos apenas avanzado, cuando Burley se nos reunió. No le gustaba verme partir solo —declaró—, y como se había sentido súbitamente mucho mejor, había decidido acompañarme. Se aclimataría, sin duda, más rápidamente —aseguró— en el col Sur.

Me conmovieron a la vez su coraje y su atención. Quizá fuese por aquella prueba de amistad por lo que decidí contar algunas intimidades a Burley. Le hablé de mi familia y de mis amigos, y cuando hicimos alto, le enseñé algunas fotografías. Burley se mostró extremadamente brusco; casi se podría decir que desagradable. Él también, con toda evidencia, se sentía lejos de los suyos y le costaba disimular sus sentimientos. Le puse sobre el hombro una mano amistosa y él soltó un pequeño bufido. Este bufido me dijo más que un largo discurso. Dudé que su brusca decisión de seguirme hubiera sido motivada por su deseo de aprovechar mi compañía, y estaba seguro de que quería decirme algo, pero que le faltaban las palabras. Le dije, pues, con un tono afectuoso: "¿Hay algo que quiera usted decirme, amigo mío?" A lo cual me respondió: "¡No sea idiota!", lo que me parece reflejaba bastante el estado de espíritu en que se encontraba el pobre.

El resto de la jornada lo pasamos escalando penosamente los escalones tallados en el hielo. Habíamos tendido cuerdas en los pasajes más difíciles, y no teníamos más que subir regularmente, manteniendo el ritmo tan necesario en alta montaña. A pesar del peso de su carga, los portadores no manifestaban ninguna tendencia a caerse hacia atrás; se comportaban magníficamente.

Al fin de la tarde franqueamos la última pendiente dulce que conducía al campamento de base avanzada. No distinguimos al principio ningún signo de vida; pero al aproximarnos más, el eco de sonoros ronquidos proviniendo de las cuatro tiendas nos reveló que nuestros compañeros y sus portadores recobraban fuerzas después de sus terribles esfuerzos de la víspera.

Empezamos a levantar nuestras tiendas y Pong no tardó en afanarse sobre sus hornillos de gasolina. Yo no podía comprender como se encontraba en el campamento avanzado; Dios sabe que no estaba en mis intenciones llevarlo conmigo. Por un momento tuve una sospecha, de la que luego me avergoncé. ¿No lo habría mandado Prone a la cola de nuestro pequeño cortejo? Esto hubiera sido muy poco británico por su parte; pero ¡que tentación!, y se le podía perdonar a un hombre como él, en el estado en que se encontraba, el haber cedido a ella. Debo precisar, en descargo de Prone, que el negó toda intervención en este asunto. Más bien habría que creer en que Pong vino por propia iniciativa, furioso ante la idea de dejar escapar tantas víctimas.

Fuera por quien fuese, cuando los otros emergieron de sus tiendas se pusieron furiosos al reconocer al verdugo familiar, y forzoso me es decir que en esta

ocasión fueron pronunciadas algunas palabras desagradables. A pesar de mis protestas de inocencia, fue tachado de incompetencia, y la cena, que era, como siempre, la más terrible prueba del día, se desarrolló en un ambiente de ásperas recriminaciones.

Veía bien que aún no nos habíamos aclimatado, y mis compañeros me confirmaron en esta opinión. El tren endiablado al que los portadores habían tallado los escalones les había agotado a todos —me confiaron—. Aconsejaban unánimemente mostrarse prudentes hasta el extremo en el empleo de los portadores para esta tarea; no sería preciso, en lo sucesivo, considerar su fuerza brutal y su resistencia como uno de los peligros inherentes a las ascensiones en el Yogistán.

Este era un serio problema. Está fuera de duda que el yogistanés es un montañero nato. Para Llegar a la cima del Khili-Khili hacía falta el concurso del músculo y del cerebro; el músculo era indispensable, pero debía ser subordinado al cerebro. Convinimos que en lo sucesivo habría que cuidar de que los portadores no pusieran en peligro la salud y la seguridad misma de la expedición.

Antes de acostarme aquella noche, fui hasta un pequeño promontorio que dominaba el campamento para examinar el panorama. Era de una grandeza que cortaba el aliento. A la izquierda, el Guili-Guili erguía por encima del campamento su masa temible e inhospitalaria. A la derecha, el gran Khili-Khili se elevaba, sombrío y terrible, en la luz de la tarde. Abajo, sobre el glaciar, el campamento de base no era más que un grupo de pequeños puntos minúsculos. El glaciar se perdía a los lejos, en medio de un caos de picos encrestados de nieve y de agujas. Al Este se extendía un paisaje desolado de cimas sucediéndose una tras otra tan lejos, que se extendía más allá de la mirada. Yo estaba sin aliento. Las agujas y los picos se elevaban hacia el cielo, haciéndole a uno perder el aliento.

Llegué jadeante a mi tienda, para encontrar a Burley ya instalado en su saco de dormir y ocupando las tres cuartas partes de la alfombra sobre el suelo. Me instalé en la cuarta parte que quedaba lo mejor que pude, agradeciendo al Cielo no haberme hecho más grande de lo que soy. Burley y yo estábamos, al fin, reunidos; yo esperaba que íbamos a proseguir nuestras confianzas de la tarde.

Reposamos algunos instantes en silencio; después dije a Burley que quizá quería hablar de su novia. Me respondió: "¿Por qué no?", y creí discernir en su tono una cierta reticencia. Declaré que nada ligaba más a los hombres que hablar entre sí de sus familias, de sus amigos. Me dijo que si lo tomaba así, no veía ningún inconveniente en relatarme sus aventuras; pero —añadió— esto era un tema delicado de abordar, y yo comprendería, sin duda, que él no tenía la costumbre de abrirse al primer curioso llegado.

Yo respondí que comprendía muy bien y que apreciaría tanto más la confianza con que se me honraba. Me contó que había encontrado a su novia, un sábado por la tarde, detrás del aparador del comedor de M. Burley, padre. Era pequeña

y menuda, coja y con unos labios de liebre que le hacían sufrir de un ligero acento de pronunciación. Era miope y no se desplazaba nunca sin una corneta acústica, pues era demasiado nerviosa para utilizar un aparato eléctrico que remediara su sordera. Era daltoniana, no tenía la memoria de los nombres y confundía los colores. No era muy bonita, pero, como decía Burley, no se puede tener todo. Estaba, cuando la vio, estudiando la estructura del aparador para la sociedad local de arte antiguo; pero, desgraciadamente, se había quedado encajada entre el mueble y el muro, y llevaba así quince días cuando Burley la había descubierto. Sin duda, era demasiado tímida para pedir ayuda, o bien demasiado débil para hacerse oír. Burley había logrado sacarla de este mal paso, y eso había dado un giro a su vida. Había, al fin, realizado un sueño de su infancia: salvar a una joven en peligro. Había sido tentado por la idea de enamorarse de ella. Es lo que hizo. Ella tenía —me dijo— un gran número de cualidades admirables, que no eran menos admirables porque se escaparan a una mirada distraída. Él mismo no sabía exactamente cuales eran, pero ya el hecho de procurarle el sentimiento de vivir una misteriosa aventura era una prueba de su delicadeza. Las más bellas cualidades —concluyó— no son jamás las que saltan a los ojos.

Yo le dije que estaba de acuerdo con él. Le aseguré también que estaba conmovido por su relato, que revelaba un refinamiento que un observador superficial no hubiera creído encontrar en un mozo de su temple. En mi emoción, Llegué a confesarle el afecto que me inspiraba y a expresarle la esperanza de que su novia y él no dejaran de visitarme cuando estuviéramos de regreso.

Respondió con un ronquido sonoro. El pobre debía de estar agotado. Me instalé tan confortablemente como pude en el poco espacio de que disponía y pasé una noche de insomnio meditando sobre muchos temas y tratando de descubrir algo que nos librara al día siguiente de Pong. A pesar de las incómodas condiciones, fue una de las noches más agradables que he pasado jamás. La expedición progresaba de manera satisfactoria; formábamos un grupo unido y alegre; los portadores se comportaban magníficamente; estaba en compañía de mi amigo. ¿Que más podía pedir?

Capítulo VIII

DE LA BASE AVANZADA AL CAMPAMENTO 2

Al día siguiente nos reagrupamos. Wish había descubierto interesantes especímenes de hielo de los que quería medir el punto de ebullición; se quedó, pues, en la base avanzada con Burley, al que los esfuerzos de la víspera habían agotado y que, por tanto, no estaba en estado de continuar. Constant y yo debíamos acompañar hasta el campamento de base a los portadores sobrantes y regresar a la base avanzada al día siguiente. Jungle intentaría establecer el campamento I a nueve mil metros. Shute se uniría a Jungle después de haber filmado nuestras partidas respectivas.

Shute se afanaba desde el alba entre su material, pero los aparatos de toma de vista no estaban aún en estado de funcionar cuando Jungle partió; tampoco lo

estaban una hora más tarde, cuando Jungle tomó de nuevo la salida, pues la primera vez había dado la vuelta en redondo.

Noté que ninguno de ellos hacía ningún comentario sobre las actividades del otro, y quise creer que no habría en aquello ningún síntoma del mal de las alturas. Pero cuando Jungle pasó por segunda vez ante Shute, murmuró algunas explicaciones según las cuales se trataba de "un simple ajuste del compás", mientras que Shute giraba la manivela como si filmara realmente. Esperé que estos manejos no significaran que trataban de engañarse mutuamente, pero yo tenía, por mi parte, demasiados asuntos en la cabeza para detenerme en éste. Después de haber terminado nuestros preparativos. Constant y yo retardamos nuestra partida tanto como fue posible, pues deseábamos dar a Shute la ocasión de ejercer sus talentos; pero tuvimos que marchamos sin ser filmados.

Alcanzamos el campamento de base sin incidente y nos encontramos a Prone anémico, pero alegre. Pasé la tarde poniendo al día mi Diario y zurciendo calcetines, mientras que Constant repetía a los portadores las últimas instrucciones.

Por la noche. Prone, siempre tan altruista, rehusó dejarme compartir su tienda; dijo que Constant y yo, que debíamos hacer la ascensión juntos, no debíamos estar separados. Pensé que tenía razón; Constant y yo no debíamos olvidar ninguna ocasión de mejor conocernos. De hecho, todo lo que pude saber de Constant fue que tenía un buen dormir, pues apenas me había metido en mi saco, ya estaba él dormido.

Nos levantamos muy de madrugada, y expedí el mensaje siguiente: "Cara Norte conquistada, hemos comenzado el reconocimiento del Khili-Khili. Todos en buena salud e impacientes de atacar la potente montaña que se yergue por encima de nosotros, como desafiándonos a poner el pie sobre sus pendientes traidoras. La moral de la expedición continua siendo excelente, y los portadores son magníficos."

Dimos un último adiós a Prone. Era una gran decepción para él —tanta como para cada uno de nosotros— que no pudiese acompañarnos; me pregunté cómo su padre reaccionaría al saber que se había quedado atrás. En cuanto a su mujer, sin duda encontraría ahí otro medio de atormentar al pobre hombre. Traté de reconfortarle. Le declaré que la noble forma con que había soportado todos sus sufrimientos era para todos nosotros un constante ejemplo, y sobre todo para mí, que conocía su triste historia. Me golpeó afectuosamente el hombro, diciendo: "Sí, mi pequeño." Parecía que estaba encantado.

Llegamos sin incidente a la base avanzada. Constant cayó en algunas grietas, y yo mismo tropecé en una o dos; pero fuimos sacados por los portadores, que no habían tardado en aprender el uso de la cuerda. Se llamaban So Lo y Lo Too. Eran pequeños y robustos. Cuando no fumaban groka —lo que era raro— se querellaban, o, al menos, esa era la impresión que me daban; no nos prestaban ninguna atención ni a Constant ni a mí, salvo cuando les dábamos órdenes, que ellos ejecutaban escrupulosamente, pero sin manifestar el menor

signo de interés. Constant me dijo que ahora que habíamos sobrepasado los siete mil metros, el humor de los indígenas mejoraría rápidamente.

Yo estaba al acecho del más ligero síntoma de esta evolución, pues, a decir verdad, yo soportaba difícilmente su independencia de espíritu y su impasibilidad. Yo sabía, ciertamente, que el Oriente es impenetrable, pero no pensaba que permanecería impenetrable a mis ojos.

Acabábamos de alcanzar un punto situado hacia la mitad de la primera pared de hielo, cuando Constant atrajo mi atención sobre una pequeña silueta que se acercaba a nosotros viniendo del campamento de base.

Hay ocasiones en que la vida golpea tan duramente al hombre, que éste no se siente dueño de su destino; en esos momentos se parece a un insecto aplastado por los pies de un gigante.

Esta era para mí una de esas ocasiones, y lo leí en el rostro de Constant, que no estaba menos afectado.

Bajé los ojos, esperando olvidar lo que acababa de ver en su mirada.

—¿No se puede hacer nada? —murmuré.

El sacudió la cabeza.

—Voy a intentarlo, pero sin esperanza.

La corta silueta escalaba los zócalos de hielo. Estaba casi plegada en dos bajo una inmensa pila de utensilios de cocina, que resonaban a cada paso. Se elevaba lentamente como una criatura surgida del infierno, para detenerse a algunos metros, volviendo hacia nosotros un rostro aplastado y de pesadilla.

Constant se entregó con el recién llegado a una conversación larga y animada, durante la cual So Lo y Lo Too chupaban con aire de beatitud de sus pipas, mientras que yo trataba de recuperar el dominio de mi destino meditando sobre las Reflexiones en alta montaña, de Totter.

La discusión llegó a su fin, y Constant me declaró que no había podido lograr persuadir a Pong a que se volviera; la corrupción, las amenazas, la astucia, todo se había revelado inútil. Pong —dijo— era, evidentemente, un hombre que tenía un fin en la vida; a menos de lapidarlo, Constant no veía ningún medio de hacerlo volver. Había, no obstante, precisado a Pong —me afirmó— que éste no debería pasar de la base avanzada, donde se tendría necesidad de él para velar por aquellos de nosotros que pudieran descender de la cima debilitados y desamparados.

Protesté, argumentando que esto era dar la puntilla a un hombre debilitado y desamparado. Constant manifestó estar de acuerdo conmigo, pero me dijo que no había otra alternativa.

Medité un momento. La presencia de Pong amenazaba poner en peligro a toda la expedición. Por encima de los siete mil metros los estómagos se hacen delicados; es absolutamente necesario incorporar al régimen de grandes alturas platos particularmente apetitosos. ¿No deberíamos Constant y yo resignarnos al supremo sacrificio: volver al campamento de base con Pong y soportar su cocina, a fin de perdonársela al resto del equipo?

Esto era exigir demasiado de sí mismo. Terminé por renunciar a este gesto. Se tenía necesidad de nosotros en la montaña; no podíamos dejar solos a los otros.

Tragué precipitadamente un comprimido antidispéptico y di la orden de partir.

Alcanzamos la base avanzada. Todo estaba desierto. Lancé llamadas por walki-talkie y tomé contacto con Wish. Estaban todos en el campamento I. Pasarían allí un día o dos, para aclimatarse, antes de lanzarse al campamento II.

Esto era una buena noticia. Anuncié a Wish que Constant y yo llegaríamos al día siguiente, y le rogué nos describiera el camino que habían seguido. Mientras él hablaba, oí claramente a los otros cantar algunos compases de My darling Clementine, y lamenté no encontrarme con esa alegre banda.

Noté poco después que el material médico habían desaparecido, y concluí que había debido ser transportado hasta el campamento I. Esto me sorprendió. Después me dije que había, sin duda, un error.

Nuestra comida aquella tarde no fue tan repugnante como me había temido; fue solamente indigesta. Pero Constant dijo que esto era, probablemente, porque Pong no se había acostumbrado aún a la cocina en grandes alturas: en su opinión, cuando se acostumbrara, sería mucho peor. Fuera lo que fuese, aquella cena nos impidió a los dos dormir, y yo lo aproveché para inquirir con bondad de la vida privada de Constant. Le dije que no había podido comprender muy bien cuales de entre nosotros tenían novia y cuales no la tenían, y le pregunté si había dejado una novia en Inglaterra. Me respondió que no. Le pregunté si sus padres vivían aún. Me respondió que sí. Le pregunté si tenía hermanos o hermanas. Me dijo que sí. Yo le confié que tenía tres hermanas. El me dijo: "¡Oh!"

Algo no iba bien; bastaba tener antenas, como es mi caso, para comprenderlo. Estuve algún tiempo preguntándome cuál sería el mejor medio de establecer contacto con Constant y meditando sobre la soledad del alma humana, sobre todo en la aflicción. Sospechaba que el carácter taciturno de Constant escondía un corazón herido.

Este es un género de situación que un jefe digno de este nombre tiene a veces que afrontar, y, sin duda, éste es uno de los casos en los que la caridad exige que no se tengan en cuenta los sentimientos de los demás. Por difícil que sea hablar de las propias desgracias, es siempre un alivio; generalmente, es más

caritativo hacer hablar a alguien de sus propios sufrimientos que respetar su deseo superficial de dejarlos en silencio.

El mejor medio de provocar las confidencias es comenzar por hacerlas. Adivinando que la reticencia de Constant tenía su origen en una historia de amor desgraciado, le conté una aventura por la que yo había pasado, y cuya herida, si un día me había hecho sufrir mucho, estaba hoy completamente cicatrizada. Esperaba animarlo así a esperar que su dolor también pasara. No hizo ningún comentario a mi historia; yo observé entonces que todos habíamos conocido experiencias semejantes.

Ninguna reacción. Pero oí algo extraño, y al mirar a Constant vi que estaba sacudido de estremecimientos. ¡El desgraciado sollozaba!

Conmovido, le puse una mano en el hombro. Los sollozos redoblaron.

—Cuéntemelo, mi viejo —dije afectuosamente.

Creí que iba a perder todo control de sus nervios. Pero poco a poco la crisis pasó. Y comprobé que sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas.

—Cuéntemelo —repetí.

De nuevo metió el rostro bajo las mantas, mientras que algunos últimos sollozos le sacudían. Después permaneció perfectamente inmóvil.

Yo sentía que ahora la atmósfera no era la misma y esperaba con impaciencia. No fui decepcionado. Se puso a hablar lentamente, primero con un tono vacilante; después, con una animación creciente.

Desde su infancia Constant había sido siempre un apasionado por el circo, y, a pesar de los esfuerzos de sus padres por apartarle de él, esta pasión le había durado toda su vida, no haciendo más que afirmarse con los años. Los recuerdos más felices de Constant estaban todos ligados al circo; la mezcla tan particular de carácter, grandilocuencia y fantasía que encontraba en el circo respondía en él aún a un apetito novelesco sólidamente arraigado. Era —decía— esta misma tendencia la que le había guiado en la elección de carrera cuando había decidido a consagrarse a la diplomacia. La gente de circo era para él otra cosa que la gente corriente. Todos sus sueños de niño estaban centrados alrededor del circo.

Y su primero y único amor había sido una artista de circo.

Se llamaba Stella. Hacía un número con una troupe de focas. Era —me aseguró Constant— la más encantadora criatura del mundo. Nobles y príncipes la adoraban; pero ella tenía un corazón sencillo, y rehusó a todos; había hecho la promesa de casarse con un hombre sencillo y darle hijos sencillos.

Se amaron desde la primera mirada y fueron felices como sólo pueden serlo aquellos que se aman por primera vez. El asistía a todas sus representaciones;

ella le enviaba besos dos veces cada tarde, más el miércoles y el sábado, en matinee.

No había más que una sombra en la perfección de su paraíso privado. Travers, el viejo macho de la troupe de las focas, no amaba a Constant. Stella decía que era por celos. El ladraba cada vez que Constant se acercaba a ella, y durante las representaciones se aproximaba al borde de la pista y le hacía muecas que espantaban a los niños. Pronto se puso a rehusar todo alimento. La crisis estalló el día que Stella apareció llevando en el dedo por primera vez el anillo de pedida. Al ver el anillo, Travers lanzó un grito que desgarró el corazón de todos los que lo oyeron. Se lanzó al suelo y metió la cabeza debajo de sus aletas.

Stella estaba desesperada. Se sentía muy ligada a sus focas, y su dolor la hacía sufrir como si se hubiera tratado de un hijo. Declaró a Constant que no podía soportar la idea de apenar durante más tiempo a Travers. Además, ella tenía una gran confianza en el juicio de la foca; la aversión que Travers experimentaba por Constant era, quizá debida a algún grave defecto que veía en éste y que ella misma no había sabido descubrir. Si Constant no podía hacerse simpático a las focas, todo debía terminar entre ellos.

Constant juró que ganaría su amistad. Esta era una empresa hecha para seducir su alma novelesca. Se fue a los puertos más lejanos para traer a Travers chucherías frescamente pescadas y se pasó muchas tardes ante la foca intentando conquistarla. Pero la bestia permanecía insensible. Travers no aceptaba alimento más que de la mano de Stella, y aún muy poco. Se puso tan delgada como una anguila.

Constant estaba desesperado. Consultó autoridades en materia de psicología focuna, y fue a ver a viejos lobos de mar a los cuatro rincones del mundo. Se pasaba las horas muertas en su bañera ensayando, tratando de ponerse en el lugar de Travers. Los dedos de los pies se le quedaron definitivamente arrugados, pero el secreto del afecto de la foca le seguía resultando un misterio.

Un día que, presa de la más negra desesperación, erraba por el West End de Londres, fue acometido de un irreprimible deseo de justificar su triste condición entregándose a un acto que le envilecería para siempre. Lanzando un grito que conmovió la existencia de tres peatones, se precipitó como un poseso a un cine que no proyectaba más que cortometrajes. Acababa de comenzar un dibujo animado. Las primeras imágenes mostraban una ribera rocosa en la que una bonita sirena encantaba con sus canciones a las criaturas del mar. Entre su auditorio se encontraba una gruesa foca, estallante de salud, que escuchaba con una expresión de completo éxtasis. Gimiendo, Constant se dio cuenta de que esta foca era el retrato mismo de Travers cuando aún era feliz. Salió del cine corriendo, saltó a un taxi y se hizo conducir a toda velocidad al circo. Allí se precipitó donde Travers y, poniendo su corazón al desnudo, dio una interpretación vibrante de pasión al Te he dado mi corazón.

El efecto fue asombroso. Los leones se pusieron a rugir; los perros, a aullar; los elefantes, a barritar y a patear el suelo. Un acróbata cayó sobre su partenaire y tres clowns plantearon su dimisión en el cuarto de hora que siguió.

Pero Constant no se preocupaba apenas de estos menudos incidentes, pues Travers estaba sentado en el agua, exhibiendo una sonrisa de perfecta beatitud, y acompañaba a Constant con una voz de bajo bien timbrada.

El director del circo corrió para ofrecer a Constant un contrato fabuloso. Constant le apartó y se precipitó hacia Stella. Volvieron los dos en seguida, y Constant reemprendió su dúo con Travers.

Stella lanzó un grito de amor y se echó en los brazos de Constant. Travers entonces emitió un rugido cavernoso. Estupefacta, ella se volvió hacia el animal e intentó acariciarle la cabeza. Ante el horror de Stella, la foca le mordió la mano.

Aquello fue el fin. La foca había transferido su afecto a Constant y experimentaba hacia Stella unos celos rabiosos. Furiosa y con el corazón roto, ella dijo a Constant que se fuera llevándose al animal cuyo corazón le había robado. El cogió a Travers en sus brazos y huyó, sollozando, a la calle, donde cogió un taxi hasta el Zoo. Durante todo el trayecto, Travers no cesó de acompañarle cantando Te he dado mi corazón.

Constant había de nuevo estallado en sollozos, el rostro hundido en su saco de dormir. Yo esperé a que pasara la crisis; después le aseguré que contaba con mi profunda simpatía, y le dije que sabía cuán grande habría sido el alivio que habría sentido al contarme todo esto. El movió la cabeza. Ya —afirmó— se sentía mejor. Comenzaba incluso a creer que había terminado por vencer su pesar.

Me volví para enjugarme una lágrima furtiva. Las recompensas del oficio de jefe no son siempre tan inmediatas ni tan intensas. Cuando hube dominado mi emoción, le pregunté qué había sido de Travers. El desgraciado animal —me dijo— había formado una coral entre las focas del Zoo. Constant iba a cantar con ellas todos los sábados por la tarde.

* * *

Aquella noche Constant y yo dormimos muy mal. Yo fui visitado por una pesadilla en la que el rostro de Constant se me aparecía sin cesar en el momento en que había reconocido a Pong en la silueta misteriosa que nos seguía. Pero al aproximarse, su rostro se convertía en el hocico aplastado de una foca que sollozaba hasta romperle a uno el alma y trataba de disimularse en un saco de dormir demasiado pequeño para él. Me desperté, roto por la fatiga. Constant no estaba mejor. Había sido acometido de crisis de sollozos que habían conmovido la tienda. Me afirmó que estas crisis no eran más que una costumbre, que no eran debidas al pesar, lo que me consoló.

No estábamos verdaderamente en condiciones de reemprender nuestra marcha, pero la montaña era menos terrorífica que la perspectiva de la cocina de Pong. Le dejamos atrás con un inmenso alivio, y no sin antes repetirle que no habíamos comido tan bien jamás. Le dijimos que nos apresuraríamos a regresar para poder gozar, lo más pronto posible, de sus maravillas culinarias. Esto sería —le aseguramos— el coronamiento de nuestra aventura, la recompensa después de tantas dificultades vencidas, la calma después de la tempestad.

Nos dirigimos hacia el campamento I siguiendo el camino que Wish nos había descrito.

Constant y yo utilizábamos aparatos de oxígeno; pero nos parecieron tan incómodos, que dejamos a So Lo tomar la cabeza de nuestro primer grupo. Los portadores habían rehusado emplear aparatos respiratorios; se imaginaban, creo, que era cosa de brujería.

Muy pronto la pendiente se hizo más abrupta, y debimos, o más exactamente, los portadores debieron tallar escalones en el espesor del hielo. Nuestra progresión era lenta: la escalada de cada zócalo, en efecto, exigía un esfuerzo equivalente al que hubiera sido preciso para correr sobre una distancia de cincuenta y un metros al nivel del mar; estimación debida a los cálculos de Wish. La gran prueba había, al fin, comenzado. Podíamos en lo sucesivo contarnos entre los que habían pisado las más altas cimas y penetrado en el último bastión que la Naturaleza oponía al espíritu de conquista del hombre.

Traté de recordar todo lo que había leído sobre la técnica de la ascensión en semejantes altitudes. Yo daba un paso adelante; después, esperaba diez minutos. Esto era indispensable; nuestros predecesores habían unánimemente insistido sobre este punto: un paso hacia adelante y después diez minutos de reposo, reducidos a siete en caso de urgencia. Este método me pareció más difícil de practicar de lo que había supuesto. Quedar en una misma posición durante diez minutos no era fácil. Primeramente yo tenía tendencia a vencerme de un lado; después me sentí atacado de un calambre en las pantorrillas; la nariz comenzó a helárseme; un pie se me puso a temblar, y lo tuve que sujetar con las dos manos. Esto era extremadamente fatigoso, y cuando me puse en cuclillas para mantener mi pie, me encontré en una posición más baja que antes de haber dado mi paso hacia adelante, lo que me llevó a preguntarme si ganaba altura o la perdía; la tensión mental se hizo tan grande, que perdí el control de mis movimientos y me caí al suelo.

So Lo me levantó y yo hice una nueva tentativa. Comenzaba a comprender verdaderamente todo lo que había leído concerniente a las dificultades de la alta montaña. Me di cuenta entonces que los demás no parecían practicar el mismo método. Mientras que yo hacía esfuerzos desesperados para no moverme, ellos andaban libremente, dando incluso ciertas señales de impaciencia. Esto era comprensible en los portadores, pero esperaba encontrar a Constant en disposiciones más razonables. Iba a decírselo, cuando me lanzó: "¿Qué es lo que le pasa, Lazo de Unión?" Se lo expliqué, y, ante mi gran sorpresa, se echó a reír a carcajadas. Me dijo que los primeros escaladores

habían estado obligados a reposar, cada pocos pasos, para recobrar el aliento. Esto era porque no habían empleado aparatos de oxígeno. Pero nadie —me aseguré— tenía necesidad de tomar más descanso del necesario; al tren que íbamos, no llegaríamos jamás hasta la cima.

Sus palabras me causaron algún asombro; pero, reflexionando, eso me pareció bastante sensato, y decidí intentar la experiencia. Descubrí, encantado, que la marcha no era más penosa de lo que lo había sido la víspera, por ejemplo. Cito este incidente, que no me hace ningún favor, pues ilustra de forma terminante a qué errores puede llevaros el conocimiento libresco. Esto fue para mí una doble lección: en tanto que lector, sabré, en adelante, no poner tanta confianza, y en tanto que escritor, aprenderé a no extraviar a mis lectores.

Gemí pensando en lo que hubiera sido mi progreso si Constant no hubiera estado allí para iluminarme.

La marcha no tardó, sin embargo, en hacerse más difícil, y yo esperaba ver manifestarse algunos de esos extraños fenómenos que se producen en una atmósfera rarificada. Recordé a Constant que me gustaría me tuviese al corriente de toda sensación insólita que pudiera experimentar, y, cuando nos detuvimos para descansar un poco, tomé contacto por radio con los otros para hacerles la misma recomendación. Burley, que me respondió, me dijo que Wish se había mostrado particularmente desagradable aquella mañana. ¿No sería eso uno de los síntomas de que yo hablaba? Le aseguré que no había que dudarle y le agradecí su comunicación. Wish, en aquel momento, debió apoderarse del aparato, pues oí bruscamente su voz explicarme que la actitud que le reprochaba Burley estaba perfectamente justificada. Burley había roncado pesadamente toda la noche y el no había podido pegar un ojo. Los ronquidos —declaró— no se atenuaban, como había esperado, por la rarificación de la atmósfera, sino que, al contrario, eran más potentes y más complejos; en una palabra: más odiosos que nunca. Se tenía ahí un ejemplo —concluyó— de la forma en que la verdadera naturaleza bestial de un hombre se revela a grandes alturas. Burley no estaba manifiestamente hecho para la vida social arriba de los siete mil metros, admitiendo incluso que lo pudiese estar a una altura más baja.

Compadecí a Wish, pero le exhorté a mostrarse caritativo con su compañero, que sufría tanto. El me prometió que haría lo que pudiera y me pidió que mirara si veía transversiones de Wharton.

Reanudamos la marcha a buen paso, teniendo, no obstante, que frenar al impetuoso So Lo, a quien, si se le hubiera dejado, habría escalado la pendiente a paso de carrera, un error en el que incurren la mayoría de los debutantes. Un novicio se agotara así en una hora, mientras que el montañero experimentado marchara todo el día al mismo paso regular.

Nos elevábamos cada vez más y teníamos las piernas cada vez más pesadas y el aliento más corto. Teníamos ahora que detenernos muy frecuentemente; pero estos altos me parecieron entonces un placer, porque eran necesarios, y

no porque creía que eran necesarios. El magnífico paisaje que nos rodeaba me interesaba mucho menos.

Llegamos a los nueve mil metros en un tiempo notablemente corto y buscamos con la mirada el campamento I. Ante nuestra viva decepción, el campamento no aparecía. Llamé a los otros por radio. Fue Shute quien me respondió. Le describí el camino que habíamos seguido y el sitio en que nos encontrábamos. Me dijo que, en su opinión, estábamos efectivamente en el campamento I. Me aconsejó buscara alguna eminencia desde la que pudiéramos dominar un horizonte más amplio. Esto era fácil de decir. Allí había un verdadero laberinto de eminencias; las tiendas podían muy bien estar disimuladas detrás de cualquiera de las agujas rocosas que nos rodeaban. Partimos en reconocimiento, lanzando gritos de llamada. Silbamos, cantamos canciones tirolesas, hicimos explotar bolsas de papel. Todo fue en vano. Acabábamos apenas de sentarnos para meditar sobre la situación, cuando Constant lanzó un grito ahogado designando un punto más bajo sobre la pendiente.

Una silueta sombría y siniestra escalaba los zócalos que habíamos tallado: ¡Pong!

Era terrible.

Sostuvimos un rápido consejo de guerra. Pong estaba pesadamente cargado. Parecía haber traído con él todo el material de cocina y la mayor parte de los víveres que le habíamos dejado en la base avanzada. Quizá pudiéramos desembarazarnos de él. Abandonaríamos nuestra búsqueda del campamento I. Reemprenderíamos nuestra ascensión y escalaríamos tan alto como fuéramos capaces. Nosotros estableceríamos el campamento II cuando no pudiéramos ir más lejos.

Mientras discutíamos. Pong se había peligrosamente acercado. Y cuando emprendimos la marcha, tuve que luchar con un pánico indigno de nosotros. Constant me dijo que no había nunca conocido nada semejante desde el día que había sido perseguido por un toro en Broadstairs.

Dejamos a So Lo tomar la cabeza y tallar los escalones e hicimos lo que pudimos para seguirle. Marchaba a un tren endiablado. Dudo que hayan sido tallados escalones sobre el hielo en ningún sitio a tal velocidad. Había en nuestra aventura algo de irreal. Hacer alpinismo a nueve mil metros esta reputado como una hazaña casi sobrehumana, y, sin embargo. So Lo, sin aparato de oxígeno, tallaba escalones tan rápido como nosotros, con nuestros respiradores, podíamos escalar. Todo esto era demasiado fantástico. Me preocupaba también lo del toro de Constant. Me parecía muy poco verosímil que se hubiese encontrado un toro escapado en Broadstairs. ¿Me había mentado? Me dio vergüenza dudar así de él, lo que se añadía aún a mis preocupaciones.

A pesar de la rapidez de nuestro avance. Pong continuaba ganando terreno. Íbamos, sin embargo, cada vez más de prisa. Constant y yo no tardamos en ser presas del vértigo y en tropezar frecuentemente.

Muy pronto estuve cubierto de cardenales, y Constant estaba aún en más triste estado: como era más alto que yo, se caía desde mayor altura. El colmo fue cuando, después de una caída particularmente mala, se encontró levantado por Pong, que nos había alcanzado. Constant lanzó un grito horrible y perdió el conocimiento. Yo le reanimé dándole golpes en la cabeza y le pregunté qué era lo que debíamos hacer. Me dijo que, puesto que con toda evidencia yo no estaba en condiciones de continuar, lo mejor sería que acampáramos.

Fue lo que hicimos. Estabamos a nueve mil seiscientos metros. Habíamos establecido el campamento II como estaba previsto en nuestro plan. Pero esto no era para nosotros más que una pequeña compensación; no podíamos más que pensar en las abominaciones culinarias que nos esperaban.

Capítulo IX EL CAMPAMENTO PERDIDO

Aún hoy me ocurre a veces despertarme aullando cuando reveo en sueños los horrores de aquella noche trágica. Una vez montadas las tiendas. Constant y yo nos metimos en nuestros sacos de dormir, esperando la cena. Me preparé a esta prueba pensando en los mártires cristianos y repitiéndome que el Khili-Khili no valdría la pena de ser escalado si no se tratara más que de un viaje de recreo. Pero mis meditaciones fueron bruscamente interrumpidas por un estrépito prolongado de utensilios de cocina procedente de la tienda de Pong. Constant, cuyos nervios comenzaban a saltar, fue a ver que era lo que pasaba. Regresó, todo tembloroso, trayéndome inquietantes noticias. Había encontrado a Pong en cuclillas ante una gran cacerola, de la que subían indescriptibles efluvios. El suelo, ante la tienda, estaba sembrado de cajas de conservas vacías, y Constant había podido comprobar que eran justamente las que contenían aquellos platos delicados que habíamos escogido para avivar nuestro apetito a grandes alturas. Y cuando se nos sirvió la cena, esta horrible mezcla confirmó las aprensiones de Constant. Todos nuestros más exquisitos manjares habían encontrado el camino de la marmita de Pong: la sabrosa pechuga de pollo, las conservas de melocotón a la crema que nos hacían salivar cuando pensábamos en ellas, las sardinas, el caviar, la langosta, el magnífico queso de gruyère, el salmón, incluso el café y las galletas con chocolate; todo eso no era ahora más que un pisto descorazonador que hubiera hecho huir, exhalando gritos de espanto, a las brujas de Macbeth.

Los horrores de aquella comida no eran más que el preludio de una noche como pocos seres humanos habrán conocido. Era, creo, alrededor de la medianoche, cuando me desperté de una pesadilla en la que yo estaba enterrado bajo el Khili-Khili para descubrir a Constant acostado sobre mí, roncando pesadamente y diciendo incoherencias en su sueño. Cuando le rechacé, se despertó con un grito de terror y me golpeó sobre la nariz, haciendo saltar lágrimas de mis ojos. Me excusé de haberle despertado, y volvimos a dormirnos. Yo había debido dormir, en efecto, pues me desperté súbitamente con la impresión de que un monstruo prehistórico se había deslizado bajo la tienda e iba a herirme. Cogí el primer objeto contundente que

pude encontrar al alcance de mi mano —en tal circunstancia, un zapato de montaña— y golpeé al monstruo con todas mis fuerzas. Era Constant, claro. Le pregunté si le había despertado; y si me respondió lo que yo creo que dijo, no es el hombre que yo imaginaba. Después de madura reflexión, concluí que había debido imaginar todo eso, e iba a hundirme de nuevo en el sueño, cuando Constant lanzó un grito bestial y me mordió una oreja. Le desperté, y propuse, para nuestra mutua seguridad, instalarnos en sentido distinto.

Después de algunas extrañas observaciones, aceptó, y yo comencé a girar con mi saco de dormir. A esta altura esto era un trabajo agotador. Debí detenerme varias veces para recobrar el aliento, y cuando hube terminado mi movimiento de rotación, descubrí que había perdido mi almohada en el camino. No podía pensar en buscarla, y la sustituí con un zapato.

Iba a dormirme de nuevo, cuando un ruido espantoso se hizo oír a algunos centímetros solamente de mi rostro. Aterrorizado, golpeé instintivamente, y, ante mi viva sorpresa, me encontré cogiendo con las dos manos una boca. Era horrible; creo que no olvidaré jamás el terror ni el disgusto que me inspiró este contacto. Descubrimos entonces que tanto Constant como yo habíamos efectuado una media vuelta y que de nuevo estábamos instalados con la cabeza del mismo lado. Brutalmente sacado de la pesadilla que había hecho nacer esta mordaza sobre su boca, Constant se precipitó sobre mí. Aún bajo el aturdimiento del sueño y del miedo, me defendí furiosamente, y la tienda fue muy pronto sacudida por nuestra lucha. No tardé en estar agotado, y ya casi había perdido toda esperanza de sobrevivir, cuando Constant cesó repentinamente, agotado y jadeante. Cuando hubimos recobrado el aliento y la cabeza, le renové mis excusas, y tratamos de desenredarnos. Pero esto no era tan fácil. Estábamos encerrados en un estrecho complejo, a medias salidos de nuestros sacos de dormir respectivos, en medio de un lío de cuerdas y ropas. La noche era negra. Al tratar de liberarme, terminé por caer dormido sentado, y me desperté, poco después, aullando, con la impresión de que la cuerda era una serpiente que trataba de estrangularme. Me debatí desesperadamente antes de recobrar mi presencia de ánimo, lo que no hizo más que agravar aún más el embrollo.

Continuamos nuestros esfuerzos, pero no llegábamos a coordinarlos. Ya tirábamos cada uno hacia nuestro lado del mismo extremo de la cuerda, ya rodábamos por el suelo, enredándonos las piernas; a veces, también, en una valiente tentativa para liberarnos un brazo, nos enviábamos mutuamente un puñetazo al ojo. Los dos estábamos al borde del jadeo. Estábamos llenos de cardenales y de dolores de estómago que nos hacían retorcernos por el suelo, complicando aún más la situación. Y no cesábamos de caer dormidos y de despertarnos en medio de las más horribles pesadillas.

Para terminar de arreglar la noche, la tienda se cayó sobre nosotros.

Nos resignamos. Nos quedamos donde estábamos esperando el día.

Cuando hubo claridad, logramos levantar la cabeza y miramos.

—Esto no puede continuar— dijo Constant. No se podía resumir mejor la situación, estimé yo. Había que descender, como fuera, al campamento I.

Pero debíamos antes salir de la tienda, lo que a nueve mil seiscientos metros no era una cosa tan fácil. Después de algunos instantes de esfuerzos, tuvimos que parar a recobrar el aliento. Teníamos las manos heladas, y tuvimos que ponernos los guantes, lo que hizo prácticamente imposible nuestros trabajos de desembrollamiento. En mi desesperación, estuve tentado por un momento de abandonar. Estaba tumbado, jadeante, con Constant sentado sobre mi cabeza, los brazos atados a la espalda por un extremo de la cuerda, las piernas aprisionadas en el saco de dormir y bajo los pliegues de la tienda.

Por tercera vez creí en la posibilidad de un fracaso. ¿La montaña iba, después de todo, a revelarse demasiado fuerte para nosotros?

Para agravar más las cosas. Pong llegó con el desayuno.

Después de una lucha breve y viril contra la náusea, Constant envió a Pong a buscar a So Lo y Lo Too. Estos pusieron en seguida manos a la obra y, después de lo que nos pareció una eternidad, fuimos de nuevo hombres libres.

Dimos la orden a los portadores de instalar de nuevo nuestra tienda y nos retiramos a la suya, donde pasamos un largo momento haciendo hervir nuestros zapatos, a fin de deshelarlos. Pong nos siguió con el desayuno, preparado a partir de los restos de la víspera, hechos más incomedibles aún, pues se habían quemado. Nos forzamos a tragar algunos bocados, tapándonos la nariz y cerrando los ojos, repitiéndonos que todo por la expedición. Tomamos después algunos comprimidos para el estómago y discutimos nuestros planes de campaña. Eran muy simples. Teníamos que ganar el campamento I lo más rápidamente posible y repartir sobre el mayor número posible de estómagos el fardo de Pong.

Avisamos a nuestros compañeros por radio diciéndoles que nos esperaran. No les dijimos nada de Pong, por temor a provocar el pánico. Jungle me respondió que nos esperarían. Burley —nos anunció— acababa de aclimatarse; pero estimaba que un día más en el campamento I no podría hacerle más que bien. Los demás también pensaban que un día de reposo suplementario les sería conveniente.

Partimos de madrugada. Nuestros zapatos mojados se helaron rápidamente; aparte de una elevación —poco probable— de la temperatura, sólo la amputación podría separarnos de ellos. Tropezábamos sin cesar y nos dormíamos a veces donde caíamos. So Lo y Lo Too nos salvaron muchas veces la vida; pero, sin duda, terminaron por cansarse, pues nos echaron encima de su carga y nos llevaron así hasta el final de la jornada.

A nueve mil metros recomenzamos a buscar el campamento I, y una vez más, a pesar de las instrucciones que se nos transmitían por radio, no conseguimos encontrarlo. Desesperados, decidimos seguir hasta la base avanzada. Llegamos allí al caer la tarde, en un estado de completo agotamiento.

Nuestro primer cuidado fue deshelar nuestros pies. Para esto, metimos los pies en un cubo lleno de nieve fundida, que hicimos en seguida hervir sobre un hornillo de gasolina. Afortunadamente, teníamos zapatos de repuesto. Tuvimos después de esto una breve conversación con el campamento I y nos fuimos a acostar, rehusando beber nada ni comer nada.

* * *

Al día siguiente estábamos casi restablecidos. En circunstancias normales, hubiéramos tomado un largo descanso; pero como esto significaba quedar a merced de Pong, no había ni que pensar en ello. Amparados en la noche, nos habíamos deslizado hasta la tienda en que se encontraban las provisiones y habíamos ingerido algún alimento. Fortificados por esta colación, pudimos pasarnos sin el desayuno, y poco después de la salida del día nos pusimos en marcha hacia el campamento I. No intentamos esta vez dejar atrás a Pong. Estábamos ya completamente desmoralizados.

Nos había alegrado saber que Shute, Jungle y Wish estaban ya en camino hacia el campamento II. Burley, que se había quedado solo en el campamento I, había, desgraciadamente, sobrepasado el estado óptimo de su aclimatación, y su estado de salud no era tan magnífico como el de la víspera. Había, pues, juzgado preferible quedarse atrás para recuperar algunas fuerzas.

La ascensión fue dura, pero sin incidentes. Constant y yo nos las veíamos y deseábamos para seguir el paso de autómatas de los portadores. Desde que habíamos sobrepasado el nivel de los siete mil metros, yo estaba esperando la mejora de carácter prometida por Constant. Pero no se produjo nunca. Constant me dijo que no lo comprendía; se preguntaba si no serían rudistaneses en vez de yogistaneses. Me aseguró que, a su regreso, lo comprobaría en las notas de su curso de geografía yogistanesa por correspondencia.

A los nueve mil metros seguimos nuestras búsquedas del campamento I. También sin éxito. Aún hoy me encuentro en una absoluta incapacidad para explicar nuestros repetidos fracasos para descubrir el campamento I.

A pesar de nuestro agotamiento, no teníamos otro recurso que dirigimos al campamento II. Era una lástima dejar solo a Burley en el campamento I, pero me consolé pensando que pronto seríamos cinco en soportar el fardo de Pong. Quizá uniendo nuestros recursos lograríamos descubrir algún medio de libramos de él.

Continuamos nuestro ascenso. Gracias a los escalones que habíamos tallado dos días antes, pudimos llegar muy pronto al campamento II sin otro incidente.

* * *

Constant y yo habíamos conocido tales pruebas, que casi fue una sorpresa para nosotros encontrar en el campamento II gentes felices. A medida que nos

aproximábamos, los ecos de Los Caballeros de la Tabla Redonda vinieron a encantar nuestros oídos como los hosannas de los bienaventurados.

Fuimos acogidos a brazos abiertos y a grandes palmadas en la espalda. Nos echaron nieve por el cuello.

Nunca había visto a mis camaradas de tan buen humor desde el incidente de la grieta. Me pregunté cuál podría ser la causa.

Fue entonces cuando vieron a Pong.

Jamás he sido testigo de un cambio de humor tan súbito. Fue como si acabara de pasar sobre nosotros una plaga de Egipto. Nuestros tres compañeros, que un momento antes estaban alegres como colegiales, tomaron el aire melancólico de tres viajeros. Se lanzaban miradas malignas y se prodigaban las maldiciones. Se retorcían las manos, agitando la cabeza. Se retiraron, al fin, a su tienda y se metieron en un rincón, mordiéndose las uñas y murmurando frases sin sentido. Cuando nadie los miraba, lloraban en silencio.

Después de todo lo que yo había sufrido, esto era demasiado para mí. Me metí sin cenar en mi saco y me dormí sollozando.

Me desperté al día siguiente por la mañana, para encontrarme a Constant sentado sobre su saco de dormir. Parecía irritado.

—Se han marchado —dijo.

—¿Es verdad? —grité.

Movió tristemente la cabeza.

—Explíqueme —insistí.

Un largo suspiro le sacudió todo el cuerpo. Su boca se abrió y un largo gemido salió de su garganta, como si le costase mucho trabajo evocar un tal horror.

—¡Traicionados! —gimió.

—¿Es verdad? —dije.

Movió tristemente la cabeza.

Era horrible.

Poco a poco conseguí calmarle; y mientras que nuestro amigo el sol se elevaba en los cielos, calentando nuestra pequeña tienda, él recobró algún coraje. Me contó: Jungle y Wish habían dejado el campamento a hurtadillas antes del alba y habían ganado la montaña. Shute había partido poco después, a fin de llegar al campamento I.

Pasamos todo el día metidos en nuestros sacos, afrontando cada uno a su manera la crisis. Hacia, la tarde, Constant rompió el silencio:

—Mañana —anunció— me voy al campamento uno.

Yo asentí. Esto era inevitable. Me volví y me dormí.

Al día siguiente, cuando me desperté. Constant había partido. No me sorprendió. Ni me decepcionó. Apenas si me importó. Esto era el fin: el fin de una bella aventura; el fin de nuestra camaradería, de nuestros sueños; el fin de todo. Me sentí al borde de una nada infinita. Después, sin un suspiro, sin una mirada atrás, con resignación, incluso con gratitud, franqueé el umbral.

Alguien me administraba bofetadas en el rostro de la forma más desagradable. Una voz impaciente repetía: "¡Despiértese, Lazo de Unión, idiota!" Me desperté, abrí los ojos y mire a mi alrededor.

Estaba tendido de espaldas sobre la nieve, bajo la luz cegadora del día. Shute estaba inclinado sobre mí.

—¿Dónde estoy? —dije.

—¿Dónde cree usted que está? —pregunto él.

Permanecí algunos instantes pensativo.

—Pensaba que quizá estuviese en el cielo —repliqué.

Se echo a reír.

—¡0íd, muchachos! Lazo de Unión se cree que está en el cielo.

Las risas redoblaron. Miré a mi alrededor. Wish estaba allí, y Jungle; y sentado sobre una caja, cerca de mí, el aire cansado, Constant.

Y detrás de ellos, los ojos fijos en mí, varios portadores, entre los cuales So Lo, Lo Too y Pong.

Vi entonces las tiendas y comencé a comprender. Era el campamento II. Constant y yo acabábamos justamente de llegar por segunda vez de la base avanzada y nos habíamos encontrado a los otros ya instalados. Había debido de dormirme. El resto no era más que un sueño.

Capítulo X MAS ALTO QUE EL EVEREST

Después de una comida que más vale no describir, nos reunimos en una de las tiendas para discutir nuestros planes. La cuestión que se planteaba era: ¿qué íbamos a hacer de Pong? Varias soluciones fueron examinadas, pero ninguna era a la vez práctica y humana. Wish, con la precisión que le caracteriza,

resumió la situación declarando que debíamos aceptar a Pong como uno de los riesgos de la montaña y concebir nuestros planes en consecuencia.

Constant dijo que él y yo habíamos sufrido a Pong durante cuatro días y que ahora le tocaba a otro. Wish respondió que, en principio, estaba completamente de acuerdo, pero que deberíamos entonces reflexionar en los medios de establecer la fórmula práctica. Había que partir de la hipótesis —dijo— de que cuando nos separáramos Pong seguiría al grupo más numeroso, a fin de causar el máximo estrago. Pero bastaría una estratagema bien sencilla para burlar sus propósitos. Eramos ahora cinco. De madrugada, dos de nosotros partiríamos juntos para ir a establecer el campamento III, y los otros tres se quedarían en el campamento II. Pong permanecería, naturalmente, con estos últimos. Pero poco después uno de los tres partiría a su vez, sea para ir al campamento III, sea para descender al campamento I. Pong, una vez más, se quedaría con la mayoría. Después, los dos que permanecieran aún en el campamento II se separarían. De este modo, la esfera de influencia de Pong se encontraría reducida a un solo individuo.

—¿No es esto muy duro para el último? —pregunté.

—No será por mucho tiempo —me aseguró Wish—. Podemos establecer turnos según las circunstancias. ¿Estamos de acuerdo en principio?

Constant y yo cambiamos una mirada vacilante. Pero Shute y Jungle declararon que era una excelente organización, y felicitaron a Wish por su talento de estratega.

—Muy bien —siguió éste—. Veamos: es bien evidente que Lazo de Unión y Excelencia no están en condiciones de subir al campamento tres.

—Desde luego —dijeron Shute y Jungle a coro.

—A decir verdad —continuó Wish—, es indispensable que se tomen un día de descanso.

—Absolutamente —dijeron Shute y Jungle.

—Se deben quedar aquí con Pong.

—Esa es la única solución —dijeron Shute y Jungle.

—En cuanto a ustedes —prosiguió Wish—, presumo que no querrán hacer equipo el uno con el otro.

—Ciertamente, no —dijeron Shute y Jungle.

Yo me pregunté por qué.

—Yo iré entonces al campamento tres con uno de ustedes. ¿Cuál?

—Jungle —dijo Shute.

—Shute —dijo Jungle.

—Harían mejor echándolo a cara o cruz.

—Cara —dijo Shute.

—Es cruz —dijo Jungle.

—Felicitaciones, mi viejo —declaró Shute—. Será usted el primero en subir más alto que el Everest.

—Pero ¡si he ganado! —protestó Jungle.

—Naturalmente. Es el que pierde el que se queda aquí.

—Pero yo creía que era al contrario.

—¿Por qué?

—Y bien... —comenzó Jungle.

—Bien entendido —siguió Shute—, si usted cree que yo trato de...

Jungle no decía nada.

—Usted no tiene confianza en mí.

Jungle permanecía con la cabeza baja.

—Después de todo lo que he hecho por usted...

Jungle adoptó un aire embarazado.

—Muy bien —dijo Shute—. Vamos a retirarlo. Y a repetir. Cara.

—Ha salido cara —anuncio Jungle.

—A mí me toca, pues, elegir —dijo Shute—. No quería decirlo, pero no me siento muy bien. No me atrevo a correr el riesgo de flaquear ahora. Voy a descender al campamento uno.

Jungle pareció un poco desconcertado. Se retiró de la conversación y quedó un largo rato, las cejas fruncidas, rezongando. De vez en cuando abría la boca, como si fuera a hablar; después se callaba. Para terminar, lanzó un profundo suspiro y se inmovilizó, la mirada fija en el vacío, como alguien que ha abandonado toda esperanza y que espera apaciblemente la muerte. Yo olfateé algo extraño en su actitud, pero estaba demasiado fatigado para inquietarme

por ello. Además, tenía otras preocupaciones: ¿cómo íbamos a soportar Constant y yo un día más a merced de Pong?

Planteé la cuestión a Wish, y este maestro de la estrategia propuso una seductora solución. Alguien debía atraer a Pong fuera de la tienda en que él cocinaba, de forma que algún otro pudiese robar víveres, que se disimularían en nuestros sacos de dormir. Al día siguiente subsistiríamos sobre estas reservas, diciendo a Pong que no teníamos necesidad de comer. Tendríamos así todo un día para dar descanso a nuestro sistema digestivo. Wish aconsejó a los que viajaran con Pong no tomaran más que los alimentos más sencillos, sobre el cual su negro talento tendría el menor efecto.

Esto fue lo convenido. Era duro renunciar a las golosinas con las que nos cuidábamos desde hacía tanto tiempo, pero más valía eso que verlas reducidas a las repugnantes mixturas que Constant y yo habíamos debido ingerir.

Se organizó el raid sobre las reservas de víveres. Jungle fue a ocultarse detrás de una roca; después Constant llamó a Pong a nuestra tienda y entabló conversación con él. Apenas habían cambiado unos cuantos borborigmos, cuando Pong levantó la cabeza, como si percibiera un ligero ruido. Un instante más tarde se precipitaba fuera de la tienda y le oímos lanzar rugidos mientras corría a la cocina.

Corrimos detrás de él para ver a Jungle perderse, perseguido por Pong.

Wish, siempre rápido de ingenio, desapareció en seguida de la cocina y emergió de ella con los brazos cargados de víveres. Corrió con su carga hasta nuestra tienda; había estado inspirado, pues Pong, abandonando bruscamente su persecución, regresó a grandes pasos a su tienda y se puso en cuclillas sobre el umbral, considerándonos con una maligna mirada.

Jungle había desaparecido a nuestros ojos, y la opinión general era que no le veríamos ya jamás. No había más que una solución: organizar una batida. Se envió a los portadores en su busca, mientras que nosotros nos quedábamos allí, dispuestos a defender nuestros alimentos al precio de nuestras vidas, si fuera preciso, contra otro ataque.

El equipo de socorro llegó a las dos horas, con Jungle a las espaldas de un portador pequeño, pero robusto. Pong no dijo nada, y volvimos tranquilamente a nuestras tiendas.

A pesar de mi agotamiento, consideré mi deber informarme de todo lo que había pasado desde nuestra última reunión en la base avanzada cinco días antes. Durante los dos días que había pasado en el campamento I, Wish había hecho fundir trece quintales de hielo y procedido a una nueva instalación de sus termómetros. Shute había rodado más de seiscientos metros de película, y si no hubiera sido porque un lamentable accidente había expuesto las bobinas a la luz, hubiéramos tenido de allí unas bellas secuencias. Jungle había ajustado sus brújulas tan minuciosamente como jamás brújula alguna haya podido ser ajustada. Las que habían sobrevivido a la operación debían ser

consideradas como exactas, con un pequeño margen de error, sin embargo, que él era incapaz de determinar.

Llamamos a Burley por radiotelefonía y supimos que se reponía lentamente, pero que no estimaba oportuno aún dejar el campamento I.

Pregunté, en fin, si nadie tenía fenómenos extraños que comunicarme. Obtuve respuestas extremadamente interesantes. Wish y Shute habían sido víctimas, los dos, de alucinaciones de grandes alturas. Wish había visto ecuaciones diferenciales, tubos de ensayo y máquinas de Wimshurst, mientras que Shute había tenido la horrible visión de una cámara oscura. Jungle había manifestado una cierta tendencia a errar cuando no estaba encordado a los otros. Estaba convencido también por momentos que le seguía un prude. Cuando se le preguntó que era un prude, se embarulló en sus explicaciones. Wish dijo: "Muy divertido, Vagabundo", como si ese prude no hubiese sido más que el fruto de la imaginación de Jungle, y todos se echaron a reír. Debo decir que la broma me fue perfectamente hermética; creo poder afirmar que mis compañeros sufrían histeria de las alturas.

Encantados de encontrarnos de nuevo reunidos, fuimos a acostarnos, y, a pesar de la cena preparada por Pong, pase una noche relativamente tranquila.

Al día siguiente, por la mañana, estábamos en pie a buena hora. Jungle y Wish partieron sin desayunar, con la intención de detenerse para comer cuando estuvieran fuera de la vista de Pong. Se llevaron con ellos los platos más sabrosos, no dejándonos más que las lentejas y el pemmican, cuyo carácter naturalmente poco apetitoso los hacía considerar como susceptibles de escapar a los infernales manejos de Pong. Shute partió poco después con su portador, dejándonos a Constant y a mí en compañía de So Lo, de Lo Too y de Pong. Nos metimos en nuestros sacos de dormir, donde pasamos todo el día, alimentándonos de conservas frías y ocultando cuidadosamente los restos de nuestras comidas. Por la tarde recibimos una llamada de Shute que había llegado sin incidencias al campamento I, donde había reencontrado a Burley. Burley —dijo— estaba completamente repuesto y se estimaba reaclimatado. Su larga permanencia en su saco de dormir le había, no obstante, fatigado, y no se juzgaba aún en estado de partir.

Wish llamó poco después. Jungle y él habían tenido una ruda jornada, pero habían conseguido establecer el campamento III a diez mil trescientos metros. Habían dispuesto cuerdas en los pasos difíciles. Wish había visto otras ecuaciones diferenciales. En cuanto a Jungle, manifestaba una extraña tendencia a marchar a reculones.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano. Habíamos agotado nuestras reservas secretas de víveres y hubimos de tomar un desayuno a base de lentejas y pemmican al modo de Pong. Constant tomó un bocado y se puso pálido como un muerto.

—Lo siento, mi viejo —me dijo—; pero no puedo soportarlo. Me es necesario volver al campamento uno.

Era una noticia triste, pero no sorprendente. Nos separamos con hondo pesar; habíamos conocido muchas pruebas. Afirmé a Constant que la viril forma con que había soportado sus sufrimientos había sido para mí un ejemplo perpetuo y que conservaría un iluminado recuerdo de los seis días que habíamos pasado juntos. Constant dijo que él tampoco los olvidaría.

Constant se llevó a Loo Too, dejándome a So Lo y a Pong. Permití a So Lo tomar la cabeza, deseoso como estaba de economizar mi energía mental. Yo iba al acecho de alucinaciones de grandes alturas y de transversiones. Varias veces creí ver una transversión, pero no era más que una alucinación. Varias veces también creí ver una alucinación, pero no se trataba más que de una mancha sobre los cristales de mis gafas. Una vez, sin embargo, vi una mancha sobre los cristales de mis gafas, pero no era más que una transversion que se reveló ser una alucinación. Para luchar contra mis dolores de estomago había tornado un desayuno ligero, y estaba un poco debilitado por la inanición. Me alimenté de comprimidos antidispépticos, que me dieron jaqueca. Estaba, además, inquieto de ver mi sueño haberse así realizado casi enteramente. Mis cuatro compañeros se habían dispersado exactamente como en mi sueño, lo que me parecía de siniestro augurio.

Todo eso perjudicaba al ritmo tan indispensable a la marcha en alta montaña. Decidí, pues, olvidar todo el resto y concentrarme sobre el ritmo. Tanto me preocupe de concentrarme, que terminé por estar obsesionado. Comencé a temer perder el control de mi destino.

Afortunadamente, llegamos al campamento III antes que hubiese llegado a esta penosa extremidad. Todavía dueño de mi destino, reencontré a Wish y a Jungle, que se estaban tomando un día de descanso. Como esperaban la llegada de Pong, habían ya cenado y guardado sus provisiones fuera de su maléfico alcance. Tuve que cenar, pues, solo lentejas y pemmicam.

Estaba agotado, pero me sentía feliz ante la idea de estar muy pronto desembarazado de Pong. Las cosas, no sé por qué, ocurrieron muy de otro modo. Recurriendo a la estrategia antiPong, que —dijo él— había dado tan buenos resultados en el campamento II, Wish decidió que uno de nosotros debería partir solo al día siguiente, por la mañana, dejando a Pong con la mayoría, o sea los otros dos. Un poco más tarde, uno de estos partiría a su vez, dejando a Pong con el último. Como yo tenía necesidad de reposo, yo debería ser este último hombre. Wish se mostró encantador. Me dijo que yo gozaba de toda su simpatía. Me afirmó que, por su parte, él estaba aún más molesto que yo. Me aseguró que solo su estricto sentido del deber le impedía llevarse a Pong consigo. Declaró que jamás había conocido un conflicto tan corneliano entre sus deseos personales y el interés de la expedición. Estaba seguro de que yo le comprendería.

Le dije que le comprendía muy bien y que compartía su molestia. Le supliqué se mostrara animoso ante esta penosa situación y dejara que el deber fuera su única recompensa. Me agradeció diciendo que no olvidaría mis palabras. Le deseé las buenas noches con un sentimiento profundo de humildad y me retiré a mi tienda solitaria.

Al día siguiente, por la mañana. Wish partió el primero, escoltado de un solo portador, a fin de establecer el campamento IV. Jungle declaró que no se sentía bien del todo y que le era preciso, a todo precio, descender al campamento I para reponerse. Mientras esperábamos que el sol se elevase en el cielo para prodigarnos algún calor, traté de decidirle a hablarme de sí mismo; comencé, no sin delicadeza, por decirle que, a lo que había creído entender, él no tenía novia. Me respondió que, en efecto, no la tenía, y yo declaré que un hombre de un temperamento tan vagabundo como él no debía, evidentemente, estar dispuesto a dejarse encadenar por lazos familiares. Me sorprendió mucho al responderme que, al contrario, el experimentaba vivamente la necesidad de un hogar donde le esperaba la elegida de su corazón. Me recordó que todos los pájaros tienen un nido y todas las expediciones una base. Él mismo se encontraba justamente en la triste posición de una expedición sin base, de un pájaro sin nido. Durante sus carreras errantes consolaba su corazón solitario soñando que iba a encontrar el objeto de su deseo. Le gustaba pensar que un día, al pie de una lejana colina, encontraría su hogar espiritual; en una villa modesta, pero bien construida, con todo el confort moderno, descubriría el alma hermana que esperaba fielmente al amado con el que sonaba en silencio desde hacía tantos años. Sus carreras errantes —dijo— le llevaban siempre a alguna parte; pero en qué dirección, era algo que no sabía; a esto era debido el que se le hubiera visto tantas veces perder el camino.

Le dije que estaba conmovido de esta confianza. Comprendía muy bien lo que sentía, habiendo yo mismo errado mucho en mi juventud. Pregunté a Jungle si no había encontrado nunca una joven que fuese de su gusto. Me respondió que sí, que había encontrado muchas; que, de hecho, no cesaba de encontrárselas. Desgraciadamente —me dijo—, las perdía tan rápidamente como las encontraba. El tenía la costumbre de llevarlas de excursión el sábado por la tarde y, casi invariablemente, las perdía en el curso de estas salidas. La primera vez habían sido sorprendidos por la bruma, y Jungle había aconsejado a su compañera que se quedara donde estaba mientras él iba a buscar ayuda. Había puesto el rumbo al Norte hasta llegar a una granja, después de lo cual había partido con un equipo de socorro hacia el Sur. Esta pequeña idiota había debido de moverse, pues no habían podido encontrarla. Le pregunté si ella había regresado a su casa. Me dijo que no se había enterado; una muchacha que se desplazaba así en la bruma, a pesar de sus consignas, no merecía apenas que se ocupasen de su suerte. La joven siguiente desapareció mientras Jungle arreglaba su brújula. La tercera se irritó porque Jungle la había hecho dar varias vueltas sobre el mismo sitio por inadvertencia, y le plantó allí. Había perdido otras varias en el "Metro", dos o tres en Waterloo Station y algunas en el laberinto de Hampton Court.

Le aconsejé amistosamente que la próxima vez que encontrara una joven de su gusto no la soltara y que evitara todo vagabundeo inútil. Me dijo que había adoptado a menudo esa decisión, pero que eso no parecía entrar en su carácter. Era —me explicó— una víctima del Destino. Le estaba destinado a él encontrar sin cesar el objeto de sus deseos y perderlo en seguida, errar sobre la superficie de la tierra siempre solo, siempre sin raíces.

Esta era —le dije— la esencia misma de la tragedia. Esto era tan poético, que debía ser verdad. Supliqué a Jungle que se considerara como un ser prometido a un noble y severo destino, permanecer sordo a los deseos sin gloria y responder a la llamada de su vocación.

Me lo agradeció y me prometió seguir mis consejos. Me dijo que su consolución sobre esta tierra era la de tener a veces él, el eterno errante, el privilegio de guiar a los demás.

En esto estábamos cuando Pong trajo el almuerzo, y Jungle partió precipitadamente para el campamento I con su portador.

Solo, me esforcé en meditar sobre las responsabilidades del mando; pero tan débiles eran mis facultades de concentración, que no pude pensar en otra cosa que en la mermelada de ciruelas. El campamento I estaba demasiado alejado para que pudiese comunicar por radio con mis compañeros, que se encontraban en él; pero por la tarde tuve una larga conversación con Wish, que había establecido el campamento IV a once mil metros. Esta era una buena noticia; me puso tan contento, que logré, sin el menor esfuerzo, pensar en la mermelada. Pregunte a Wish si le gustaba la mermelada de ciruelas. Debió de imaginarse, creo yo, que estaba loco.

Capítulo XI AÚN MÁS ALTO

Al día siguiente, yo estaba suficientemente recuperado para emprender el camino del campamento IV, que yo distinguía justamente por encima del horizonte como un minúsculo punto negro en el inmenso desierto blanco. Avanzaba lentamente. Mis rodillas temblaban; mis pies marcaban las diez y diez; me caía frecuentemente. Todo esto, añadido al hecho de que no experimentaba apenas el deseo de buscar transversiones, me llevó a pensar que me estaba debilitando. Comprobé que mis pensamientos rehusaban elevarse más arriba de mi estómago. Estaba a punto de perder el control de mi destino y de la expedición.

He aquí lo que era grave. Cuando el jefe abandona, el equipo se disgrega.

¿Quién sabía qué luchas se libraban allí abajo? ¿Iba yo a ser el primero en flaquear?

No, no flaquearía. Ya era tiempo —me dije— de dejar de compadecerme de mí mismo, de mi suerte. Me había repetido largamente que yo tenía motivos para quejarme, y como no tengo la costumbre de mentir, me lo había creído. El remedio era evidente: debía mantener propósitos reconfortantes.

Me dije que tenía las rodillas seguras y los pies rectos. Me dije que a cada paso adquiriría fuerzas nuevas. Me repetí que mis dolores de estómago no merecían

apenas que se hablase de ellos. Me dije que estaba impaciente de encontrar transversiones.

Me hablé todo el día. Estaba a punto de convencerme, cuando al fin de la tarde me imaginé súbitamente que mi vista bajaba, y comencé a temer la ceguera de las nieves. Me repetí que esto no estaba más que en la imaginación. Hice lo posible por persuadirme de esto, y me pareció, al fin, que mi vista mejoraba. Pero cuando llegamos al campamento IV me di cuenta de que los cristales de mis gafas estaban enteramente escarchados.

Encontré a Wish muy bien instalado. Me dio una larga e interesante lista de aparatos científicos que había creído ver durante la ascensión de la víspera. Me tuvo así largo tiempo escribiendo. Reproduciría esta lista aquí, pero temo que no suscite apenas interés, pues se parece mucho a un catálogo de la manufactura de armas de Saint-Etienne.

Dije a Wish que me proponía pasar un día en el campamento IV para aclimatarme, puesto que reemprendería mi avance lo más pronto posible, a fin de llegar lo más arriba que pudiera antes de estar al cabo de mis fuerzas. Esperaba —le dije— que me acompañaría.

Wish me dijo que eso era precisamente lo que él hubiera querido. Pero su permanencia en el campamento IV le había sentado mal y le era imprescindible descender para reponerse. Añadió que eso le permitiría servir en el campamento III de enlace para la transmisión de los mensajes entre nuestros compañeros y yo. Era indispensable —explicó— mantener contacto con los otros, y éste era el único medio práctico para lograrlo.

Espero no dar pruebas de demasiada indulgencia hacia mí si atribuyo a los efectos de la altura la pasajera irritación que me inspiraron las conclusiones lógicas de Wish. Reconocía la lógica de su proceder, pero me pareció que en aquel momento la lógica y Wish se habían ligado contra mí. Esto era mezquino por mi parte, sobre todo si se piensa en la compasión que me había testimoniado Wish en circunstancias análogas en el campamento III.

Después de una frugal cena de lentejas y pemmicam, me encontré suficientemente repuesto y sentí deseos de tener una franca conversación con Wish. Wish era un sabio acostumbrado a mirar de frente a la verdad; por ello vi natural el confesarle que me interesaba mucho en el estado amoroso del equipo y el preguntarle si por su parte tenía novia. Me respondió que esta era una cuestión muy interesante, en efecto. Le dije que esa era mi opinión, y entonces permanecemos por unos instantes silenciosos. Al cabo de algunos instantes, le recordé que no había respondido a mi pregunta; yo esperaba —añadí— que él interpretaría rectamente mi interés. Él me asegura que desde luego, que estaba conmovido del interés que le manifestaba. Pero que él mismo no tenía sobre la cuestión una opinión bien definida. Le afirmé que me encantaría el que se confiara a mí. Me contó entonces su historia, pero lenta y penosamente. ¡El pobre! Tan viva era su emoción, que las palabras le llegaban difícilmente a sus labios.

Había tenido siempre deseos de una novia, me dijo. Ya desde cuando era niño este deseo llenaba su corazón. Pedía siempre al Papá Noel le enviara una, y sus decepciones repetidas le habían llevado a conocer, a una edad muy tierna, un sentido de la desilusión que más de un hombre hubiera podido envidiarle. Cuando descubrió que el Papá Noel no existía, decidió en su pequeña cabeza que no podía tener confianza en sus padres. De ahí a dudar de todo lo que se le decía no había más que un paso. A los seis años ya era un perfecto escéptico.

Me preguntó si yo podía comprender sus sentimientos. Le dije que sí; un niño sensible e inteligente podía muy bien reaccionar de esa forma. Yo tenía, por mi parte, desde hacía largo tiempo, dudas sobre la conveniencia de la creencia en el Papá Noel, y la experiencia de Wish me interesaba vivamente. Le rogué que prosiguiera su relato.

A la edad de siete años había pedido a su padre que le revelara los misterios de la vida, especialmente en lo que concernía a las novias. Pero él juzgó perfectamente increíble lo que se le enseñó; eso le pareció más inverosímil aún —me dijo— que la existencia del Papá Noel. En su confusión, consultó a algunos de sus pequeños amigos que, igualmente desconcertados, interrogaron a sus padres sobre esta cuestión. Las explicaciones que le dieron eran tan variadas y contradictorias, que el pobre niño se encontró confirmado en su opinión de que todo eso no eran más que mentiras. Estaba convencido de que las novias no existían más que el Papá Noel.

Los padres de sus pequeños amigos se habían emocionado de ese súbito interés por un tema tan delicado. Habiendo descubierto quién era el origen de ese movimiento, se reunieron en consejo y, después de madura reflexión, escotaron para comprar al joven Wish una honda, con la esperanza de que eso desviaría sus preocupaciones hacia otros temas.

Aparte de los gastos de vidrios rotos, se mostraron muy satisfechos del resultado. El placer bien natural que experimentaba el niño en poseer un aparato de destrucción desvió efectivamente su atención del problema de las novias, suprimiendo así una tensión interna que hubiera si no podido provocar —¿quién sabe?— quizá una carrera política.

Algunos años más tarde, cuando era estudiante, el interés que había dedicado a este tema se encontró reavivado por una observación hecha de paso por una sirvienta. Consultando obras de referencia y dirigiéndose a las autoridades en la materia, adquirió muy pronto un conocimiento exhaustivo de las creencias establecidas sobre la cuestión. Pero su escepticismo era aún más robusto que su credulidad. A pesar de un vivo deseo de creer, era incapaz. Tenía la impresión —me dijo— de ser el único de toda la raza humana en ser capaz de percibir la penosa verdad y en escapar al confortable espejismo de la ilusión. Llegó a creer que su misión en la vida era revelar a la Humanidad la luz que él solo había sido capaz de distinguir. Era elocuente, hábil en las discusiones, y fundó un grupo titulado "¿De dónde venimos?", cuya divisa era: "¿Adónde vamos?" Escribió incluso una monografía que llevaba por título "Las novias: un

mito patético", que fue publicada por las "Ediciones de la Razón" y cuyas diez ediciones fueron sucesivamente agotadas.

Su negativa obstinada a no creer nada de lo que se le enseñase le llevó a ser expulsado de la Universidad. Los adheridos a su grupo le hicieron una escolta triunfal y le proclamaron primer mártir de la nueva falta de fe. Pero no debía tardar, como muchos jóvenes antes que él, en comprender que el mundo de los hombres y los negocios se parecía muy poco al mundo de sus sueños. Su primero y brutal despertar se produjo un sábado, por la tarde, en el bar "La Ardilla Psíquica". Wish acababa de arengar a los consumidores, como de costumbre, después de haber expuesto, estimaba él, de una forma particularmente brillante y clara, su teoría del escepticismo. Apenas había terminado, cuando un señor de cierta edad, y de un género más bien excéntrico, pronunció algunas frases que tuvieron el don de hacer perder a Wish toda su suficiencia. El desconocido declaró que no negaba a Wish ciertos vagos resplandores prometedores en tanto que escéptico. Pero tenía aún mucho camino que recorrer. Le era preciso aprender la verdad fundamental, a saber: que el verdadero escéptico es escéptico por disposición de espíritu más bien que por convicción; que el ropaje intelectual con que viste su escepticismo no tiene más importancia que las demostraciones del creyente; es decir, que sirve para violar más la verdad que para revelar toda desnuda. Además, sabiendo que su espíritu le permitirá poner todo en duda, el escéptico desprecia el método que consiste en formular su incredulidad; debe contentarse con vivir. Pero incluso —declaraba el viejo señor— esto era ir demasiado lejos. El verdadero escéptico rehusaba incluso creer en sí mismo y en su propio escepticismo. Guardaba una amplitud de ideas indiscernible de la ausencia de ideas; su escepticismo encontraba su última expresión en la aceptación de los prejuicios ciegos como sana base de existencia y como la forma más penetrante de filosofía. He ahí —dijo— cual era la última fe, pues ella despreciaba el pretexto intelectual. Y concluyó afirmando que el verdadero escéptico tenía una fe más robusta que cualquier creyente.

Wish dejó el bar "La Ardilla Psíquica" en un estado de completa confusión. Pasó una noche horrible; se despertó con una violenta jaqueca y un gran disgusto por las bebidas alcohólicas y por las discusiones con señores excéntricos. El nacimiento de esta obsesión marcó en su vida un punto decisivo. No había que discutirlo —me dijo—; absurdo o no, sería en lo sucesivo para él una convicción establecida. Concluyó que puesto que debía vivir aceptando los prejuicios, escogería los más agradables. Se puso a buscar a su alrededor, examinando atentamente todos los prejuicios que encontraba. Inspeccionó así millares: los unos, confortables y tranquilizadores; los otros, penosos y extenuantes; prejuicios vigorosos o débiles; prejuicios personales, nacionales, inofensivos, temibles, antiguos, modernos, científicos, supersticiosos, plebeyos, aristocráticos, prácticos, inútiles, ortodoxos, heréticos... Tenía la impresión —me dijo— de ser un explorador que hubiera caído sobre un cofre que contuviera un tesoro atiborrado de las piedras más raras y más preciosas. Picoteaba aquí y allá. Terminó por seleccionar una colección completa de prejuicios que le durarían toda una vida y le permitirían afrontar cualquier situación. Eligió una carrera y se inscribió en un partido político.

El orgullo de su colección era ese deseo que le había cobijado siempre su corazón: el deseo de tener una novia. El prejuicio había dado vigor a lo que la razón había casi destruido. Con una alegría matizada de respeto, también con el sentimiento de un milagro cumplido, quiso devolver a su lugar este viejo deseo.

Pero no entraba.

Ensayó en un sentido; después, en otro. Lo examinó bajo todas las costuras. Lo razonó. Leyó largos pasajes de los clásicos. Se mintió. Tomó consejo de todos lo que podrían decirle lo que el deseaba oír.

Todo fue en vano.

Wish dijo que se preguntaba si yo podía comprender sus sentimientos. Había llegado —me dijo— a la convicción de que la opinión popular estaba fundada. Podía probárselo por todos los procedimientos intelectuales conocidos. Además, él no pedía más que compartir esta opinión. En una cierta medida, él creía en ello también, pero no completamente. Había siempre una reserva en el fondo de su espíritu, y, a medida que el tiempo pasaba, la convicción poco a poco se establecía en el de que todo eso no era más que un complot destinado a engañarle; un vasto complot que englobaba en su seno a los autores de libros y a los propios amigos de Wish.

Me preguntó si yo no encontraba que él pecaba por exceso de imaginación. Le dije que, bien al contrario, su relato me apasionaba, pues yo mismo había conocido una experiencia muy semejante a la suya, aunque menos intensa. Me había ocurrido cuando fui a Escocia a reunirme con unos amigos para hacer alpinismo. A medio camino, en la carretera —iba en bicicleta—, comencé a poner en duda la existencia de Escocia; me pregunté si no había sido inventada para ponerme en ridículo. Todos los libros que yo había leído, todos los chistes de escoceses avaros, el Macbeth de Shakespeare, las canciones del Loch Lomond y de Bornie Charles, todo eso formaba parte de un vasto complot. Las gentes del Norte que pretendían venir a Escocia entraban en la conjuración; su acento había sido inventado por la circunstancia. Yo estaba cerca de Berwick, sobre el Tweed; iba a ponerme en ridículo ante millares de bromistas que habían consagrado su vida entera a sostener esta broma. Llegué a un tal grado de aprensión, que muy pronto fui incapaz de seguir rodando en bicicleta. Me dije que si tomaba el tren evitaría ser descubierto, pues si Escocia no existía verdaderamente, la Compañía de Ferrocarriles lo sabría, ciertamente, y no vendería billetes. Pero cuando llegué a la agencia de viajes comprendí, de repente, que tan en ridículo me pondría queriendo comprar un billete como queriendo ir a Escocia en bicicleta. Me di cuenta igualmente de que si había efectivamente complot en aquello, la Compañía de Ferrocarriles participaría en él y tendría falsos billetes dispuestos en todas las ventanillas, en el caso de que yo me presentara en ellas. Pero era demasiado tarde para retroceder. Compré un billete para Berwick, y hubiera jurado que el empleado que me lo vendió tenía un aire decepcionado. Una vez en el tren, me entregué a una discreta encuesta cerca del personal y de mis compañeros de viaje, examiné las etiquetas de los equipajes y concluí que si todo eso formaba

parte de un complot, estaba notablemente organizado. Decidí que Escocia constituía un riesgo calculado que valía la pena de acometer. En Berwick descendí del tren y franqueé la frontera en bicicleta.

Wish declaró que este era exactamente el género de sentimientos que experimentaba en lo que concernía a las novias. Desgraciadamente, no había podido encontrar solución tan fácil como la mía. Había conocido a una joven que era exactamente el género de mujer que hubiera deseado tener por novia si hubiera podido persuadirse a creer en su existencia. Tan vivos eran sus sentimientos, que decidió correr todos los riesgos pidiéndole relaciones. Ante su gran encanto, ella accedió.

Eso había ocurrido justamente antes de nuestra partida de Inglaterra. Durante algunos días Wish había sido el alpinista más feliz de la tierra. Su más caro sueño de la infancia se había realizado. Por un poco, hasta hubiera podido creer en el Papá Noel.

Después vino la duda. ¿Era esto verdad? ¿Podía ser eso verdad? ¿Su novia no era del complot? ¿No iba él, a nuestro regreso, a exponerse al ridículo ante toda la nación?

Desde entonces había estado desgarrado entre el amor y el temor, y no había conocido un momento de paz. Nadie podía imaginar los tormentos por que había pasado.

Lanzó un gemido muy afligido. ¡Pobrecillo! Traté de tranquilizarle diciéndole que sus temores no eran más que imaginarios; pero ¿qué podía yo contra toda una vida de escepticismo? Le dije que yo no sería feliz hasta que no le hubiera tranquilizado. Le supliqué me dejara compartir sus preocupaciones, a fin de poder ayudarle en esta lucha. Él me testimonió un reconocimiento patético, pero no quiso oír hablar de eso.

Yo ya tenía —me dijo— bastantes responsabilidades. Tendría que soportar él su fardo del mejor modo posible y afrontar sin concesiones la situación a nuestro regreso a Inglaterra. Me agradeció el haberle escuchado, pero añadió que las cosas serían más fáciles para él si no volviéramos a hablar nunca de todo eso. Se lo prometí, la garganta apretada, y me hice el voto de en lo sucesivo pensar menos en mis propias preocupaciones.

Capítulo XII **NO LO BASTANTE ALTO**

Al día siguiente, por la mañana, vi partir a Wish para el campamento III. Permanecí algún tiempo en mi saco de dormir meditando sobre su triste aventura. Qué extraño —pensé— que mis compañeros —con la excepción quizá de Shute, con el que aún no había tenido ocasión de charlar— hayan conocido experiencias tan insólitas y tan melancólicas. ¡Cuán poco se sospecha de los secretos que encierra el corazón humano! ¡Cuán raramente se adivina que un corazón roto se disimula detrás de una alegre sonrisa! Resolví que aquella sería una lección que no olvidaría; éramos todos compañeros en el

sufrimiento. Decidí que jamás volvería a juzgar a nadie por su exterior, por impenetrable que pudiese parecer.

En aquel momento Pong entró con mi desayuno. Al ver su apariencia impenetrable, comprendí de repente que él también era, después de todo, no más que un ser humano como nosotros. ¿Quién sabía qué sufrimiento, qué desolación se ocultaba detrás de aquel rostro aplastado y poco tranquilizador? Mientras sufría el suplicio del desayuno, medité sobre este problema. ¿No habíamos sido quizá poco caritativos con Pong? El pobre era el paria de la expedición. Nadie parecía amarle. Quizá su soledad fuese para él un intolerable sufrimiento. ¿No estaría deseando con todo su ser una palabra amable o una sonrisa?

Este solo pensamiento me entristecía casi. Rechacé el plato y fui a la tienda de Pong. Lo encontré afilando un cuchillo sobre una piedra. No me concedió la más mínima atención. Al cabo de un momento, se puso a rallar un trozo de roca. Pensé que más valía dejarle acostumbrarse a mi presencia antes de entablar conversación con él; me senté, pues, y le observé. Después de haber cortado un pedazo de cuerda y haber picado menudamente un viejo calcetín, lanzó el todo en la marmita en la que cocía el pemmicam y removió la mezcla durante cinco minutos, añadiendo un poco de arena y de parafina a guisa de aderezos. Terminó por verter la mixtura en un plato, se echó un poco sobre un trozo de cuero y le hincó el diente.

Vi la ocasión que buscaba. Después de haber atraído su atención por una tos discreta, designé el cuero; después mi boca.

No pareció comprender lo que quería decir. Repetí mi gesto; después hice intención de masticar y sonreí, frotándome el estómago. Tendió su mano lentamente hacia adelante, como si no estuviera muy seguro de lo que yo quería. Cogí el trozo de cuero, le arranqué un bocado y después se lo devolví.

Masticamos en silencio. Dejé que la situación se afirmara unos minutos; después tosí de nuevo. Encantado, vi que Pong ¡tosía también! Cogí una de sus cacerolas, y sobre la base, ennegrecida por el fuego, con la punta de un tenedor dibujé un grosero esbozo de novia yogistanesa. Designé sucesivamente con el dedo a Pong, después el dibujo, y alcé las cejas en una mímica interrogativa. No parecía haber comprendido. Continué alzando las cejas, y súbitamente el hizo otro tanto. Aproximó su rostro al mío y alzó las cejas al mismo tiempo que yo.

Proseguimos durante algún tiempo este manejo. Yo no quería detenerme, por temor a vejarlo.

Se produjo entonces algo extraño sobre el rostro de Pong, algo completamente indescriptible, que no se parecía a nada de lo que yo había visto nunca ni a lo que yo imaginaba posible. Miré, fascinado. ¿Que podía ser?

Después comprendí. ¿Era una sonrisa?

Debo decir que me sentí profundamente conmovido. Que el temible exterior de Pong pudiese dejar aparecer una sonrisa me parecía casi un milagro. ¿Qué indecibles emociones habían podido provocarla? Empecé con un febril ardor la tarea de aclarar este misterio.

No cansaré al lector enterándole de todas las etapas por las que pasamos Pong y yo antes de establecer un lenguaje por signos que nos permitiera al fin comprendernos. La cosa podría parecer imposible, pero yo he tenido a menudo la ocasión de comprobarlo: la buena voluntad es el mejor de los intérpretes.

Le hablé de mi familia y describí mi casa natal. Le hablé con calor de nuestra cocina inglesa y le di una o dos recetas. En revancha, él me enseñó como freír caucho y me confió que estaba diplomado en los cursos de cocina por la Universidad del Yogistán. Al fin, después de horas de esfuerzos —pues tenía tendencias a perderse en divagaciones—, le llevé a hablarme de su novia.

No había tenido nunca deseos de tener una novia. El tenía —me dijo— un temperamento de artista que creía incompatible con los sentimientos y el comportamiento de un prometido. Insistió en hacerme comprender que no tenía nada contra el sexo opuesto —bien al contrario—, pero que su alma de artista se rebelaba contra la reglamentación que implicaban forzosamente los noviazgos oficiales. La costumbre yogistanesa quiere, desgraciadamente, que los niños sean prometidos a una edad muy tierna, a consecuencia de los arreglos concertados entre los padres. Así es como Pong fue ennoviado largo tiempo antes que se manifestase su temperamento refinado; desde que este se reveló. Pong se encontró en discusión con su familia y con su novia. Pong siempre había tenido horror a las discusiones; su alma delicada no estaba en armonía más que con los acordes más sutiles de la vida social. Parecía estar entonces en una discusión permanente e irremediable con la sociedad en general, y con su familia en particular; esta revelación provocó en él una crisis espiritual. Estimó que le era necesario elegir de una vez para siempre entre su arte y su corazón; podía ser un artista o un amante, pero no las dos cosas a la vez. El conflicto era terrible. Pong me dijo que nadie se podía imaginar lo que había sufrido. Hasta entonces, siempre había estado dispuesto a aceptar a su novia; experimentaba un sincero afecto por su familia y sus amigos. Y he ahí que una imperiosa necesidad le obligaba a abandonarlos a todos para seguir el camino solitario de su vocación.

Había vivido durante meses en las torturas de la indecisión. Y la parecía que su alma estaba desgarrada en dos. Pero un día le ocurrió algo que forzó la decisión. Pasaba, como de costumbre, la tarde de un sábado en casa de su novia, que tenía la costumbre de prepararle alguna golosina a su bien amado. Se instaló, pues, en la mesa, se puso la mano derecha sobre la cadera y adoptó una expresión de amable impaciencia. La joven entró orgullosa y depositó un plato ante él.

Un instante más tarde. Pong lanzaba un grito de horror y rechazaba su plato. La pobre novia quiso poner una mano sobre el brazo de Pong, pero él la separó y se precipitó fuera de la casa.

Todo el día y toda la noche se la pasó en la montaña. Cuando descendió por la mañana, ya no era el mismo: se había convertido en un hombre decidido a dedicarse a algo. Desde aquella mañana se había consagrado a su arte. Su novia, su familia, sus amigos, todos le abandonaron; él era de una extremada intransigencia, y nadie le amaba lo bastante para comprenderle y para aceptar solamente el segundo lugar en la escala de sus afectos.

Se convirtió en un paria, no por su culpa ni por un propósito deliberado, pues era de carácter muy sociable, sino porque el artista estaba obligado a andar solo por las alturas desiertas que son su dominio.

Y a medida que su habilidad se desarrollaba, que su intuición se afinaba, su deseo de compañía se agudizaba en él hasta el punto de convertirse en algo casi intolerable. Pero la violencia misma de esta necesidad de amistad no era más que una barrera más que le separaba de sus semejantes. En las raras ocasiones en que revelaba sus sentimientos, su intensidad misma enloquecía al hombre del que hubiera querido ser amigo. Y su soledad no hizo más que crecer.

Terminó por renunciar a todo esfuerzo que tendiera a alcanzar a sus semejantes. Se retiró completamente a su mundo interior y volcó sobre su arte todo el ardor de sus afectos. Después de haberse diplomado, se entregó a experiencias personales y fundó una nueva escuela culinaria, que fue saludada por los elementos radicales del país como la encarnación misma del espíritu moderno. Fue universalmente honrado y respetado, pero jamás amado.

Ahora —me dijo— había cumplido la gran obra de su vida. Jamás subiría más alto. El resto no sería más que repetición. Permanecería reconocido a la vida por haber querido utilizar sus servicios; abrigaba la voluntad de envejecer con gracia y la esperanza profunda e inquebrantable de que aún podría encontrar la amistad de un semejante.

* * *

Tal era, si había comprendido bien, la historia de Pong. Cuando hubo terminado, el silencio reinó algunos minutos en la pequeña tienda. Ni él ni yo formulamos el menor gesto. Después, con el suspiro de un hombre que redesciende sobre la tierra después de una incursión por el país de los sueños. Pong sacó su petaca y me ofreció una pipa de groka. Yo tenía ya el corazón demasiado lleno para intentar semejante aventura; murmuré, pues, un vibrante: "No, gracias, mi viejo", y salí corriendo de la tienda.

De regreso en la mía, escupí el trozo de cuero y me metí en mi saco de dormir. Quedé largo tiempo pensando en la extraña historia de Pong y tratando de imaginar cómo se podía expresar en lenguaje de signos la palabra maestro. La expedición parecía muy lejos, y todo lo que con ella se relacionaba parecía extrañamente irreal. Terminé, sin embargo, por reencontrar el sentido de mis responsabilidades. ¿Dónde estaban los demás? ¿Qué debía yo hacer?

Una violenta crispación de los intestinos me dio una parte de la respuesta. Era inútil pretender que no tenía una penosa digestión. Un Pong convertido en amigo no sería por eso mejor cocinero que antes. No tenía más comprimidos antidispépticos. Si no recibía socorros muy pronto, estaba perdido.

Me apoderé del walkie-talkie y lancé llamadas frenéticas. Para mi gran alivio, tomé contacto con Wish, que estaba en el campamento III. El se había comunicado ya con Constant y Shute, que habían avanzado hasta el campamento II. Burley y Jungle estaban todavía en el campamento I.

Estas eran excelentes noticias. Todo el equipo parecía, al fin, estar en contacto.

Pronto descubrimos que yo estaba fuera del alcance del campamento II; no podía hablar con ellos más que por medio de Wish. Wish, por su parte, no podía comunicar con el campamento I; debía para esto utilizar el campamento II como enlace. Pedí a Wish que rogara a Constant en el campamento II y a Burley en el campamento I estuvieran a la escucha. Mientras que él tomaba estas disposiciones, traté de establecer planes para el asalto de la cima, que se encontraba aún a dos mil trescientos metros por encima de mí. Pero los únicos planes que yo era capaz de examinar eran los que concernían a mi digestión. Decidí que era imprescindible me enviaran urgentemente comprimidos antidispépticos por portador. Todavía quedaban en las reservas farmacéuticas del campamento I.

Cuando Wish me llamó, su voz era muy débil y yo elevé el tono diciéndole que hablara más alto. En lugar de seguir mis consejos, se puso a hablar con una voz más débil aún. Me di cuenta después que yo hablaba demasiado fuerte y que él, como se hace en estos casos, había bajado instintivamente el tono. Apenas si yo le oía, y entonces yo gritaba, lo que hacía vibrar su receptor y ensordecía al pobre Wish. Ni él ni yo comprendíamos una palabra de lo que decía el otro. Hubiéramos quizá terminado por renunciar si, una vez que hice una pausa para recobrar el aliento, no hubiera yo oído a Wish decirle a Constant que yo aullaba hasta romperle el cráneo. Esta observación me iluminó, y Wish pudo decirme que todos estaban a la escucha.

Pero justamente en el momento en que yo iba a hablar comenzaron a oírse crepitamientos en el receptor. Desde entonces nos fue muy difícil hacernos comprender. Para agravar aún más las cosas, olvidamos, en nuestro entusiasmo, los consejos de Jungle y nos pusimos a hablar como en una conversación ordinaria. He aquí lo que eso dio:

Yo a Wish.— Diga a Burley que me envíe seis paquetes de tabletas para el estómago al campamento cuatro.

Wish a Constant.— Diga a Burley que envíe seis paquetes de setas al campamento cuatro.

Yo (que había oído esta última frase).— No; lentejas, no; tabletas.

Wish.— Yo no he hablado de almejas.

Yo.— Yo no le he dicho que haya usted hablado de eso.

Constant a Wish.— ¿Cómo? ¿Qué no ha hablado usted de fresas? Ya lo sé; usted ha dicho setas.

Wish.— ¡No, no! Hablaba con Lazo de Unión. El dice que no quiere lentejas. ¿O eran almejas? En fin, de todas formas, que no quiere.

Yo.— Pero, sí; ¡claro que quiero!

Wish a Constant.— Dice ahora que si quiere.

Constant.— ¿Que quiere qué?

Wish.— Pues..., pues... ¡Un segundo! Lazo de Unión, se trataba de setas o fresas?

Yo.— ¡Oh cielos!

Wish a Constant.— Dice que quiere huevos.

Constant.— Ya sabe que los hemos roto todos en el tren. ¿No cree usted que está loco?

Yo.— ¡No! ¡Huevos, no!

Wish a Constant.— Yo creo que sí. Acaba de llamarme cielo.

Constant.— Eso es serio. Debe estar delirando. Pregúntele si conoce a Jungle, para ver.

Wish.— Lazo de Unión, Excelencia querría saber si conoce a Burley.

Constant.— Yo no he hablado de Burley, ¡idiota! He dicho Jungle.

Wish.— Yo no he hablado de Shirley.

Yo a Wish.— Ya lo sé que no.

Constant a Wish.— Yo no he dicho eso.

Wish.— ¿Quieren callarse todos un momento? Me van a volver loco.

Burley a Constant.— ¿Qué pasa, Excelencia? ¿Qué significa todo eso?

Constant.— Pasa que ojalá Lazo de Unión y el sabio se volvieran mudos.

Burley.— ¿Desnudos? ¡Con el frío que hace!

Wish a Constant.— ¿Qué les pasa? ¿No pueden callarse un segundo mientras yo reflexiono?

Constant a Wish.— Si quiere usted reflexionar, no tiene más que cerrar su satánico receptor.

Burley a Constant.— ¿Quien quiere reflexionar? ¿De qué hablan ahora?

Yo a Wish.— Yo no he dicho nada. ¿Está usted seguro que se encuentra bien?

Wish.— Me encuentro muy mal.

La cosa iba mal. Pero por lo menos hasta aquí habíamos logrado sincronizar las operaciones tan bien, que cuando A hablaba, B estaba a la escucha, y viceversa. Después todo empezó a ir peor. A y B hablaban los dos al mismo tiempo y no estaban ni el uno ni el otro a la escucha. Según toda probabilidad, ya hablábamos todos al mismo tiempo, ya nos poníamos todos a la vez a la escucha y nadie hablaba. Por un largo tiempo aquello fue el caos. Estoy persuadido que no hubiéramos tardado en volvernos locos los unos a los otros, o que al menos se hubiera resentido nuestra fe en el racionalismo del comportamiento humano y en el control que el hombre ejerce sobre su destino. Pero, afortunadamente, nos fue evitada esta catástrofe. En medio del tumulto resonó una voz; una voz dulce, bien timbrada, un poco pedante; una voz competente: "Vagabundo a Excelencia. Vagabundo a Excelencia. ¿Me oye? Terminado... Vagabundo a Excelencia. Vagabundo a Excelencia... ¿Me oye? Terminado..."

Constant dijo que tuvo la impresión de oír la voz de un ser superior.

En medio de los ruidos y de los fenómenos de distorsión, las frases familiares resonaban claras y bien reconocibles. La melopea monótona que nos había parecido tan rara cuando nos entrenábamos en el campamento de base expulsó a los parásitos; el oído, no teniendo ya qué dudar entre los graves y los agudos, pudo ignorar las interferencias. El mensaje no dejó a Constant ninguna duda sobre la identidad de su interlocutor. Constant se entregó con alegría al ritual: "Excelencia a Vagabundo. Excelencia a Vagabundo. Le oigo muy bien..."

Wish al oírlo, me puso al corriente, y la conversación siguió sin equívocos. Burley me prometió enviarme las tabletas gastrointestinales por la mañana. Jungle y él no se sentían aún muy seguros de ellos e iban a prolongar un poco su permanencia en el campamento I. Constant y Shute se quedarían en el campamento II para descansar de su ascensión. Wish se quedaría en el campamento III. Este arreglo permitiría guardar el contacto por radio. Decide que, puesto que no recibiría hasta por la tarde del día siguiente mis medicamentos para el estómago, yo podía hacer una jornada de trabajo mientras tuviera fuerzas para escalar. Subiría tan arriba como pudiera y dejaría sobre el lugar el equipamiento del campamento V y redescendería al campamento IV.

* * *

Pasé una noche agitada y me desperté muy cansado. Pong, cuando me trajo el desayuno, estaba tan impenetrable como siempre; todo lo más, se permitió en mi presencia un vigoroso eructo, lo que jamás había ocurrido hasta entonces. Me pregunté por un momento si no comenzaba a abusar de la simpatía que yo le había testimoniado; pero me reproche en seguida este pensamiento poco caritativo.

Cuando convoqué a So Lo, también este se permitió un regüeldo en mi presencia. Si no se trataba de una conspiración, era, desde luego, una notable coincidencia. Decidí en lo sucesivo abrir el ojo. Es poco agradable saber que abusan de uno. Además, ante el deseo de no ser tornado por un imbécil, o de considerarse a sí mismo como tal, no se sabe nunca si se debe despreciar a la otra persona por haber abusado de la bondad de uno, o si se debe uno despreciarse a sí mismo por haberlo sospechado sin justificación. Fue, pues, con sentimientos mezclados como comencé mi jornada de ascensión.

Dejé, como de costumbre, a So Lo tomar la cabeza —de hecho, hubiera sido difícil impedirselo— y traté de hacer planes para el porvenir y de mantener la mirada alerta a las posibles transversiones o alucinaciones, al tiempo que el oído tenso, por si percibía un nuevo fenómeno de eructación en los portadores.

Experimenté nuevos y vivos dolores en la región de la cintura; el esfuerzo de escalar y de respirar me era cada vez más penoso. Mi espíritu comenzaba a errar. Me pareció por un momento que mis compañeros habían llevado con ellos sus novias y sus familias; en algún sitio por debajo de mí se apretaba una muchedumbre: Prone con su horrible esposa y sus retoños, Burley y su desgraciada novia. Constant y Travers —entonando a coro canciones de marinos—, Jungle y su cohorte de amores perdidos, y el pobre Wish con su novia, en la que no llegaba a creer verdaderamente. Todos eran buenos amigos míos —incluso la familia de Prone—, y me dije que debería hacer algo por ellos. "Vamos, Lazo de Unión", me dije. Pero esto era más fácil de decir que de hacer. Inútil tratar de convencerme de que no me dolía el estómago. Me di cuenta que mi moral estaba ya debilitada por las mentiras que me había prodigado cuando mi última ascensión. Tratar de engañarse a sí mismo era una locura y una cobardía. Debía afrontar la verdad cara a cara y aceptaría con el corazón alegre. Aceptar la verdad era aceptar la vida, y la vida misma me recompensaría.

Comencé por mis dolores de estómago y traté de aceptarlos con el corazón alegre. Que mi dolor —pensé— sea la ofrenda que aporte al altar de la vida y de la amistad. Yo lo soportaría valientemente por Pong. Eso parecía muy sencillo, pero carecería de resultado si sospechaba que Pong abusaba de mi bondad. En el interés de la expedición, tenía que creer en Pong. Después de todo —me dije—, el yogistanés habla con el estómago. Quizá estos eructos signifiquen "buenos días" en yogistanés.

Expulsé, pues, estas sospechas y me esforcé en reunir a Pong, a mis compañeros, a mis dolores de estómago y a mis otras molestias en un solo y mismo éxtasis. "¡Quiero vivir!", grité, y me caí todo lo largo que era.

Me levanté y añadí una nariz dolorida a mi éxtasis. Martirizado de alegría, me esforcé en recobrar el camino. Y poco a poco mi avance se hizo más fácil. Me maravillé de verme escalar como no había escalado desde hacía muchos días. ¿Había descubierto el secreto de la vida y de la energía? La pendiente me parecía apenas perceptible; se hubiera dicho que marchábamos sobre terreno liso.

Levanté los ojos y paseé mis miradas alrededor de mí. ¡Estábamos en terreno liso!

Di algunos pasos y tropecé con So Lo, que había hecho alto. Me inmovilicé, recobrando mi aliento; después mire ante mí, preguntándome qué obstáculos podían esperarnos.

Ante mi profunda estupefacción, no había obstáculos. ¡Estábamos en la cima!

Por segunda vez desde el principio de nuestra expedición dude de mi razón. El Khili-Khili culminaba en trece mil trescientos cincuenta metros por encima del nivel del mar. O yo estaba loco, o lo estaba mi barómetro, pues nos encontrábamos a once mil seiscientos metros solamente. ¿Que había podido pasar?

Fue entonces cuando comprendí. Al Este, una magnífica montaña dirigía hacia el cielo su cima brillante, a unos mil setecientos metros por encima de mí. *Nos habíamos equivocado de cima.*

Capítulo XIII **¡VICTORIA!**

Me sentía empequeñecido y aislado, estremecido al frío mordiente en la cima del Guili-Guili. La cumbre majestuosa del Khili-Khili se elevaba ante mí, a menos de dos kilómetros de distancia; pero entre nosotros se interponía la garganta del Enigma.

Mis pensamientos regresaron a aquella tarde, que me parecía tan lejana, cuando habíamos hecho alto en la cima del Voiajenkar, el corazón latiendo de esperanza y todos impacientes por afrontar la montaña. Todos nuestros esfuerzos, todos nuestros sufrimientos, todos nuestros planes habían sido vanos. Habíamos traicionado la confianza de los que nos habían elegido. Eramos unos fracasados, unos impostores; el mundo entero iba a reírse a nuestras expensas y con justa razón.

Pensé en mis camaradas que luchaban contra la fatiga física, que reagrupaban sus fuerzas con el pensamiento puesto en la tarea que creían les esperaba; los imaginé progresando lenta pero valientemente por el flanco de la montaña, y todo eso para nada. Esto me parecía infinitamente patético. Tenía la garganta apretada, y tuve que hacer un gran esfuerzo para retener las lágrimas, indignas de un hombre.

Contemplé la cumbre del Khili-Khili, tan serena en su pureza inviolada, y por un instante tuve la ilusión de que la diosa de la montaña rechazaba con desprecio a las ínfimas criaturas que habían puesto sobre sus pendientes sus sacrílegos pies; que ella les lanzaba un desafío, que lanzaba un desafío a la Humanidad entera. Ella era la que nos había extraviado y la que extraviaría o destruiría a todos los que posaran el pie sobre ella.

Me pregunté si la montaña sería vencida alguna vez.

Y mientras la contemplaba, conocí súbitamente la respuesta.

Sobre las largas pendientes de la cima, un pequeño punto negro acababa de aparecer. Lo vi elevarse lentamente. Detrás de él iba otro punto negro.

¡Hombres!

¿Quiénes podían estar sobre nuestra montaña? Sentí subir en mí una ola de indignación. ¿Quién había osado abordar en secreto nuestra montaña y vencería antes que nosotros para ridiculizarnos?

¿Quién?

Los tres puntos seguían subiendo. Detrás de ellos aparecieron otros puntos, solos o por grupos de dos o tres. Eran diez, veinte, docenas, veintenas; la virginal blancura de la cumbre estaba ahora sembrada de puntos.

¡Los portadores! No podían ser otros; Noventa y dos de entre ellos se habían quedado en el campamento de base. Había debido todos, o casi todos, escalar la montaña.

Pero ¿por qué?, ¿Por qué?

Y, ante todo, ¿dónde estaba Prone? ¿Estaba con ellos o le habían abandonado? ¿Estaba en la cabeza de aquellos puntos negros?

Me precipité sobre mi walkie-talkie. La distancia sobrepasaba el alcance normal del emisor, pero quizá en una atmósfera tan pura fuera posible el contacto. Manipulé frenéticamente la señal de llamada, diciendo:

"Lazo de Unión a Enfermizo. Lazo de Unión a Enfermizo. ¿Me oye? Corto."

Ninguna respuesta. Re comencé aun, y luego otra vez. Estaba poseído por el frenesí.

So Lo y Pong estaban plácidamente sentados sobre sus cargamentos y miraban a sus compañeros sobre el Khili-Khili sin manifestar el más ligero signo de interés. Todo eso les parecía entrar en la rutina cotidiana. Los puntos negros se separaban en grupos. Se levantaban tiendas. Se aprestaban, evidentemente, a acampar sobre la cima de la montaña.

Insistí en mis llamadas.

Al fin, ante mi inmenso alivio, oí una voz debilitada que decía:

"Enfermizo a Lazo de Unión. Enfermizo a Lazo de Unión. Le recibo en fuerza II. ¿Me oye? Corto."

Y me contó su increíble odisea. El día que Constant y yo habíamos dejado por última vez la base avanzada, los portadores habían comenzado a embalar todo el equipo que nos habíamos dejado en el campamento de base. Cuando todo había estado dispuesto, habían desmontado la tienda de Prone, haciéndole comprender por signos que era preciso que saliera de su saco. Pensando que obedecían ordenes de Constant, que les habría encargado instalaran el campamento en sitio más seguro, Prone lo había hecho. Nuestro amigo, que sufría en la circunstancia catalepsia latente, fue echado a espaldas de un portador.

Ante su viva sorpresa, en lugar de dirigirse hacia el sitio escogido, habían marchado rectos hacia la cara Norte y comenzado a escalarla. Prone gritó y protestó, pero sin que el portador que le llevaba le prestase la menor atención. Dio patadas, lanzó aullidos, golpeó a puñetazos la cabeza del portador. Este soportó este tratamiento durante algún tiempo sin decir nada; después precipitó a Prone sobre el suelo y continuó su marcha, dejándole allí. Muy alarmado, Prone se precipitó detrás de él con paso vacilante y le rogó que se detuviera. El portador hizo alto, esperó a que Prone le alcanzase, se lo echó a la espalda y siguió subiendo. Prone, completamente desmoralizado, se instaló tan confortablemente como pudo y se durmió.

Se despertó cuando se le depositaba en el interior de su tienda. Después de una breve mirada sobre el paisaje, creyó adivinar que estaban acampados sobre el col Sur. Se le dio de comer y se le entregaron sus cosas personales. Después de haberse cuidado de un ataque de fiebre de Malta, se instaló para la noche.

Al día siguiente, por la mañana, los portadores levantaron el campamento, llevándose a Prone. Sin conceder ninguna importancia a sus protestas, el mismo portador cargó con él y partieron todos.

Habían así marchado con obstinación hasta el momento en que habían alcanzado la cima. Prone dijo que no había sido jamás más desgraciado en su vida. El relato de lo que había sufrido —dijo— hubiera hecho palidecer al más rudo colono. El Khili-Khili era una montaña más dura de lo que había imaginado aun en sus momentos de mayor pesimismo. Durante toda la ascensión había sido llevado por el mismo portador: Hob Skur.

Compadecí sus desgracias y le di mis noticias. Estudiamos entonces lo que convenía hacer. Era evidente que había que hacer descender a Prone al campamento de la base. Pero ¿cómo? Guiado por mis consejos. Prone trato de persuadir a sus hombres por señas de que había que descender; pero ellos no hicieron ningún caso a sus gestos. Habían terminado de montar las tiendas.

Los que no estaban ocupados en preparar las comidas, estaban sentados y fumaban, aparentemente muy satisfechos de su situación. Prone declaró que no había esperanza.

Yo no podía imaginar —le dije— cómo había podido pasar eso. Prone me respondió que él, sin embargo, sabía exactamente a que atenerse respecto a eso. La palabra yogistanesa que designa el pie de una montaña era evidentemente la misma que la que designa la cumbre, salvo en alguna intensidad del borborigmo o alguna otra convulsión interna que Constant había imperfectamente formulado. Según Prone, los portadores se quedarían allí, a menos que Constant no les diera orden expresamente de descender o que empezasen a faltar los víveres. El esperaba, de todos modos, estar muerto antes que una u otra de estas soluciones interviniese.

Le supliqué que resistiera por nosotros. Le declaré que sus sufrimientos no habían sido vanos. ¿No habíamos, después de todo, alcanzado la cumbre del Khili-Khili? Incluso habíamos hecho más de lo que esperábamos, pues habíamos vencido a la vez al Khili-Khili y al Guili-Guili.

Prone respondió que en los años venideros, si alguna vez tenía de nuevo la ocasión de sentarse confortablemente ante un buen fuego, este hecho podría procurarle una cierta satisfacción. Para el presente cuarto de hora, eso no era más que una gota de agua en un océano de infortunio. Me suplicó que le hiciera descender de allí. Para reconfortar al pobre, le prometí que lo haría; pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Nos dijimos adiós y descendí hacia el valle con mi pequeña escolta.

En el campamento IV encontré mis preciosas tabletas antidiarréicas. Llamé a Wish y le anuncié la noticia. Le dije que estaría en el campamento II al día siguiente y en el campamento I al otro día. Tomé una frugal comida y me acosté temprano. So Lo y Pong vinieron a eructar a mi tienda; creí que querían decirme con ello "Buenas noches".

Fue un doble eructo lo que me sacó de mi sueño al día siguiente por la mañana. Mire con desconfianza a los dos yogistaneses, pero Pong había traído un trozo de cuero, pensando que me gustaría comerlo con las lentejas y el pemmicam. Esto me pareció un gesto amistoso, y me avergoncé de mis sospechas.

Guardo pocos recuerdos de los dos días siguientes. A nueve mil metros llamé a los otros y les pedí que me guiaran hasta el campamento I. Se mostraron muy amables, pero sus detalladas instrucciones no sirvieron más que para hacerme dar vueltas. Me hizo feliz, sin embargo, oír de nuevo la voz de Burley. En fondo sonoro, mientras él me hablaba, yo oía ecos de canciones, y de vez en cuando una voz amistosa intervenía en la conversación para preguntar: "¿Como está ese viejo Lazo de Unión hoy?", o bien: "Lazo de Unión, mi viejo, ¿le he contado alguna vez el chiste de la joven que iba a comprar huevos?", y así seguían. Burley mismo propuso cantarme algo. Esto era muy amable por su parte, y después de tantas jornadas solitarias, eso me conmovía hasta las lágrimas; pero esto no me ayudaba a encontrar el campamento I.

Terminé por renunciar a ello. Anuncié que iba a descender hasta la base avanzada y les dije que me siguieran al día siguiente. Burley consultó a los demás, y oí a Shute decir: "¿Por qué no? De todas formas, ya no queda más." Sin duda, se refería a la película cinematográfica.

He discutido después con Totter el misterio del campamento I. ¿Por que no logré jamás descubrirlo, a pesar de las instrucciones repetidas que se me prodigaban? ¿Por que Constant había podido encontrarlo tan fácilmente cuando había descendido del campamento II? ¿Y por qué a los otros, especialmente a Burley, que no había subido de allí, les costaba tanto trabajo dejar el campamento? ¿Se trataba de un fenómeno climático local comparable a la atmósfera enervante que se encuentra a veces sobre un glaciar? No llegamos nunca a una explicación satisfactoria. Hasta hoy, el enigma del campamento I continua sin solución.

Descendí, pues, a la base avanzada, y un día más tarde estábamos de nuevo todos reunidos por primera vez desde hacia más de quince días.

La cuestión que se planteaba era esta: ¿que se podía hacer por Prone?

El telescopio de Jungle reveló que el campamento de base estaba todavía instalado sobre la cumbre. En cuanto a la nube sombría que planeaba por encima de las tiendas, era, a no dudarlo, el humo procedente de noventa y dos pipas de groku. ¿Tenían la intención de quedarse allí, como se temía Prone, hasta recibir nuevas órdenes o hasta ver agotarse los víveres? Constant consultó a los portadores, que le afirmaron que era esto, ciertamente, lo que iba a pasar. La consigna —dijeron— era la consigna, y la consigna, en tal circunstancia, era transportar el campamento de base hasta la cumbre y esperar allí al resto de la expedición.

Era evidentemente necesario enviar allí a alguien. Pero ¿a quien? Como ninguno de los europeos estaba en condiciones de intentar la ascensión, había que recurrir a los portadores. Constant pidió voluntarios, lo que tuvo resultados decepcionantes. Designó entonces a dos, dándoles la orden de subir hasta la cima. Después de una agotadora discusión sobre las tarifas de las horas suplementarias, cogieron sus sacos y partieron sin manifestar ni entusiasmo ni repugnancia excesivos. Para ellos, aquello no salía de lo cotidiano.

El col Sur no era apenas un sitio para montañeros al límite de sus fuerzas. Al día siguiente descendimos hasta el glaciar y plantamos nuestras tiendas al pie de la cara Norte.

Y allí esperamos.

Capítulo XIV

RETORNO DE LA EXPEDICION VICTORIOSA

Comenzamos por descansar, pues todos teníamos sueño atrasado. Después, habiendo recobrado toda nuestra energía, cada uno de nosotros se dedicó a sus propias actividades. Wish coleccionó numerosas lecturas de instrumentos y anunció con orgullo que tenían una alta importancia. Jungle utilizó el ocio para establecer el mapa de la región. Desgraciadamente, se perdía cada día y había que enviar a un portador en su busca, lo que era extremadamente incómodo para nosotros. Esta costumbre terminó por irritarnos hasta tal punto, que designamos un portador para servirle de guardián, dando a éste instrucciones formales para que recogiese a Jungle y lo trajese al campamento a la caída de la tarde. Una tarde en que no había regresado a la hora normal, Shute lanzó unos cuantos cohetes —que había llevado para filmar escenas de noche—, a fin de guiarlos. Uno de los cohetes cayó sobre la tienda de Wish, que se consumió enteramente con todos los documentos recogidos por nuestro amigo. Wish estaba desesperado. Todo el fruto de su trabajo se había desvanecido en humo. El calor había hecho hervir todo el mercurio de sus termómetros y no podía proceder a ninguna lectura. Y el resto de su material estaba en la cumbre del Khili-Khili. No había podido descubrir sobre la montaña ninguna criatura viva. No le quedaba más que una última esperanza de justificar su presencia: le era preciso consagrar toda su energía a la búsqueda de transversiones. Como Shute no tenía nada que hacer —había estropeado ya todo lo que había llevado de películas y todos sus objetivos—, Wish lo enroló, así como a Burley. Este último estaba ahora completamente aclimatado; estaba tan hirviente de energía como un colegial, y agotaba a Wish y a Shute cuando partían los tres a la caza de la transversión.

Constant, poseído de un deseo siempre tan insaciable de mejorar sus conocimientos de la lengua, pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de los portadores. Se le encontraba a veces errante sobre la nieve, entrenándose en emitir gruñidos, borborigmos y otros fenómenos sonoros que constituyen la esencia misma del yogistanés hablado. Se estimaba generalmente —nos dijo— que el yogistanés era impronunciable por un estómago occidental, y su gran ambición era probar la falsedad de este aserto. Me anunció que estaba al borde del éxito. Presentaba ahora seguros síntomas de la gastritis permanente que es hipodérmica entre los yogistaneses, pues es provocada justamente por su forma de hablar con el estómago. Burley tuvo la falta de caridad de observar que si Constant hubiera contraído esta enfermedad de estómago un poco antes, Prone no se encontraría actualmente bloqueado en la cumbre del Khili-Khili. Recordé a Burley que sin el defecto de pronunciación de Constant, hubiéramos fracasado en nuestra empresa, y felicité a Constant por su gastritis. Era, además, interesante notar que a medida que sus crisis se agravaban. Constant se hacía cada vez más insensible a los efectos de la cocina de Pong y que incluso Llegó a apreciarla. Avanzó la hipótesis de que el método culinario yogistanés es antiirritante a los dolores de la indigestión.

Fuera por lo que fuese, este parecía, en efecto, ser el caso. Hay que lamentar solamente que, cuando regresó a la civilización, fuera completamente incapaz de readaptarse a la cocina occidental. Durante semanas siguió una dieta

severa, experimentando toda clase de mezclas de los alimentos más heteróclitos y todos los medios de hacerlos indigestos. Finalmente, estaba al borde del suicidio, y se disponía a consumir este acto desesperado, cuando tuvo la feliz idea de contratar un cocinero yogistanés.

Envió en seguida cables en todas direcciones, uno de los cuales Llego a Pong. En razón de las dificultades que imponía la transmisión de los gruñidos, borborigmos y otras eructaciones por cable, en razón también de las objeciones planteadas por el Sindicato al que pertenecía Pong, las negociaciones fueron bastante largas, y Constant estuvo a punto de sucumbir. Pero todo terminó por arreglarse. Pong está ahora instalado en el piso de Constant, en Mampstead. Y a casi todas las horas del día se les puede encontrar gruñendo o borborizando en la cocina, vigilando con mirada concupiscente cualquier horrible mixtura, o bien inclinados con aire de éxtasis sobre pucheros donde hierve una espantosa cocción. La última vez que he visto a Constant fumaba una pipa de groku que —me dijo— tenía para él las mismas virtudes antiirritantes.

Pero anticipo. Durante este periodo de ansiedad en el campamento de base, cuando ignorábamos aun todo de la suerte del desgraciado Prone, fui una vez más animado e inspirado por el celo con que mis compañeros se entregaban a sus tareas sin dejar que su inquietud frenara su sentido del deber. Me obligué a tomar parte en todas estas actividades, mundanas y demás, y me di cuenta de que aligerando el peso de los demás, aligeraba a la vez el mío.

Hacía mucho tiempo que ardía en deseos de saber algo de la novia de Shute; pero ahora que la ocasión se presentaba, no sabía cómo abordar este tema, en la duda de si heriría su sensibilidad. Una tarde que yo estaba sentado en la tienda, preparando una carta de pésame para el padre de Prone, Shute entró. Me dijo que estaba bastante desconcertado. ¿Me molestaría mirar algunos clichés? Le dije que me encantaría. Exhibió entonces varias fotografías de una encantadora joven que me dijo ser su novia. Debían casarse poco después de su regreso.

Le felicité y le deseé mis mejores votos de felicidad. Le dije que su novia era encantadora. El me aseguró que era la criatura más exquisita del mundo. Me habló largamente de ella, y todo eso me pareció perfectamente normal y delicioso. Me preguntó si me aburría. Le dije que no; pero ¿no había ninguna sombra en su felicidad? Me dijo que no. ¿Por qué las iba a haber? Yo le expliqué que eso solía ocurrir a menudo. ¿Quizá había tenido experiencias ingratas antes de conocerla? Me aseguró que no; se conocían desde la infancia; se habían amado siempre; jamás había tenido el ninguna otra mujer. ¿Por qué le preguntaba yo eso? Le dije que me esperaba otra cosa y que eso era todo. Me consideró con aire que me pareció desconfiado, y declaré que sentía haberme decepcionado. Me apresuré a decirle que me había comprendido mal, y le rogué que me dijera más; lo hizo y satisfizo plenamente mi curiosidad. Su novia era evidentemente una criatura tan normal y satisfecha como él; adiviné que serían muy felices juntos. Le pregunté qué es lo que hacían los sábados por la tarde. Iban a visitar —me respondió— a una vieja tía de su novia que estaba enferma y tenía que guardar cama.

Yo había notado que la costumbre del eructo cotidiano con que me saludaban So Lo y Pong cuando estábamos en la montaña se había extendido a los otros portadores. Pregunté a Constant si conocía el significado de aquello. Me dijo que como el yogistanés se habla con el estómago, el regüeldo —signo de supremo contento del estómago— era utilizado como expresión de respeto; indicaba el gran placer que experimentaba el eructante de encontrarse ante la ilustre presencia de la persona ante la que emitía sus eructos.

Esta noticia me alegró mucho, no solamente porque me mostré sensible al honor que se me dispensaba, sino también porque eso confirmaba mi fe en Pong y en la naturaleza humana. Lamenté que el tiempo fuera demasiado limitado y mis deberes demasiado absorbentes para permitirme hacer amistad con cada uno de los portadores. ¡Qué tesoros de afectos —pensé— deben ocultarse bajo estas caras impenetrables! Pase largos momentos con Pong, en los que me hizo interesantes confidencias sobre su vida. El pobre diablo parecía haber tomado mucho afecto por mí. Dijo a Constant que yo era la única persona que le había testimoniado siempre bondad, sin esperar recibir nada a cambio. Eso me conmovió profundamente.

Tomó también la costumbre de hacerme pequeñas ofrendas de alimentos a todas las horas del día. Yo era muy sensible a estas atenciones, y mi estómago no lo era menos.

* * *

Después de algunos días de madura reflexión, envié el mensaje siguiente: "Expedición, triunfado plenamente, habiendo vencido Khili y Guili. Todos buena salud y buen humor. La moral del equipo es excelente, y los portadores están por encima de todo elogio."

Por descuido, firme este mensaje como Lazo de Unión, en lugar de utilizar mi propio nombre. Esto causó alguna sorpresa en Inglaterra, y se creyó que este despacho era falso. Después se extendió el rumor de que habíamos sido adelantados en la montaña por una expedición desconocida dirigida por un tal Lazdunion. Se procedió a una encuesta en los medios montañosos, pero sin encontrar ningún indicio. El asunto causó una viva emoción, la prensa inglesa se apoderó de él y el misterio no se aclaró hasta que llegamos a Chaikhosi, donde nos vimos inundados de telegramas procedentes de todas partes del mundo, lo que nos obligó a emplear tres secretarias para responder a ellos. Uno de estos secretarias, llamado Plouk, se reveló ser un bromista, que se aprovechó de esta situación sin precedentes para ridiculizar a la prensa del mundo entero publicando declaraciones absurdas y contradictorias. Nos fue preciso emplear en seguida los servicios de seis secretarias más para disipar la confusión así creada.

Pero aquí también anticipo. A medida que los días pasaban sin traer ninguna noticia de Prone, la inquietud me ganaba. Dios sabía qué tormentos estaría sufriendo el pobre; eso, si es que aún estaba con vida. No pude resistir más. Convoqué a todos en la tienda-refectorio y dije que había que hacer algo.

Alguien debía subir hasta la cumbre. La cuestión que había que precisar era: ¿quién? Todos se miraban, pero nadie hablaba.

Este espectáculo me lleno de una profunda humildad.

—Mis queridos amigos —dije—, sé que todos desean ir; pero es necesario que alguien se quede aquí. Estimo que mi responsabilidad está en juego. Espero que no me tachen de egoísta si voy yo.

Hubo un silencio. Después, Burley me miró largamente y dijo con su voz de bajo:

—¡Caramba! Lazo de Unión, creo que sería usted capaz.

Le miré sorprendido. Parecía estar, no sé por qué, embargado por la emoción.

—Si usted va —dijo al fin—, yo voy también.

En aquel momento la puerta de la tienda se abrió para dar paso a Prone.

* * *

Un nuevo Prone.

Un Prone derecho como una l.

Un Prone delgado, con el aire radiante de salud.

Un Prone sonriente y lleno de seguridad.

Prone, el héroe del Khili-Khili; el hombre que había subido más arriba que cualquiera en el mundo, pues, como lo hizo notar Wish, Prone sobrepasaba en dos cabezas, por lo menos, a todos los portadores.

¡Qué reunión fue aquella! ¡Qué risas! ¡Qué golpes en la espalda! ¡Qué bromas!

Cuando todos estuvimos agotados. Prone dijo:

—En mi calidad de médico de esta expedición, prescribo champaña. ¿Donde están las reservas de medicamentos?

Se hizo un silencio brusco. Los otros cambiaban miradas embarazadas y se daban con el codo. Fue Burley quien terminó por responder:

—Bueno; figúrese, mi viejo, que no hay más champaña.

—¡Que no hay champaña!

Prone estaba horrorizado.

—No. Usted comprende... nosotros..., íhum!..., lo olvidamos en el campamento uno.

Pero nada podía estropear nuestra alegría aquel día. A falta de una bebida más estimulante, se preparó cacao. Y pronto se escucharon de nuevo las risas; nos repetimos el relato de nuestras aventuras. Todos querían hablar, y nadie escuchaba.

—¿Se acuerdan ustedes —dijo Shute— cuando Lazo de Unión estaba soldado al glaciar por sus lágrimas?

—¡Y cómo ha tenido a Pong a la espalda toda una semana! —dijo Wish.

—¡Y cuando no logró encontrar el campamento uno! —añadió Jungle, riendo.

—¡Y aquel día que pedía tabletas para el estómago! —dijo Constant, retorciéndose.

Aullábamos todos de risa.

De repente, Burley se levantó de un salto.

—¡Basta! —gritó.

Y dio un puñetazo sobre la mesa.

Cesaron las risas. El ambiente cambió inmediatamente. Esperábamos, en silencio un poco crispado, que Burley hablase. Wish tuvo una pequeña risa nerviosa, que ahogó rápidamente en un ataque de tos, y enrojeció hasta las orejas.

Burley frunció las cejas. Su puño martilleó la mesa.. Nuestro amigo parecía estar buscando las palabras.

—Hay algo que debe ser dicho —declaró.

Se calló, y de nuevo esperamos.

—Numerosos incidentes han ocurrido en el seno de esta expedición —siguió— desde su partida, incidentes que, en su momento, han podido parecer extremadamente divertidos.

Se detuvo de nuevo. Evidentemente, pesaba sus palabras. Golpeó de nuevo la mesa.

—Bueno; yo lamento hoy que todas esas cosas se hayan producido.

¿De qué diablos quería hablar? —me preguntaba yo.

—Y yo mismo —decía— he sido tan culpable como cualquier otro...: quizá más.

Noté que los demás cambiaban miradas inquietas y que de nuevo tenían un aire embarazado. ¿Qué quería decir todo eso?

—Hace un instante —siguió Burley— el viejo Lazo de Unión estaba dispuesto a ir en socorro de Prone. No lo olvidemos. No olvidemos tampoco que Lazo de Unión había hecho ya diez veces más que todos nosotros juntos y que había soportado toda la responsabilidad de la expedición. Que había subido ya cerca de doce mil metros cuando nosotros estábamos aún en el campamento uno. Y era él, sin embargo, quien estaba dispuesto a hacer la ascensión del Khili-Khili para recoger a Prone.

Todo esto era enteramente molesto. Todos habíamos hecho lo que habíamos podido. Yo quizá había tenido más suerte que los demás. Traté de interrumpir a Burley, pero él me puso una mano en el hombro.

—No —dijo—. Déjeme terminar.

Miró a todos.

—Ahora, señores —dijo—, yo les propongo un brindis a la salud de nuestro jefe. Al hombre más concienzudo, más modesto, más altruista con quien yo he escalado jamás. Y —añadió— al hombre que tiene más corazón que cualquiera de nosotros.

Y estos idiotas se pusieron a beber a mi salud.

Un instante más tarde me apretaban todos la mano, mientras que Prone me golpeaba la espalda diciendo: "¡Bravo, mi pequeño!"

Capítulo XV ADIÓS AL KHILI-KHILI

Al día siguiente hicimos el inventario de nuestro stock de víveres, y comprobamos que los portadores se lo habían comido casi todo, no dejando más que algunos sacos de judías. Esto era grave. No podíamos alimentar a los portadores ni un día más; había que despedirlos sobre el terreno. Decidimos no guardar más que un solo portador para transportar nuestro abastecimiento durante el viaje de regreso. Debimos abandonar todo nuestro equipo, no guardando más que nuestro efectos personales más indispensables, tales como los despertadores.

Constant arengó a los portadores y, después de algún alboroto, nos anunció que ellos comprendían perfectamente la situación. Insistieron, no obstante, en ser pagados hasta la fecha probable de nuestra llegada a Chaikohsi. Como discutir con ellos hubiera significado tener que alimentarlos algunos días más, no hubo más remedio que acceder a su demanda. Les pagamos, pues, y les dijimos que partieran. Pero en lugar de irse, vinieron todos a plantarse ante mi tienda, donde yo estaba ocupado en cortarme las uñas de los pies. Cuando salí para ver lo que querían, Bing avanzó y se detuvo ante mí. Me miró a los ojos y soltó un eructo sonorísimo. Después se alejó. Bung le siguió; después, So Lo;

luego Lo Too, y todos los demás. Uno tras otro se aproximaron y vinieron a eructar ante mí. El glaciar resonaba de eructos, desde el bajo y grave de Bing hasta los cacareos agrios de los muchachos. Burley dijo que eso le recordaba el concurso agrícola. Uno de los jóvenes portadores tenía, parece, el estómago apretado por la emoción. Se plantó ante mí tímidamente, incapaz de emitir un sonido. Después emitió una especie de pequeña tos y se fue entre un coro de risas.

El último era Pong. El pobre diablo tenía el rostro cubierto de lágrimas. Su magnífico eructo hizo correr un murmullo de admiración en la asistencia. Nos abrazamos y me puso en la mano un pequeño objeto negro de forma indeterminada.. Lo examiné atentamente, pero sin adivinar de qué se trataba. Lo mostré a los otros, que sacudieron la cabeza.

Wish súbitamente lanzó un grito y me arrancó el objeto de las manos. ¡Era una transversión! Ennegrecida, quemada, ciertamente; pero ¡una transgresión!

Wish pidió a Constant que se informara. Pong le dijo que la transversión era considerada una golosina por los yoguistaneses. Sus pinches las recogían todas las mañanas antes del desayuno.

Wish dijo a Constant que ofreciera un bohee por cada transversión que se le llevara. Los portadores se dispersaron en seguida por todas direcciones, y no tardaron en regresar cargados de transversiones, que depositaron a los pies de Wish, después de haber percibido su recompensa. Este tuvo muy pronto ante sí una pila de un metro de alta, y se encontró sin fondos. Pidió a Constant que detuviera ya a los portadores; pero éstos continuaron hasta que los alrededores estuvieron completamente despoblados de transversiones. Wish estaba ahora rodeado de una muralla de transversiones.

Los portadores estuvieron, al fin, dispuestos a la partida. Siendo de carácter escrupuloso, juzgaron necesario recomenzar sus adioses. Una vez más el glaciar se pobló de los ecos de sus regüeldos. Una vez más Pong y yo cambiamos adioses conmovedores. No dudamos apenas que estábamos destinados a vernos de nuevo muy pronto.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, partimos muy temprano. Wish había pasado toda la noche destilando la exégesis de transversión, que vertió en una botella de exégesis traída expresamente para eso. Burley se había prestado muy amablemente a ayudarlo. Wish exultaba. Su presencia en la expedición se encontraba , al fin, justificada; su gloria, asegurada. Tenía probabilidad de conseguir el Premio Nobel —me confió.

Shute tomó la cabeza de nuestra pequeña tropa. El también había pasado la noche en pie para ayudar a Jungle a terminar su mapa. Hacia la mañana, Jungle se había quejado de una cierta fatiga y había absorbido todo el alcohol de las brújulas de flotador. Eso había dado por resultado el que estuviera ligeramente ebrio y manifestara una tendencia marcada a marchar hacia el

Norte, lo que le hacía ir de lado cuando se dirigía hacia el Este o al Oeste, y a caerse para atrás cuando se dirigía al Sur. Como el sendero describía mil y mil sinuosidades, los movimientos de Jungle tomaron un carácter extremadamente caprichoso. Shute le ayudó muy complacientemente; pero Wish, que le seguía, terminó por ser presa del vértigo al verlo zigzaguear; tanto, que se cayó y se rompió su botella de exégesis. El contenido del frasco le roció los pantalones, helándose inmediatamente. Burley se esforzó en consolarle de la pérdida de su exégesis.

Constant y Prone venían después. Privado de la cocina de Pong, Constant había estado despierto toda la noche, horriblemente inquieto de ver a su amigo en tal estado. Constant tampoco se consolaba de haber perdido a sus portadores para consolarlo. Prone marchaba cerca de él, un brazo alrededor de la espalda del pobre Constant. Cayeron, desgraciadamente, los dos en una grieta; pero fueron sacados de este mal paso por el portador.

Yo cerraba la marcha. Iba muy entristecido de volver la espalda a la escena majestuosa sobre la que acabábamos de interpretar el drama de nuestros sufrimientos y de nuestro triunfo. Pero me reconforté diciéndome que nuestros sufrimientos aún no habían terminado y, siguiendo a la pequeña tropa, me consolé pensando que nuestra amistad se había reforzado por los peligros que habíamos afrontado juntos. Saboreaba en esto las más deliciosas recompensas del mando.

* * *

Tres días más tarde, hacíamos alto en la cima del Voiajenkar y contemplábamos por última vez el macizo del Khili-Khili. El sol había desaparecido ya del horizonte. La vasta soledad de las montañas que nos rodeaba era una sinfonía de sombras. Sólo el Khili-Khili se erguía al resplandor del sol poniente, recortándose su enorme pirámide sobre el cielo de color turquesa. Las rocas vertiginosas y los campos de nieve brillaban a los resplandores cambiantes del crepúsculo.

Este era el adiós que convenía a una tan poderosa montaña. Burley me puso una mano sobre el hombro y, en la noche que caía, descendimos hacia nuestro campamento en el valle.

By Thorin